

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador
Departamento de Antropología, Historia y Humanidades
Convocatoria 2015 – 2017

Tesis para obtener el título de maestría de Investigación en Antropología

Estadio Atahualpa, selección nacional y racismo: el futbolista negro en el imaginario
social ecuatoriano

Paulo Roberto Ayala Congo

Asesor: Fernando García
Lectores: María Moreno y Jean Rahier

Quito, febrero de 2018

Dedicatoria

Dedico este trabajo a un ser que, con su cariño incondicional, me enseñó a amar de muchas maneras: Gabriela. A Martín, por matizar mi vida de colores y alegría; y a mi familia, que tanto respeto, admiro y amo.

A toda la gente negra y/o afrodescendiente del país, hijos de la trata esclavista que nos unió, tras un viaje impredecible. A todas esas vidas africanas que perecieron en el mar, con cariño.

Tabla de contenidos

Resumen	V
Agradecimientos	VII
Introducción	1
Fútbol, pies negros y ciudadanía en Ecuador: un viaje a través de una de las realidades afroecuatorianas.....	1
Capítulo 1	6
Estadio Atahualpa, selección nacional y racismo	6
1.1. El jugador de fútbol afroecuatoriano: ¿Un héroe/antihéroe?.....	6
1.2. El impacto de la Selección en el imaginario ecuatoriano.....	8
1.3. La realidad afroecuatoriana como producto ideado de razas, fronteras étnicas y comunidades imaginadas	10
1.4. Estereotipos racistas: formas de acción en el contexto afroecuatoriano.....	14
1.5. Los planes de desarrollo y la realidad estereotípica del negro desde las estadísticas oficiales.....	21
Capítulo 2	26
La incursión de los futbolistas afrodescendientes en el imaginario nacional: hechos deportivos y sociales relevante	26
1.1. El balón en pies negros: de la importancia del esférico para el desarrollo de un pueblo desatendido.....	26
1.2. La importancia del fútbol en las poblaciones del valle del Chota-Mira: ¿Una necesidad impuesta?.....	26
1.3. La desatención estatal como crisol del buen fútbol negro: la perspectiva de Dusan Dráskovic.....	34
2. El futbolista afroecuatoriano casa adentro: Entre la obtención de estatus social y la política sin Estado.....	39
2.1. El Gobierno Nacional y su apuesta por los afrodescendientes en el deporte.....	45
Capítulo 3	49
El estadio de fútbol como espacio de juzgamiento del rol social afrodescendiente: lo que se dice del negro durante los partidos	49
1.1 El Estadio Atahualpa como espacio simbólico de la ciudad y como lugar donde se define la inclusión del jugador	50

1.2. Cuando la selección pierde: hinchas nacionalistas decepcionados, diferencias políticas que salen a flote e ideas de blanqueamiento del equipo	53
1.2.1. La “Verde Amarela” derrota a Ecuador con buen fútbol.....	53
1.2.2. Colombia derrota a Ecuador ante un panorama de incertidumbre electoral.....	60
1.2.3. El racismo elitista que dejó el partido: el caso de Guillermo Lasso.....	67
2. Cuando el equipo gana: discursos y actitudes inclusivas que se entrecruzan con racismo.....	69
2.1. Ecuador gana a Chile en medio de insultos de un niño.....	69
2.2. Ecuador vence a Venezuela y causa olas emocionales al interior del estadio...	76
3. Las conclusiones de los partidos: amor y odio que se diluyen.....	86
Capítulo 4.....	88
Conclusiones.....	88
1. Algunas luces de respuesta: estadio, hinchas y jugadores.....	88
2. La ambigua inclusión del negro en el imaginario ecuatoriano: en estado intacto tras la ola multiculturalista.....	90
3. La desmitificación de las supuestas canteras de fútbol: un deber pendiente.....	93
4. La etnoeducación como propuesta desmitificadora de estereotipos: el negro más allá de la pelota.....	95
Lista de referencias.....	99

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Paulo Roberto Ayala Congo, autor de la tesis titulada “Estadio Atahualpa, selección nacional y racismo: el futbolista negro en el imaginario social ecuatoriano”, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría de Investigación en Antropología, concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, febrero de 2018



Paulo Roberto Ayala Congo.

Resumen

La presente investigación, busca entender las formas en que las mecánicas racistas anti negras, se desenvuelven en el Estadio Olímpico Atahualpa de la ciudad de Quito, capital del Ecuador y una urbe con densidad poblacional de mayoría blanco mestiza. El trabajo se enfoca específicamente, en la Selección Ecuatoriana de Fútbol, un colectivo humano que generó conmoción social desde el año 2002, cuando clasificó por primera vez en la historia del país a un mundial. Los deportistas gestores de esta hazaña, fueron en su mayoría afrodescendientes, provenientes de comunidades donde la desatención estatal histórica, es latente. A partir del año mencionado, la selección nacional continuó siendo representada por jugadores de ancestro africano, muchos de los cuales se han convertido en modelos sociales a seguir, al interior del país.

Este análisis, parte de la perspectiva teórica del intelectual Stuart Hall, quien entiende al racismo como una estructura de conocimiento, con una energía simbólica que demarca posiciones sociales asimétricas. Este punto de vista, lo maticé con categorías como la de frontera étnica, trabajada por Andrés Guerrero, puesto que propongo que esta estructura deriva de un proceso poscolonial y genera dominación étnica. Esta forma de dominación, generalmente mantiene en una posición social privilegiada a la población blanco mestiza del país que, entre otros factores, tiende a dominar el sistema político, desde el pensamiento de Carlos de la Torre.

¿Cuál es la mecánica de las relaciones raciales que se tejen en el Estadio Olímpico Atahualpa, durante los partidos de la selección nacional de fútbol, entre fanáticos blanco mestizos y los jugadores negros que los representan en la cancha? Es la interrogante alrededor de la cual realicé mis indagaciones en el estadio, mediante la técnica antropológica de la etnografía, en calidad de hincha y en medio de los fanáticos, durante varios partidos del equipo.

Alimenté este trabajo con un análisis previo sobre cómo el fútbol, visto como una práctica deportiva recurrente en el país, que genera importantes prácticas de identificación en sus habitantes, además de ascenso social para sus practicantes, se convirtió en una actividad prioritaria para las poblaciones afroecuatorianas, en busca de la obtención de vías de sustento para sus familias. Voces como las del ex técnico del

seleccionado, Dusan Dráskovic y la del goleador histórico del equipo, Agustín Delgado, sustentan esta postura.

La investigación culmina con un diagnóstico sobre las experiencias vividas en el escenario deportivo, en las que concluyo que las relaciones racistas toman diferentes formas discursivas y matices. Identifico que la población masculina elabora sus formas de alentar con una carga racista recurrente, y que estas alegorías influyen en el actuar de las fanáticas y los niños que asisten a los partidos. La información descrita, evidencia que la condición de ciudadanía de los atletas negros, es difusa y se mueve entre la inclusión y la exclusión en el imaginario ecuatoriano, en los discursos emitidos por los fanáticos durante el tiempo de juego. Ante este panorama, propongo que la difusión masiva de estrategias etnoeducativas que hablen de la población afroecuatoriana, debidamente ideadas, ayudarán a la atenuación de estereotipos.

Agradecimientos

Este trabajo adoptó su forma final, gracias a la importante colaboración del profesor Fernando García, quien tiene la valiosa cualidad de apreciar el pensar libre de los estudiantes. Agradezco a Mercedes Prieto, poseedora de un inspirador pensar intelectual y a Víctor Bretón por darle más vida a mi pensamiento. A Gabriela López y a María Moreno, grandes soportes intelectuales y anímicos de mi hoy.

¡A mis amigos de siempre! ¡Muchas gracias!

Introducción

Fútbol, pies negros y ciudadanía en Ecuador: un viaje a través de una de las realidades afroecuatorianas

El presente trabajo, es un intento de entender la mecánica de cómo formas de comportamiento racistas anti negras se desenvuelven en un país latinoamericano, de mayoría blanco mestiza y de un pasado colonial en el que mis antepasados, por su condición africana fueron esclavizados: Ecuador. En años anteriores, mi interés académico por este tema, me llevó desde la comunicación social a elaborar un producto comunicacional de índole cultural, que pretendía educar a la población ecuatoriana acerca de distintos aspectos inherentes al pueblo afrodescendiente del país, como una estrategia comunicacional de tinte etnoeducativo; así nació la revista Afro.

A partir de este trabajo, surgió en mí el interés por la Antropología, puesto que divisé en esta disciplina una importante puerta para entender la mecánica de distintas relaciones sociales, en el caso que me apasiona, entender relaciones de racismo en sociedades étnicamente diversas como la ecuatoriana. Tomando como una vitrina de investigación al fútbol, un deporte que cautiva a grandes y chicos en la actualidad en Ecuador, mi interés se centró en dar una lectura sobre cómo se manifiesta el racismo en una cancha de balompié quiteña y ante jugadores que comparten mi ancestro africano.

El grupo humano que llamó mi atención dentro del fútbol, fue la Selección Ecuatoriana, un colectivo deportivo que, desde hace muchos años, se ha caracterizado por tener una mayoría afroecuatoriana como representante del país (conformado por una determinante mayoría blanco mestiza) en varios mundiales: Corea Japón 2002, Alemania 2006 y Brasil 2014. Estos eventos deportivos, trajeron consigo procesos de identificación interétnicos interesantes, en los que los atletas afrodescendientes fueron el crisol y modelo a seguir de gran parte de la población nacional, en base a su utilidad física mostrada en estos certámenes.

Decidí realizar este acercamiento mediante la técnica antropológica de la etnografía, en el Estadio Olímpico Atahualpa de la ciudad de Quito, en torno a las eliminatorias mundialistas de Rusia 2018. Desde mi posición de ciudadano afroecuatoriano, encontré que este método investigativo me posicionaría en una situación en la que sentiría a flor

de piel el problema que investigo, el racismo anti negro. Consciente de que en el análisis interpretativo que emprendería, estaría en juego mi subjetividad, comparto la interpretación de Paloma Fernández-Rasines sobre esta técnica investigativa:

Si la etnografía surge de una actitud hermenéutica, interpretamos constructos que son intentos de formular el modo en que un pueblo, una persona, una institución en un periodo y entorno concretos tienen sentido para sí mismos. Interpretamos en una variedad de idiomas que se intersectan [...]. El mundo¹ creado por la experiencia etnográfica, como tal ficción es inter-subjetivo. (Fernández-Rasines 2001, 12).

Tomando palabras de Judith Okely, citadas por Fernández-Rasines, me motivé en emprender este proceso investigativo, intersubjetivo, puesto que “una inmersión a través del trabajo de campo es una experiencia total que demanda todos los recursos de quien hace antropología y estos son recursos intelectuales, físicos, emocionales, políticos e intuitivos” (Okely 1992 en Fernández-Rasines 2001, 16). Así presupuse que, con estos recursos, mis resultados gozarían de veracidad, puesto que: “lo personal, lejos de ser anecdótico, resulta ser parte de la teoría”. (Fernández-Rasines 2001, 16).

El racismo como una categoría conceptual, puede entenderse como obsoleta ante muchas perspectivas de análisis social; pero es importante entender que si bien, ante muchos ojos académicos la idea de “raza” no es válida, esta aún existe en el imaginario social ecuatoriano, a manera de patrones de comportamiento que posibilitan la segregación de personas étnica y racialmente diferentes, ya sea por prejuicios sociales o por el objetivo de la preservación de un statu quo, por parte de un grupo social demográficamente mayoritario, que maneja distintas estelas de poder. La valía de este término, la corroboro además en base a argumentaciones de Giulianna Zambrano:

Esta noción, aunque científicamente incorrecta, es socialmente real. Existen exclusiones oficiales y estructuras de poder alrededor de la raza generadas durante el colonialismo que todavía se mantienen por la trayectoria de este término [...]. La historia particular [...] generó diversos tipos de exclusiones que actualmente son apropiadas en el discurso de la raza [...]. A su vez, esta apropiación continúa reforzando la existencia de esta construcción social en el imaginario colectivo (Zambrano 2011, 65).

Con estos argumentos acerca de la real vigencia del término, destaco que la investigación que emprendí, tuvo como objetivo responder a la siguiente pregunta principal: ¿Cuál es la mecánica de las relaciones raciales que se tejen en el Estadio Olímpico Atahualpa durante los partidos de la selección nacional de Fútbol, entre fanáticos blanco mestizos y los jugadores negros que los representan en la cancha?

Además de este cuestionamiento, las preguntas secundarias que surgieron de este trabajo, se concentraron en tópicos inherentes al futbolista afroecuatoriano: ¿Qué papel juega la emotividad de la hinchada en su exigencia de buen juego y victorias? ¿El racismo desapareció, o mutó y pervive en el estadio? ¿Bajo qué presupuestos los afroecuatorianos deciden incursionar en el fútbol profesional? ¿Cuáles han sido sus estrategias de supervivencia, en el medio racista que han tenido que desempeñarse? ¿Cuáles son sus perspectivas acerca de la hinchada tricolor que los alienta en los cotejos y los estigmatiza racialmente cuando pierden? ¿Cómo acogen sus familiares la cuota de fama y el capital social que los deportistas van hilvanando durante su carrera?

En el primer capítulo de esta investigación, presento al lector distintas argumentaciones y datos que hablan del impacto social que provocó el seleccionado nacional en el imaginario ecuatoriano, tras la primera clasificación a un mundial de fútbol, fraguada en 2002. También recorro diversas teorizaciones que se han elaborado acerca del racismo anti negro y cómo estas alusiones muestran una radiografía de la situación histórica de los afrodescendientes del país. Presento importantes casos de discrimen racial contemporáneo, como manifestaciones fehacientes del problema que investigo y finalmente exhibo una muestra de la situación afroecuatoriana actual, mediante cifras oficiales que hablan de un nivel de escolaridad precario, así como de una evidente falta de acceso a fuentes de empleo y por ende de riqueza.

En el segundo capítulo, presento una radiografía sobre los hechos deportivos de relevancia que catapultaron al fútbol como una actividad prioritaria al interior de las poblaciones negras de Ecuador y cómo esta actividad genera importantes procesos de movilidad social, en quienes lo practican y triunfan con este deporte. Analizo además entrevistas vertidas por personalidades importantes del fútbol nacional, como Dusan Dráskovic y Agustín Delgado, quienes desde sus distintas perspectivas nos muestran las causas que provocaron que una mayoría negra represente al Ecuador en certámenes

futbolísticos. Por último, analizo el rol del Estado en este nicho de población, cuál ha sido su respuesta ante la emergencia del fútbol en las comunidades negras del país y cómo ha influenciado en estas poblaciones, tras el boom de la práctica de balompié.

En el tercer capítulo, aplico la técnica de la etnografía en el Estadio Olímpico Atahualpa de Quito, durante algunos encuentros futbolísticos de la selección nacional en torno al mundial de Rusia 2018, con el objetivo de entender cómo y en qué formas nacen expresiones racistas anti negras por parte de los hinchas (en su mayoría blanco mestizos) y cómo se asimilan estas expresiones dentro de la multitud que acude al escenario deportivo. Este análisis a la vez es corroborado por las teorizaciones que presento en el primer capítulo y por reflexiones que nacieron en tiempo-espacio inmediatos, mientras investigaba en calidad de fanático los encuentros deportivos. Realicé el estudio etnográfico desde el jueves 1 de septiembre de 2016, con el encuentro Ecuador vs Brasil y finalicé mi serie de observaciones el martes 28 de marzo de 2017, con el encuentro Ecuador vs Colombia. Esta importante técnica de investigación, me permitió entender y develar interesantes pormenores de la mecánica social que se desenvuelve en este escenario deportivo. Es pertinente en este punto recurrir a la conceptualización del antropólogo Clifford Geertz, respecto a la importancia de la etnografía, como una técnica ideal para la lectura interpretativa de las actitudes de los fanáticos:

La etnografía es descripción densa. Lo que en realidad encara el etnógrafo (...) es una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o entrelazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas, y a las cuales el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después (...). Hacer etnografía es como tratar de leer (en el sentido de 'interpretar un texto') un manuscrito extranjero, borroso (...) y además escrito, no en las grafías convencionales de presentación sonora, sino en ejemplos volátiles de conducta modelada. (Geertz 2001, 24).

Respaldé este trabajo con la utilización de un diario de campo, grabaciones de los gritos y arengas dirigidas a los futbolistas durante los encuentros, además de fotografías del entorno, que me permitieron tener un registro visual de los sucesos que ocurrían. Así, entre los detalles para entender estos hechos, razoné que las emociones de los hinchas se

expresaban en dos planos: uno de comunicación interna, conformado por los comentarios que surgen entre los hinchas, y un segundo que alude a comunicación externa, cuando los sentimientos de los fanáticos se hacen públicos mediante gritos, arengas, insultos, entre otros sentimientos y actitudes. Propongo que estas expresiones verbales y no verbales están atravesadas por un habitus racista, se trata de esquemas de percepción, que tienen peso en la historia que el pueblo afrodescendiente vivió en distintos lugares de Ecuador:

Producto de la historia, el habitus origina prácticas, individuales y colectivas, y por ende historia, de acuerdo con los esquemas engendrados por la historia; es el habitus el que asegura la presencia activa de las experiencias pasadas que, registradas en cada organismo bajo la forma de esquemas de percepción, de pensamientos y de acción, tienden, con más seguridad que todas las reglas formales y todas las normas explícitas, a garantizar la conformidad de las prácticas y su constancia a través del tiempo (Bourdieu 2007, 89).

Todos estos acercamientos, devienen en el capítulo cuarto, que es un compendio de mis hallazgos y reflexiones que me dejó este viaje teórico investigativo; este acápite muestra al lector importantes observaciones acerca de la relación hincha-jugador en el escenario deportivo quiteño, y un panorama importante de una parte de la realidad afroecuatoriana, representado por el rol muscular de muchos afrodescendientes, construido a través de la historia. Además, contempla en sus páginas, posibles vías para la reducción de estereotipos sociales contra la población afrodescendiente del país, como la propuesta etnoeducativa, que fue desarrollada en esta sección. Les invito a viajar por el mundo de la selección nacional y su relevancia e impacto en el mundo afrodescendiente del país.

Capítulo 1

Estadio Atahualpa, selección nacional y racismo

1.1 El jugador de fútbol afroecuatoriano: ¿Un héroe/antihéroe?

El 9 de octubre de 2009, la Selección Ecuatoriana de Fútbol, un colectivo deportivo que se había convertido en un fenómeno social y que había enarbolado nuevos lazos sociales al interior de la nación, disputaba un cotejo decisivo frente a Uruguay, de cara al mundial de Sudáfrica 2010. En el minuto 67, uno de los deportistas denominado en ese entonces por la sociedad ecuatoriana y los medios de comunicación como héroe nacional, Antonio Valencia, puso adelante al combinado tricolor y apresuradamente corrió a festejar su gol con la hinchada, que lo recibió con algarabía y elogios. Sin embargo, un minuto después el combinado charrúa anotaba el empate y posteriormente salió victorioso con un tiro penal de último minuto. Terminado el encuentro, ocurrió algo inesperado: Valencia, quien había festejado junto a los ecuatorianos con júbilo su anotación, ahora estaba discutiendo fuertemente con la misma hinchada, quienes con enfado y entre gritos, recordaron el color negro¹ del jugador para incriminarle la derrota. Al respecto, portales de comunicación como Ecuador Inmediato, mediante informaciones de periodistas de radio La Red, expresaban detalles de lo acontecido:

Según reportes de radio La Red de Quito, tras la sorpresiva derrota ecuatoriana ante Uruguay en el Olímpico Atahualpa, en el sector de general sur algunos **aficionados insultaron al ecuatoriano Antonio Valencia y el jugador respondió de la misma manera. Además, en otra localidad del estadio, los insultos llovieron en contra de algunos familiares de los seleccionados**, lo que desembocó en un conato de incidentes (...). **Pero los hinchas no se quedaron allí y lanzaron objetos contundentes a la cancha con la intención de alcanzar con ellos a Valencia**, no lograron su objetivo. (Ecuador Inmediato, 10 de octubre de 2009). Mi énfasis.

Este suceso es relevante partiendo del hecho de que los seleccionados, convertidos anteriormente en modelos sociales a seguir, fueron agredidos de diversas formas por sus seguidores, un hecho que pone en duda la capacidad de cohesión social que construyó este grupo humano, con la clasificación a dos mundiales de balompié anteriores.

¹ Durante el desarrollo de la investigación, utilizaré indistintamente los términos “negro”, “afroecuatoriano” y “afrodescendiente”, porque los entiendo como dos categorías políticas, ambas vigentes, en los imaginarios de identificación de los descendientes de esclavizados ecuatorianos.

El Estadio Olímpico Atahualpa, lugar donde se suscitó el incidente descrito, cobró mucha importancia en el contexto deportivo nacional, al convertirse en una edificación urbanística símbolo de la ciudad de Quito y del país, por albergar a la Selección Ecuatoriana de Fútbol en sus encuentros oficiales. En este lugar, por los buenos rendimientos de este grupo deportivo, se inició la que posiblemente ha sido la primera forma moderna de inclusión social del negro al imaginario blanco mestizo, situación acerca de la cual, el antropólogo Jaques Ramírez, destaca:

El desempeño del equipo nacional de fútbol en las dos últimas rondas de clasificación al mundial se constituye en el principal, sino único, relato, mecanismo, o instancia de articulación e integración simbólica de las diversas identidades que están en la base de la comunidad imaginada de la nación ecuatoriana (Ramírez 2006, 53).

En base a estos presupuestos, es preciso preguntar: ¿Qué relaciones raciales se tejen en el Estadio Olímpico Atahualpa durante los partidos de la selección nacional de Fútbol? ¿Qué papel juega la emotividad de la hinchada en su exigencia de buen juego y victorias? ¿El racismo desapareció, o mutó y pervive en el estadio?

Si apuntamos a la premisa de que el balompié “representa uno de los sitios centrales en torno a los cuales se fija y disputa el entramado articulador de signos, prácticas y discursos destinados a la construcción de trayectorias de identificación con lo nacional” (Ramírez 2006, 36) el rol social que detenta el hincha en este tipo de eventos, es preponderante para entender la facilidad cómo se accionan prácticas de discriminación o violencia en el campo de juego:

En el [...] estadio, el ciudadano-hincha construye un nosotros incluyente, con un sentido de apropiación colectiva del espectáculo del cual es parte (jugador número 12), dado que ahí se representa y es representado. Cuando el espectador va al fútbol, previamente ha tomado posición sobre los contendientes a los que va a ver; es más, lleva una carga de emotividad tal (pasión, identidad, simbología) que se convierte en parte del espectáculo y del fútbol porque, en muchos casos, asume la condición de actor del propio espectáculo: canta, agita banderas, usa uniforme, grita. (Carrión 2006, 16).

¿Existe acaso un consenso social tácito, para que el hincha tenga la libertad de expresar sus emociones a su antojo dentro del estadio? Del otro lado de esta problemática a

investigar, están los jugadores negros: ¿Bajo qué presupuestos deciden incursionar en el fútbol profesional? ¿Cuáles han sido sus estrategias de supervivencia, en el medio racista que han tenido que desempeñarse? ¿Cuáles son sus perspectivas acerca de la hinchada tricolor que los alienta en los cotejos y los estigmatiza racialmente cuando pierden? ¿Cómo acogen sus familiares la cuota de fama y el capital social que los deportistas van hilvanando durante su carrera?

1.2 El impacto de la Selección en el imaginario ecuatoriano

La Selección Ecuatoriana de Fútbol, un símbolo deportivo actual de unión nacional, cobija a muchos fanáticos del balompié ecuatoriano de distintos estratos sociales. Sus triunfos o derrotas influyen actualmente en muchos campos del acontecer nacional, desde el plano político hasta el plano social. El Estadio Olímpico Atahualpa, se ha convertido en un escenario icónico de congregación de hinchas y jugadores, un espacio dentro de la capital del país en el que se libran batallas deportivas internacionales y en el que se pone en juego el “orgullo” de ser ecuatoriano.

El fenómeno social que robusteció la importancia del combinado nacional para los ecuatorianos a lo largo de la historia, fue la llegada de futbolistas afrodescendientes, integrantes de un grupo social que se desenvuelve al interior de fronteras “de dominación étnica” (Guerrero 1998, 114). Un suceso respecto al cual Fernando Carrión aduce:

En las eliminatorias a los mundiales Corea-Japón y Alemania se produjo la confluencia con la sociedad a través - paradójicamente – **de ciertos segmentos de la población que habían sido históricamente segregados: los afrodescendientes. En otras palabras, la selección asumió el símbolo de un país y un grupo étnico minoritario y marginado terminó representando a las mayorías;** y, al hacerlo, lograron visibilizar e incorporar aquello que no había logrado ningún otro medio institucional, social o estatal. (Carrión 2006, 11) Mi énfasis.

A partir de la argumentación expuesta, la importancia de este estudio radica en entender cómo los futbolistas negros seleccionados, mediante su participación deportiva labraron un nicho de visibilización social favorable, valga la aclaración, para ciertas

comunidades afroecuatorianas². Muchos de estos deportistas, a su vez devinieron en referentes sociales al interior del país, un fenómeno nunca antes ocurrido en la historia de Ecuador.

El impacto de este grupo humano tuvo tal magnitud, que el antropólogo afroecuatoriano José Chalá, ha concebido a la práctica futbolística desarrollada por los afrodescendientes en los últimos tiempos, como una forma de revelarse ante la sociedad:

Otro elemento clave con el que representamos nuestros cuerpos con un claro discurso identitario-cultural de la afrodescendencia se materializa a través de las competencias deportivas. Y, nos revelamos al recordar la trágica historia que vivieron nuestros ancestros, al ser encadenados sus cuerpos y nosotros mismo en la cotidianidad en la calle, en el bus, en los medios de comunicación, recibimos violentos mensajes racistas, negativos, todo eso hace que nos revelemos deportivamente ante la colonialidad del poder. Recordemos a nuestras ancestras y a nuestros ancestros cimarrones corriendo sin renunciar por los montes, ríos, quebradas, arroyos por su vida en procura de su libertad y la ciudadanía (Chalá 2013, 35).

Sobre este tema, vuelvo a aludir al académico Carrión, quien aduce que: “desde el fútbol también se construye la imagen ilusoria de la disminución de las barreras sociales gracias al potencial ascenso social que puede obtener un grupo minoritario de futbolistas nacidos en la pobreza y en ciertos lugares pretéritos” (Carrión 2006, 11). ¿Qué tan ilusoria es la disminución de barreras sociales expuesta por el estudioso? ¿De qué manera se conjuga esa ilusión con las manifestaciones de violencia racial que pueden surgir en el mismo estadio?

Partiendo de estas premisas expuestas, la investigación que propongo, se plantea los siguientes objetivos:

² Las comunidades que ganaron visibilidad tanto nacional como internacional, fueron las localidades de las cuales provienen los futbolistas. En el sector de los valles de los ríos Mira y Chota, por ejemplo, se destacan Carpuela, Juncal, Chota y Piquiicho, en tanto que se desconoce la situación de las restantes 35 poblaciones negras de la zona.

Mi primer propósito, partirá de analizar si durante los partidos de la Selección Ecuatoriana de Fútbol que se juegan en el Estadio Atahualpa, rumbo al mundial de Rusia 2018, surgen en los espectadores manifestaciones de aceptación, que denotan igualdad social cuando el equipo va ganando, que fluctúan con expresiones de discriminación racial de raíz histórica, cuando el seleccionado está perdiendo los cotejos, en tiempo inmediato.

Otra de mis búsquedas, consiste en entender cómo este factor ha sido asimilado por futbolistas afrodescendientes desde sus distintas experiencias futbolísticas y relacionar sus perspectivas con las posibilidades de ascenso social que propicia este deporte, para comprender la influencia de esta actividad en su configuración identitaria. Estos acercamientos me permitirán comprobar si en oposición a las prácticas racistas, el futbolista negro construye formas de agencia, que podrían funcionar a manera de contrapoder contra la violencia racista en el estadio.

Finalmente, me propongo indagar perspectivas de personas blanco mestizas vinculadas con este deporte en nuestro contexto nacional, con el objetivo de comprender sus distintas visiones acerca de este fenómeno social y así diagnosticar su nivel de conciencia acerca de esta problemática.

1.3. La realidad afroecuatoriana como producto ideado de razas, fronteras étnicas y comunidades imaginadas

A lo largo de la historia de Ecuador y tras el pasado colonial del territorio, varias formas estructurales de dominación étnica surgieron. Producto de la mixtura de tres grupos humanos, dos foráneos, procedentes de Europa y África y uno originario de América, las relaciones humanas que se tejieron con el devenir del tiempo en el nuevo continente trajeron consigo diversas dinámicas sociales, entre ellas el racismo.

Desde presupuestos del pensador jamaquino Stuart Hall, propongo una definición sobre este concepto, tomada por el investigador Jean Rahier, que la considero pertinente para la presente investigación:

En efecto, como lo formula el intelectual [...] negro Stuart Hall, el racismo debe ser entendido como una “estructura de conocimiento y representaciones”, **con una energía**

simbólica y narrativa que trabaja para asegurar nuestra posición acá, arriba, así como para asegurar que los ‘otros’ se queden allá abajo, fijando a cada uno “en su puesto social ‘natural’ (Hall en Rahier 1999, 73) Énfasis mío.

Para entender el accionar de estas formas de racismo que ocurren en torno a la población afroecuatoriana, preciso partir de percepciones como las de Jean Rahier, quien sostiene que los descendientes de africanos en el país hemos ocupado históricamente el rol socio productivo de los “últimos otros”³ (Rahier 1999), una denominación que hace alusión a situaciones de servidumbre y subyugación social de los negros (que han diferido históricamente de los roles indígenas) desde el inicio de conformación de esta república.

Consciente de las múltiples definiciones existentes en torno al racismo, propongo entender a este fenómeno social como un factor que emergió en Ecuador con características singulares y propias del proceso de conformación de esta nación, así uso argumentaciones de Julio Arias y Eduardo Restrepo para afirmar que “es importante considerar que en un momento determinado diferentes sistemas de clasificación racial se pueden traslapar y coexistir” (Arias y Restrepo 2010, 60). Mediante esta propuesta planteo que, en el contexto nacional, la existencia de una amalgama de relaciones peyorativas, históricamente construidas y de naturaleza atemporal en contra de los afrodescendientes, es una realidad⁴ que se puede evidenciar en la cotidianidad actual.

Una noción válida para atestiguar que el rol social al que aludo fue históricamente fortificado, lo tomo de investigaciones del historiador Jean Pierre Tardieu, quien planteando la idea demográfico social de la pirámide de castas (Tardieu 2006), acerca

³ De acuerdo a aseveraciones del sociólogo afrocolombiano John Antón, Jean Rahier (1998) sostiene que la identidad afroecuatoriana ha tenido que sortear fenómenos marcados por una tradicional invisibilidad. Una invisibilidad “que al igual que en otros países, como Colombia, se deconstruye como una serie de procesos inherentes a la hegemonía blanca y blanca mestiza” (Antón 2015, 58).

⁴ Los autores además hacen referencia a la antropóloga colombiana Marisol de la Cadena para cimentar este argumento: Implicada en el proceso histórico mundial, la definición “monológica” (o universal) de raza es una apariencia. Como herramienta de producción de diferencias y de sujetos diferentes, la raza se realiza como concepto mediante diálogos y relaciones políticas entre quienes califican y quienes son calificados –y entre los primeros también están los últimos–. Como concepto político, una característica importante es que la raza adquiere vida “en traducción”, ocurre en relaciones cuyos significados coinciden parcialmente, pero cuyos excesos (las no coincidencias) aun cuando “estorben”, continúan en circulación (De la Cadena en Arias y Restrepo 2010, 61).

de la situación social de los esclavizados de piel oscura hacia mediados del siglo XVII, en la Real Audiencia de Quito, asevera:

Bien es sabido que las condiciones de vida impuestas a los esclavos y a sus descendientes libres no les brindaban muchas posibilidades de medrar en la sociedad. De ahí que en cualquier sitio donde imperara el sistema servil constituyeran buena parte de los marginales denunciados por las autoridades coloniales o los representantes de la sociedad de buen tono, horrorizados por los abusos y desmanes cometidos por seres marcados por el indeleble oprobio de la esclavitud [...] (Tardieu 2006, 200).

Las argumentaciones expuestas hasta este punto, nos invitan a establecer una generalidad que pervivió en el período colonial: el estado de subordinación de gran parte de la población negra, un hecho que invito a leerlo como un factor de racismo estructural⁵, desde presupuestos de John Antón. Éste con el paso del tiempo en Ecuador, devino en una estructura social de dominación, que Andrés Guerrero la denominó “frontera étnica”:

La frontera étnica que aquí me interesa pertenece a un orden simbólico preciso, históricamente construido con la formación del Estado nacional republicano; deriva, pues de un proceso poscolonial. Dicha frontera cruza por todos los campos sociales y les otorga una suerte de estructura elemental de dominación étnica, insta una dicotomía primaria que organiza y justifica las posiciones que, en dichos campos, ocupan los habitantes bautizados de ecuatorianos, con todas sus demás complejas determinaciones sociales (Guerrero 1998, 114).

Respecto a la forma de acción de esta frontera en la actualidad, estudiosos del tema en nuestro contexto nacional como Carlos de la Torre, explican que en esta estructura⁶ las

⁵ Para entender mi propuesta, cito expresiones de Antón, quien asevera que “esta categoría está ligada al contexto económico y social en el cual se desarrolló la trata esclavista de los africanos desde el siglo XVI. Este proceso trajo una herencia de exclusión, explotación y colonialismo sobre estos pueblos, la cual se afianza más hoy con la explotación y la desigualdad auspiciada por la ideología neoliberal de las sociedades capitalistas” (Antón 2011, 156).

⁶ Preciso de un extracto del artículo “Afroecuatorianos: Reparaciones y Acciones Afirmativas” de John Antón, para explicitar las bases de esta estructura. En su escrito, Antón asegura que por razones más económicas que humanistas, se abolió jurídicamente la esclavitud, a los afrodescendientes –relegados, descompensados y sin reparación alguna– se los excluyó de los privilegios del liberalismo. Se les negó su condición de ciudadanos por no saber leer ni escribir ni tener capital ni propiedad alguna. En cambio, el general José María Urbina, al firmar en 1852 la ley de abolición –sin reparación–, sólo les dio dos opciones a los libertos: volver a la esclavitud y a la servidumbre en las haciendas, en calidad de

etiquetas sociales y la formulación de ideologías cumplen un rol fundamental en las concepciones de superioridad racial:

Es así que la raza asignada a la posición superior [...], tiende a dominar el sistema político, tiene una mejor estima social siendo vista como más inteligente o bonita y puede crear etiquetas raciales que regulan sus relaciones con las personas asignadas a las razas inferiores. **En estos contextos se crean ideologías que racionalizan las relaciones entre diferentes grupos** [...] dando **‘un sentido común’** para percibir e interactuar con el “Otro” [...] (De la Torre 2002, 17). Mi énfasis.

Es pertinente en este punto, citar la posición de José Chalá quien, respecto a las estrategias de sectores de la población blanco mestiza para conservar su posición social en el país, aduce:

Contradictoriamente se produce en el blanco – mestizo una suerte de “resistencia” para no perder el statu-quo, una de las estrategias que adoptan las “élites” fue y es el invisibilizar, envilecer, negar, borrar las huellas de los aportes socio-culturales, económicos, militares e históricos de los afroecuatorianos y las afroecuatorianas y es el temor latente de perder las canonjías usurpadas por la fuerza (Chalá 2013, 36).

Los factores expuestos son elementos que, hilvanados entre sí configuran una singular mecánica segregacionista, que participa activamente de las dinámicas sociales que se desarrollan al interior del país. Cabe resaltar que la nación ecuatoriana, como un constructo político proveniente de élites criollas blanco mestizas, es el entramado discursivo en el cual se desenvuelve la problemática que investigo. Un reducto imaginado, que fue teorizado desde presupuestos de Benedict Anderson:

[...] Con un espíritu antropológico propongo la definición siguiente de la nación: una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión. (Anderson 1993, 23).

“conciertos”, o ingresar al ejército. De lo contrario se los declararían vagos y se los apresaría y obligaría a ingresar a la milicia (Costales y Costales 1964).

Quiero llamar la atención sobre el grado de relatividad y arbitrariedad social que sirve de colchón para que se desplieguen prácticas de racismo en Ecuador. Siendo la nación una edificación ideológica accionada para la prolongación de formas de hegemonía criolla sobre el territorio, la frontera étnica propuesta por Guerrero, a mi criterio funciona como uno de esos engranajes, que mentalmente convence a los ecuatorianos de una alteridad entre individuos. Aludo además a argumentaciones de José Chalá, quien entre sus razonamientos sostiene que “el racismo forma parte de una ideología cuya característica ha sido la creencia de una pretendida ‘superioridad racial’. En este contexto, es un conjunto de ideas que orientan las acciones, pensamientos, sentimientos y representaciones de un sector social” (Chalá 2013, 26).

Toda esta arbitrariedad fundada, entre otras cosas, por el ocultamiento de la historia de grupos humanos como los afroecuatorianos, impide la destrucción de este paradigma, que a su vez engulle a los sectores subalternos en momentos de conveniencia nacional; una idea que será desarrollada en los próximos capítulos.

Esta reflexión además me encamina a evidenciar las teorizaciones que expongo, con ejemplos sobre cómo el discurso del saber blanco mestizo, un discurso que se sabe históricamente hegemónico en el país, plantó cortinas de supuestas verdades raciales mediante diversas prácticas, que van desde la elaboración de textos académicos hasta prácticas de discriminación racial violentas, en contra de los afrodescendientes en los momentos contemporáneos.

1.4. Estereotipos racistas: formas de acción en el contexto afroecuatoriano

Este subtema es un compendio de algunas alusiones que colectivos de académicos blanco mestizos formulaban respecto a los afrodescendientes del país, durante inicios del siglo XX, mediante un acercamiento a la obra del jurista afroecuatoriano Juan Carlos Ocles “Discriminación Racial en el Orden Jurídico Ecuatoriano” (Ocles 2009) en la que se expone una reflexión acerca del negro, bosquejada por uno de los sociólogos más importantes del país, Alfredo Espinosa Tamayo y el arqueólogo Antonio Santana:

Alfredo Espinosa Tamayo, en 1916 escribió que los negros son “**la raza menos apta para incorporarse a la civilización**”, mientras que el Etnólogo y Arqueólogo Antonio Santana en 1955 reforzaba diciendo que los “indios cayapas y colorados parecen tener

más vida interior que los negros. El negro busca asemejarse al blanco en lo que hay de frívolo y superficial de este... Como vive sólo el presente y no le preocupa su mejoramiento económico y cultural, **vegeta en una pobreza que es física y espiritual a la vez**" (Espinosa Tamayo y Santana en Ocles 2009, 32) Mi énfasis.

En la misma página de este estudio, Ocles afirma que el teórico Humberto García Ortiz, otro científico social respetado de Ecuador, en uno de sus estudios afirmaba que "el negro pertenece al mundo de la naturaleza y, por ende, carece de civilización y cultura" (García Ortiz en Ocles 2009, 32).

Respecto a los descendientes de esclavizados africanos oriundos de los valles del río Mira y Chota, Carlos de la Torre agrega que "incluso antropólogos indigenistas, que trabajaron para la Misión Andina en los años 60, tienen visiones de los negros como ajenos a la cultura" (De la Torre 2002, 20) y lo evidencia mediante una descripción de un documento para la Misión, de Alfredo Costales Samaniego y Andrés Theisen:

El moreno del Valle del Chota, tiene desarrollada la expresión oral, por esto es muy dado a la verbosidad aún en la simple conversación. Esto, la más de las veces, **lleva a pensar erradamente en una capacidad mental superior al indígena, pero su expresión está condenada a su propia incomprensión**. Contrapuesto el aspecto citado, aparentemente positivo, encontramos en él un bajo índice de comprensión. **Es decir que, en ningún caso, tiene relación entre lo que dicen y lo que piensan**. Dice sin pensar o piensa ajeno al contenido de las palabras. El concepto que tiene del tiempo es relativo, las horas son para vivir, no para trabajar [...] (Costales y Theisen en De la Torre 2002, 20). Mi énfasis.

Partiendo desde el hecho de que este tipo de discursos se instituyeron desde las primeras líneas de poder académico que surgieron en Ecuador ¿Cómo podían incorporarse los afrodescendientes al imaginario productivo del país? Si su rol social volcado hacia la servidumbre fue blanco de variedad de descripciones peyorativas en épocas coloniales y sus capacidades mentales fueron puestas en duda a inicios y muy avanzada de la época republicana ¿Qué estrategias de supervivencia podían haber adoptado los afroecuatorianos?

Ante este punto, yo propongo que la mayoría de discursos emitidos desde el poder, cimentaron un contexto histórico preocupante: el del negro por fuera de la creación de

pensamiento. Desde mis presupuestos, propongo que la exclusión discursiva propuesta, habiendo devenido en una realidad palpable en base a prácticas de segregación, conminó a los afroecuatorianos a ganarse la vida en base a trabajo físico, desde el sudor, desde formas de esfuerzo corporal que mestizos y blancos no quisieron experimentar. Sin embargo, desde su posición social física impuesta desde lo más alto de la pirámide, los afrodescendientes no hemos estado exentos del reforzamiento de otros estereotipos. Así lo expone De la Torre, aludiendo a una investigación acerca de relaciones entre comerciantes negros y clientes mestizos en Ibarra, realizada por Ronald Stutzman y Katleen Klumpp:

En las relaciones entre los comerciantes negros del Chota con los mestizos (Klumpp 1998) y en la ciudad de Ibarra (Stutzman 1974, 1979) [...] estudiaron cómo las respuestas cotidianas de los negros a la discriminación racial, en contextos en los que, el único mecanismo para mantener su dignidad es el uso de la violencia verbal o física, refuerzan y perpetúan los estereotipos de los blancos y los mestizos sobre "la bravura" y "la violencia innata de los negros" contribuyendo a la racionalización y a la reproducción de su exclusión de puestos de trabajo mejor remunerados (De la Torre 2002, 14).

Otro caso anecdótico y que refuerza estereotipos de ignorancia y fuerza bruta en torno a los afroecuatorianos, es una entrevista acerca de la inseguridad en el país, presentada por el extinto Diario Hoy en el año 1995, especialmente porque los portavoces de la información son dos coroneles de la Policía Nacional quienes, según investigaciones de Juan Carlos Ocles, no tuvieron empacho en expresar su visión racista hacia los afroecuatorianos:

Diario HOY, del día sábado 9 de septiembre de 1995, en la página 5B, hace públicas las expresiones emitidas por el Coronel Aníbal de la Torre, jefe de la OID y el Coronel Edmundo Egas, Jefe del Regimiento Quito, cuando fueron preguntados sobre: "¿el porqué de este brote de delincuencia con violencia en la ciudad de Quito?", el primero contesta que "este fenómeno está íntimamente ligado con la proliferación de cantinas y pensiones de mala muerte, donde se planean los asaltos al calor del licor y de la droga... esta ola de violencia... y esta migración de morenos que ha atacado a la ciudad", siendo el segundo mucho más amplio en su explicación: **"hay un tipo de raza que es proclive a la delincuencia, a cometer actos atroces... es la raza morena, que está tomándose los centros urbanos del país, formando estos cinturones de miseria muy proclives a la**

delincuencia por la ignorancia y por la audacia que tienen” (Ocles 2009, 53). Mi énfasis.

El pensamiento citado me invita a proponer para la reflexión la fuerza que pueden tener las palabras de individuos proclamados como autoridades del orden en la sociedad y la potencia con la que sus alocuciones pueden alcanzar al difundirse en un medio de comunicación masiva. Queda además en el aire el siguiente cuestionamiento: ¿Bajo qué presupuestos los editores del medio en cuestión se tomaron la atribución de publicar opiniones de tal calibre racista?

También es importante resaltar un documento audiovisual que trata sobre el caso de 23 ciudadanos afroecuatorianos de la costa del país, que fueron detenidos arbitrariamente por miembros de la Policía Nacional del Ecuador, el 13 de abril de 2008, al encontrarse reunidos en el parque La Carolina de Quito realizando actividades deportivas⁷.

Al estar localizado al centro norte de la ciudad, lugar de confluencia de centros empresariales y de viviendas de personas de clase media alta (en su mayoría blanco mestizas), el parque La Carolina se presenta como un sitio de esparcimiento y recreación dirigido a esas personas. El 13 de abril de 2008, los usuarios del lugar se encontraron con una imagen inesperada: la aglomeración de 23 personas con color de piel sospechoso en un mismo lugar, hecho que devino en el apresamiento de los deportistas en cuestión. El video muestra que, durante la detención de los afroecuatorianos por parte de miembros de la Policía Nacional, la protesta de las víctimas no tiene cabida en los oídos de los gendarmes, los mismos que recurren a la clásica invisibilización racial para ejecutar el proceso de detención que, según el comisario encargado del operativo, Marcelo Espín, era de tres días por una presunta “actitud sospechosa” (minuto 08:57).

⁷ El producto comunicacional fue elaborado bajo la dirección del antropólogo afroecuatoriano José Chalá, ex Secretario Ejecutivo de la Codae (Corporación de Desarrollo Afroecuatoriano) de cara al Año Internacional del Afrodescendiente, proclamado por la ONU en el año 2011 y que tenía como objetivo la ejecución de varias medidas de reparación dirigidas a mejorar la vida de los negros en Latinoamérica.

Tras el apresamiento ilegal y el accionar jurídico de varios líderes intelectuales afroecuatorianos, la Presidencia de la República tomó cartas en el asunto y repudió el acto de las fuerzas del orden, mediante un comunicado vertido por Fernando Bustamante, en ese entonces Ministro de Gobierno, quien expresó su pesar mediante una rueda de prensa su pesar: “pidiéndoles a nuestros amigos disculpas por la forma cómo fueron tratados y por los procedimientos irregulares que los afectaron” (minuto 09:47). Posteriormente, Bustamante manifiesta que: “el Gobierno Nacional no tolerará estas prácticas, ni al interior del Gobierno, ni en la sociedad ecuatoriana” (minuto 10:16).

El hecho retratado, es un claro ejemplo de que las concepciones de fronteras étnicas racializadas e interiorizadas en el imaginario de los usuarios blanco mestizos del parque y de los policías implicados en el caso, se accionaron en el interior de su inconsciente para proceder con el acto de discrimen hacia los afroecuatorianos afectados. Andrés Guerrero es explícito al explicar la situación imaginaria en que se efectiviza este tipo de actos:

La frontera instituye en las posiciones y las estrategias de fuerza de los agentes, en lo real, los hitos simbólicos (los marcadores de valorización y de distinción) que delimitan el campo de juego. Invisible pero real, la frontera esconde la arbitrariedad de su institución imaginaria (Guerrero 1998, 115).

Un caso de odio racial contemporáneo, que tuvo importante relevancia por su impacto mediático, fue una denuncia hecha en 2012 por el ex estudiante de la Escuela Superior Militar Eloy Alfaro (ESMIL), Michael Arce, quien fue víctima de tratos discriminatorios durante tres meses, mientras trataba de convertirse en “el primer general negro del Ecuador” (El Universo, 14 de julio de 2013), por parte de su instructor, el teniente Fernando Encalada.

El afectado, mediante una entrevista vertida para el noticiero Teleamazonas en julio de 2013, afirmó que: “ponían cinco, seis de mis compañeros y ‘¡Denle ahora sí al negro!’, que me golpeen y si ellos ya sentían un poco de pena (...) les decía que a ellos les iba a castigar” (Teleamazonas, julio de 2013). Arce además afirmó que el instructor agresor: “me quitaba la comida o me daba menos tiempo, me decía ‘tienes un minuto, lo que

comes en un minuto, bien y lo demás ¡Qué pena!’. Luego me dijo que mientras él esté en el ejército, personas como yo no iban a estar ahí” (Teleamazonas, julio de 2013) situación que conminó a Michael a solicitar la baja de la institución y posteriormente entablar la demanda al agresor.

Medios de comunicación como diario El Comercio, mediante testimonios de los ex compañeros de Arce, mostraban más evidencias de lo acontecido:

En el informe de la Defensoría consta el relato de los cadetes que hablaron a los defensores públicos que los entrevistaron. Ellos dijeron que al joven Arce le negaron la comida, le hacían comer en el piso, le ponían guardias extremas, le negaban el sueño. “Todo por su condición de afrodescendiente”, según un comunicado de la Fiscalía. (El Comercio, 15 de noviembre de 2015).

Posteriormente, tras tres años del litigio jurídico, el 19 de noviembre de 2015, Fernando Encalada fue declarado culpable del delito de odio racial y conminado a cinco meses de prisión; mientras que la ESMIL debía ofrecer disculpas públicas al afectado, en el marco de una ceremonia militar.

El ejemplo presentado es un diagnóstico de la difusa inclusión social que los negros tenemos en Ecuador. Es además una muestra de que ciertos segmentos de poder de la sociedad nacional son imposibles de alcanzar por parte de afrodescendientes y que gran parte de la sociedad, no tiene incluido en su imaginario a individuos afrodescendientes como autoridades en potencia de su nación. Humanos vistos como seres por fuera de la historia del país, de acuerdo a presupuestos de Benedict Anderson:

El hecho es que el nacionalismo piensa en términos de los destinos históricos, mientras que el racismo sueña con contaminaciones eternas, transmitidas desde el principio de los tiempos mediante una sucesión interminable de cópulas asquerosas: fuera de la historia. Los negros son, gracias al sambenito invisible, negros para siempre; los judíos, la descendencia de Abraham, son judíos para siempre, cualesquiera que sean los pasaportes que lleven o las lenguas que hablen y lean (...) (Anderson 1993, 210).

Dentro de la atmósfera futbolística nacional, la temática principal de la presente investigación, los actos de racismo continúan reproduciéndose; expongo el caso del delantero afroecuatoriano Felipe Caicedo, quien el 24 de junio de 2009 presentó una

denuncia ante la Fiscalía de Guayas en contra del dueño del restaurante El Portón de la ciudad de Guayaquil, Víctor Bitterman.

Según información de diario El Comercio, el deportista llegó al lugar el lunes 22 de junio, aproximadamente a las 22:00 horas acompañado por tres personas más (dos de ellas blanco mestizas). El momento en el que se encontraba en el lugar, el dueño del local había llamado a personal de la Policía Nacional, puesto que uno de los acompañantes de Caicedo se mostraba hablando por su celular constantemente. Entre los detalles relatados en el diario, se destaca que:

Los policías cerraron el local y revisaron a Caicedo en el interior del local y a su primo, afuera. “Actuaron como si se tratara de un operativo antidelinquencial. En forma agresiva y con tratos denigrantes nos exigieron a mi primo y a mí que les explicara por qué estábamos en ese sitio ya que no era lugar para nosotros. Sin embargo, a otras personas como eran blancos, no les pidieron documentos”, explicó Caicedo (El Comercio, 24 de junio de 2009).

Tabloides como diario El Universo, intentaron ir más allá de la versión del futbolista e indagaron la versión del supuesto denunciante y propietario del negocio, Víctor Bitterman:

‘Me están haciendo daño. No llamé a la Policía ni hice nada para ser acusado. El que hizo la llamada fue un cliente’, aseguró Víctor Bitterman. El propietario explicó que un cliente (no dio el nombre) hizo la llamada porque ‘un acompañante (de Caicedo) salía del local a cada momento para hablar por teléfono. E incluso cuando vino la policía tuvo un mal comportamiento’. (El Universo, 24 de junio de 2009).

Este hecho es un ejemplo de cómo puede manifestarse el racismo en una esfera social concurrida por personas blanco mestizas con poder económico. Al desconocer la identidad de Felipe y su familiar afrodescendiente, el individuo discriminador no decidió acercarse a indagar por su presencia, prefirió mantenerse en su esfera y acudir a elementos policiales para que solucionen un supuesto problema que no existía. La versión del dueño del restaurante, lejos de desafectarlo lo involucra aún más, puesto que ante la llamada que hizo el supuesto cliente para denunciar la condición sospechosa de Felipe, éste no hizo absolutamente nada por impedirla o por indagar sobre las llamadas

del familiar del deportista en su establecimiento. Un silencio que acota el acto de racismo denunciado por el futbolista.

Este suceso, habla además de su ambigua inclusión en el imaginario ecuatoriano, puesto que, a pesar de su fama nacional e internacional, la carga de melanina en su piel lo subalternizó en un lugar donde no se espera la entrada de personas negras. Un limbo inclusión/exclusión al que alude John Antón desde argumentaciones de De la Torre y Maloney:

Sobre este punto Carlos de la Torre (2002) y Gerardo Maloney (1993) han dado cuenta de cómo los procesos de construcción de la identidad colectiva de los afroecuatorianos dentro de la sociedad ecuatoriana han experimentado **una dualidad contradictoria de exclusión/inclusión: exclusión en la medida en que se los ha borrado de la historia como sujetos constructores de la nación, e inclusión a través de la construcción de imágenes y representaciones estigmatizadas**, estereotipadas y racializadas de estos sujetos por parte de las élites hegemónicas blanco-mestizas. (De la Torre y Maloney en Antón 2011, 163) Mi énfasis.

La totalidad de casos descritos muestran que, tras la manumisión de la época esclavista en la nación, entre 1821 y 1860 (De la Torre, 2002) el papel de los afrodescendientes en la nación no cambió de posición; las relaciones sociales peyorativas de poder simplemente adoptaron tintes de modernidad y sutileza, que lejos de terminar con el estigma dejado por la esclavitud, perpetuaron la subyugación del negro.

1.5. Los planes de desarrollo y la realidad estereotípica del negro desde las estadísticas oficiales

Ya en el siglo XXI, quiero evidenciar datos del Plan de Desarrollo Integral del Pueblo Afrodescendiente de Quito, la capital del país, para aseverar que el deterioro de las realidades negras continúa. Una argumentación sumamente importante, es la que alude a la falta de escolaridad de los afroecuatorianos en la urbe:

Uno de los factores que se asocian a la pobreza de las y los afroecuatorianos del DMQ es la falta de escolaridad. Según el Censo del 2001, el 5,17% de las y los afroquiteños son analfabetos y el 16,1% analfabetos funcionales. Los años de escolaridad de un afro son apenas de 7,9 mientras que la media del distrito es de 9,5 años. En el DMQ solamente el

73 % de la población afro de 12 años y más ha terminado la primaria; el 19,3% de 18 años y más ha terminado la secundaria, y apenas el 15,5 % de los mayores de 24 años tienen instrucción superior (Plan de Desarrollo Integral del Pueblo Afrodescendiente de Quito 2008, 13).

En el caso de Guayaquil, la ciudad con más población afrodescendiente en el país, las cifras son similares a las que refleja la capital y redundan en la privación histórica de acceso al conocimiento que los afrodescendientes hemos sufrido desde nuestra llegada al territorio:

[...] Según el censo de 2010, en el cantón Guayaquil los afroecuatorianos presentan una tasa de analfabetismo de 4,49% frente al 3,1% del cantón. Mientras la tasa de escolaridad en los afroecuatorianos llega a 10 años, en el cantón el promedio alcanza los 11 años. Por su parte, la tasa de instrucción superior alcanza al 11,98% de la población afroecuatoriana de 24 años o más, en tanto que en el cantón supera el 27% [...]. El 4% de la población afroguayaquileña no posee ningún grado de instrucción escolar, el 25% tiene educación media, el 5% instrucción superior; en tanto que 682 afroguayaquileños tienen nivel de posgrado (Antón 2015, 47- 48).

Organismos como el Sistema de las Naciones Unidas en el Ecuador, y el Gobierno Nacional, mediante el Proyecto Estrategia Nacional de Desarrollo Humano en el marco de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (PNUD), también se encargaron de repetir el discurso, con miras extender vías para un supuesto desarrollo para este sector de la población⁸:

Pero esta pobreza no sólo tiene que ver con las carencias materiales básicas, sino que igualmente se desarrolla en un escenario caracterizado por patrones de discriminación y desventajas sociales. Igual que en otros países latinoamericanos, el pueblo

⁸ Según John Antón, el tema de las reparaciones a los afrodescendientes tomó relevancia geopolítica desde la ya mencionada III Cumbre Mundial contra el Racismo realizada en Durban, Sudáfrica. De acuerdo con Dennis Oliveira (2001), los movimientos sociales, en especial los afrodescendientes, señalaron en dicha cumbre dos puntos críticos de la agenda global de la lucha contra el racismo: las reparaciones y las acciones afirmativas. Es decir, en Durban estas organizaciones se plantearon, por un lado, la declaración de la trata esclavista transatlántica como crimen de lesa humanidad, y por otro, la demanda de reparaciones o medidas compensatorias para las víctimas de la esclavitud, puntos que, de acuerdo con Oliveira, naturalmente destaparon todas las contradicciones de la actual geopolítica internacional y demostraron que el poder constituido en la actualidad es fruto, entre otras cosas, de una explotación histórica y brutal de los pueblos de la diáspora africana.

afroecuatoriano comparte situaciones referidas a la discriminación del empleo, al estereotipo de la personalidad y a la invisibilidad de su papel constructor de la nación en que habitan. De la misma manera, es evidente su marcada desventaja social, económica y política. Quizá las raíces estructurales de estos fenómenos devienen del prejuicio racial, del legado pos esclavista y las actitudes discriminatorias que en el pasado se incubaron contra estas comunidades (ODM 2007, 32).

En torno al estado del desarrollo de la comunidad afrodescendiente, en el programa PNUD también se explicitan las condiciones históricas de subyugación social y se alude al término socio económico “capital humano” como un termómetro de la situación actual de los afroecuatorianos, que estaría dificultando su desarrollo ¿Un neo estereotipo desarrollado desde la ONU?:

La exclusión social que por causas de la esclavitud se ha practicado históricamente hacia la población afrodescendiente ha traído como consecuencia un bajo desarrollo de su capital humano. Éste último se refiere a las capacidades, destrezas, agilidad y atributos que una persona posee para alcanzar mayor movilidad social y poder realizarse con suficiencia en una actividad económica para así mejorar su nivel de vida. El capital humano se constituye en una variable clave en el esquema del desarrollo humano [...] (ODM 2007, 33).

Partiendo de una alusión importante de Romero Rodríguez en reflexiones de John Antón, quien asegura que, para América Latina este tipo de reparaciones⁹ “se trata más bien de fórmulas que cada país debe asumir como acciones afirmativas en cuanto a temas concretos” (Rodríguez en Antón 2011, 161), cabe resaltar que los diagnósticos antes expuestos evidencian que desde élites de poder como la ONU, el problema nunca pasó desapercibido y que el Gobierno Nacional también está al tanto de la problemática. Sin embargo, es preciso preguntar ¿Por qué se esperó tanto tiempo para preocuparse por la realidad afrodescendiente del país?

⁹ En alusión a Romero Rodríguez, Secretario Ejecutivo de la Alianza Estratégica Latinoamericana, John Antón asegura que “La sustentación de las reparaciones a los afrodescendientes radica en el siguiente hecho: si un sector de la sociedad latinoamericana llegó a este territorio como consecuencia de un atroz tráfico de seres humanos, y si a cinco siglos de esos hechos el 92% de los 150 millones de afrodescendientes vive bajo la línea de pobreza, es innegable la existencia de un racismo estructural y objetivo. Por lo tanto, se exige comenzar al ver el tema de las reparaciones como algo concreto” (Rodríguez 2004: 2 en Antón 160).

Un factor que está estrechamente ligado con el fútbol como una manera de sustento vital para los afroecuatorianos, es la escasez de fuentes de trabajo. A decir de Antón, “el mercado laboral impone a los afrodescendientes el prejuicio racial como una barrera de inclusión al trabajo” (Antón 2015, 53). El intelectual además llama la atención en que este problema social está estrechamente ligado a la pobreza y a las prácticas de discrimen cotidianas, argumento que lo demuestra con cifras:

Ahora bien: las cifras de la pobreza en Ecuador están muy relacionadas con la discriminación racial. De acuerdo con la Encuesta Nacional de Hogar sobre el Racismo y la Discriminación que el autor coordinó en 2004 para el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos del Ecuador, 62% de los ecuatorianos admiten que en el país existe el racismo, pero sólo 10% se considera abiertamente racista, siendo los blancos los más racistas (14%) (Antón 2015, 168).

En esta misma obra, publicada con el antropólogo ecuatoriano Fernando García y denominada “Vigilar el Racismo”, Antón va más allá y analiza los tintes bajo los cuales se mueven los mecanismos de discriminación laboral, que mantienen en un limbo inclusivo a los afroecuatorianos:

[...] Es posible afirmar que la discriminación laboral¹⁰, en especial aquella con matices raciales, puede presentarse en los avisos de empleo, en los procesos de selección, contratación, evaluación, remuneración, beneficio y despido del personal. También suele presentarse en las capacitaciones, incentivos económicos, ascenso y hasta en el bienestar social y la seguridad social. La discriminación laboral con énfasis racial puede aparecer al momento de una decisión patronal, de una selección de personal, un traslado y a quien se deja cesante con el fin de una reducción de personal (Antón 2015, 42).

Con esta realidad expuesta y ante el cúmulo de trabas sociales que impiden una inclusión social plena de los afrodescendientes al imaginario ecuatoriano, los hijos de la Diáspora Africana en América hemos usado formas de agencia para subsistir. Carlos de la Torre alude a este tema:

¹⁰ La Constitución de Ecuador de 2008, en el artículo 33, reconoce al trabajo como un derecho económico y un deber social, y responsabiliza al Estado de las garantías a todas las personas para que gocen de dicho derecho en condiciones de dignidad y respeto. (Antón 2015, 40).

Los negros y negras que viven en Quito han desarrollado una serie de estrategias para resistir o acomodarse a esta cotidiana discriminación racial. Éstas se basan en un repertorio de prácticas y discursos que utilizan para negociar su dignidad, el acceso a recursos económicos, culturales y políticos básicos, o en casos extremos su integridad física. Los actores sociales, por lo general, recurren a estas estrategias casi espontáneamente pues las aprenden al observar las respuestas de familiares y amigos al racismo, o de sus éxitos o de sus errores en el pasado. (De la Torre 2002, 73).

Desde mi punto de vista, la práctica futbolística se emplaza dentro de las estrategias de supervivencia socioeconómicas, que utilizan los afroecuatorianos para incluirse de alguna forma en el imaginario social:

Al afroecuatoriano sólo se le tiene en cuenta cuando se trata de su participación en el deporte, en especial en el fútbol, donde ha tenido una visibilidad destacada. Valga el caso de la selección nacional de fútbol donde, el 85% de cuyos jugadores son afroecuatorianos que provienen de los territorios ancestrales de Esmeraldas y el Valle del Chota. (Antón 2011, 165) Mi énfasis.

Todo el panorama descrito, además está ilustrado en un proyecto de acción, impulsado por el gobierno del ex presidente Rafael Correa, en el año 2009, denominado Plan Plurinacional para eliminar la Discriminación Racial y la Exclusión Étnica y Cultural. En la propuesta, que tiene como objetivo “Eliminar las distintas formas y prácticas sistemáticas de discriminación racial y de exclusión étnica cultural para promover una ciudadanía plural, intercultural e inclusiva a través de las políticas públicas del Estado” (Plan Plurinacional 2009, 37) se detallan distintas importantes actividades a impulsar desde el Estado, para fortalecer la realidad multicultural detallada en la Constitución nacida en 2008, mediante una asamblea constituyente.

Las cifras que contiene el documento (que no difieren de las detalladas en este escrito, analizadas los planes que traigo a colación) nos abren una puerta para investigar, entender y razonar por qué el balompié caló en la profundidad de la psique de muchos afrodescendientes tan fuertemente, al punto de convertirse en una de las principales vías de sustento para muchas familias negras ecuatorianas. ¿Cómo inició la incursión del negro en este deporte? ¿Cuál ha sido el papel de los medios de comunicación en su accionar deportivo? Son las temáticas que abordaré en el siguiente capítulo.

Capítulo 2

La incursión de los futbolistas afrodescendientes en el imaginario nacional: hechos deportivos y sociales relevantes

1.1. El balón en pies negros: de la importancia del esférico para el desarrollo de un pueblo desatendido

El presente capítulo consiste en un análisis sobre cómo el fútbol ha permeado en la vida de pobladores de comunidades afroecuatorianas, tanto en grupos de afro serranos como de afro costeños, quienes emigran hacia las grandes ciudades del país, en busca de un equipo donde probar sus habilidades con el esférico. La influencia de este deporte en los deportistas de ancestro africano del país, se evidencia en las concepciones y pretensiones de desarrollo económico, estatus social y procesos migratorios que muchos de ellos emprenden durante sus vidas.

Partiendo del hecho de que ex seleccionados nacionales como Ulises de la Cruz, Édison Méndez, Agustín Delgado y Carlos Tenorio, tras incursiones exitosas en el balompié profesional, alcanzaron fama tanto nacional como internacional, así como reconocimiento social a escala nacional, es importante entender cómo sus figuras se constituyen en referentes modelo para deportistas negros jóvenes y cómo han devenido en líderes de sus comunidades puesto que desempeñan, en muchos casos, funciones estatales al interior de las mismas.

Una vez planteadas estas premisas, es necesario entender: ¿Qué hechos edificaron al fútbol como una actividad prioritaria al interior de las poblaciones afroecuatorianas? ¿Cómo asimilan las comunidades la incursión de sus habitantes en este deporte? ¿En qué forma actúan factores sociales como el racismo en su búsqueda por el éxito futbolístico? Todos estos son cuestionamientos que trataré de despejar mediante las siguientes reflexiones.

1.2. La importancia del fútbol en las poblaciones del valle del Chota-Mira: ¿Una necesidad impuesta?

La pelota, objeto lúdico deportivo de uso recurrente en gran número de poblaciones negras ecuatorianas, además de utilizarse en momentos de tiempo libre para distintos juegos, se ha convertido en un símbolo de búsqueda de desarrollo en los pies de jóvenes

afrodescendientes. Un hecho deportivo contribuyó en la actual y determinante importancia simbólica del balón: la primera clasificación de la Selección Ecuatoriana de Fútbol al mundial Corea Japón 2002, lograda el 7 de noviembre del 2001 en el Estadio Olímpico Atahualpa de Quito, frente a la selección de Uruguay. ¿Quiénes fueron los gestores de este logro deportivo? 11 jugadores, de los cuales 6 provenían de los valles del Chota y la cuenca del Río Mira, comunidades de herencia africana: Agustín Delgado, Édison Méndez, Cléber Chalá, Raúl Guerrón y Ulises de la Cruz se erigieron entre los principales gestores de esta hazaña.

El comentarista deportivo Fabián Gallardo, uno de los periodistas blanco mestizos más laureados del país, tuvo la oportunidad de narrar los últimos minutos y el final del partido que le dio la clasificación al seleccionado. En sus primeras palabras después del pitazo final, se evidencian importantes alusiones respecto a los jugadores de aquel momento, que según mi punto de vista se constituyen como los primeros hitos discursivos que catapultaron al deportista negro a una posición de héroe en el imaginario ecuatoriano. Su discurso cargado de emoción, se transmitió mediante la Asociación Ecuatoriana de Canales de Televisión, en señal abierta para todo el país:

¡Ecuador al mundial!, ¡Ecuador al mundial!, ¡Ecuador al mundial!, ¡Ecuador al mundial!,
¡Ecuador al mundial!, ¡Ecuador mi país!, ¡Ecuador al Mundial!, ¡Ecuador al Mundial!
¡Ecuador al Mundial! ¡Ecuador al Mundial! ¡Mi patria querida por primera vez al
Mundial! ¡Victoria, victoria tricolor! ¡Victoria tricolor! **¡Victoria a lo grande de
Ecuador! ¡Victoria a lo grande de mi país! ¡Tantos años de frustración se acabaron!
¡Estamos en la Copa del Mundo! ¡Estamos entre los 32 de Corea y Japón! ¡Gracias
Bolillo! ¡Gracias muchachos! ¡Sí se pudo! ¡Sí se pudo! ¡Sí se pudo!** ¡Ecuador está en la
Copa del Mundo! ¡Ecuador está en la Copa del Mundo! La **Asociación Ecuatoriana de
Canales de Televisión en un hecho, ¡En un hito histórico!** El equipo del Bolillo que
comenzó con Venezuela, en la penúltima fecha le dice ¡Bienvenido Japón! ¡Bienvenida
Corea! **¡Ecuador está en la cima del fútbol del mundo! Y llora Cevallos, y el pueblo
ecuatoriano todo se abraza, ¡Ésta es una fiesta! ¡Vamos a la vuelta olímpica! ¡Vamos
a aplaudir a estos leones! ¡A estos jugadores que nos han dado la alegría grande de
estar en la Copa del Mundo!** (Transmisión en señal abierta para todo el país, 07 de
noviembre de 2001) Mis énfasis.

Un dato importante de este hecho deportivo que se marcó como histórico, es que paradójicamente se produjo durante uno de los momentos de mayor desapego político de los habitantes de la nación en torno a sus mandantes. El país estaba atravesando el interinazgo de Gustavo Noboa en la presidencia de la república, tras la destitución del ex mandatario Jamil Mahuad por un feriado bancario que dejó en una grave crisis económica a Ecuador.

Respecto a este hecho, son importantes las aseveraciones del sociólogo argentino Pablo Alabarces, quien en alusión a su investigación denominada “Fútbol y Patria: el fútbol y las narrativas nacionales en la Argentina del Siglo XX” (Alabarces, 2006) resalta una hipótesis que la considero aplicable al contexto nacional:

La hipótesis desarrollada en toda la investigación fue que [...] el discurso unitario de la nacionalidad se ausenta, en el mismo movimiento en que el Estado neoconservador se ausenta de la vida cotidiana. La tesis resultante [...], es que en momentos de politización fuerte de los debates sobre lo nacional, la centralidad de las narrativas futbolísticas decrece, hasta transformarse en pura mercancía mediática [...]. Pero que, en momentos de crisis de los relatos modernos de identidad, la importancia de las narrativas futbolísticas crece de manera importante, excediendo incluso el mundo masculino donde originalmente se despliegan. (Alabarces 2006, 4).

En el contexto nacional, el antropólogo Jaques Ramírez también contribuye en la explicación de esta mecánica de imbricación social, que involucró la coyuntura política y futbolística del país:

A finales del siglo XX, en el Ecuador se hacen visibles una serie de problemas que permiten hablar de un intenso debilitamiento de los convencionales lugares de apuntalamiento de la identidad nacional [...]; la crisis económica-política desatada desde 1999, uno de cuyos efectos fue la desaparición de la moneda nacional [...] debilitó la legitimidad de la estructura nacional de poder [...]. **En esta particular configuración político-cultural [...] se observa el surgimiento y consolidación de una diversa narrativa de recomposición identitaria [...] a través de la Selección nacional de Fútbol** (Ramírez 2006, 52-53) Mi énfasis.

Con estas importantes premisas, considero que, durante el momento de la clasificación de la Selección Ecuatoriana al mundial, toda la población atenta a este hecho histórico otorgó el papel protagonista de refundadores morales de la nación a esos 11 jugadores, quienes tras un duro esfuerzo por eliminatorias se erigían como los primeros representantes de la población en ese entonces golpeada, en un evento mundial. Tal conjunción de hechos, clavó en la retina de los pobladores del país la imagen de los jugadores de la Selección¹¹, entre ellos, seis deportistas afrodescendientes, incluido el que convertiría en el goleador histórico del equipo, Agustín Delgado.

Desde entonces, una fiebre mediática (de tradición blanco mestiza) proveniente diversos sectores del país invadió asentamientos negros¹², como las comunidades imbabureñas antes descritas, e inmediatamente se empezó a hablar de la “innata” habilidad de los negros con el esférico. Un ejemplo de esta aseveración, es una publicación, desde mi punto de vista de tinte esencialista, emitida por revista Estadio en el año 2006, uno de los magazines más importantes del país en el campo deportivo nacional:

Un estudio realizado hace poco en el valle del Chota determinó que existe un factor genético entre la gente del lugar que permite proyectar que, con una alimentación adecuada, sus habitantes llegarían como promedio a una altura de 180 centímetros, hipótesis que se basa en la longitud de sus extremidades y huesos. La flexibilidad es otra de sus características, y su contextura física tiene la gran ventaja para un deportista de ser más músculo que grasa. No sorprende entonces que, en el valle del Chota, a 1.560 metros sobre el nivel del mar, todos sean fanáticos del fútbol (Revista Estadio, marzo de 2006).

¹¹ Un estudio realizado por Jean Rahier, respecto a las reacciones de los hinchas ecuatorianos en portales virtuales tras la segunda clasificación del seleccionado, al mundial de Alemania 2006, da cuenta de cómo este tipo de neo identificación empezaba a surgir entre los fanáticos blanco-mestizos, muchos de ellos migrantes: “Soy una ecuatoriana q reside en España, y me 100to muy orgullosa de mi país, lamento no estar allí, para celebrarlo como dios manda. Extraño mucho a mi país y esa gente tan linda!!!!!!!!!!!!!!!!esos son mis negritos ecuatorianos ;;;;;;;;;;;;; gracias Gracias negritos, ojalá q sigan así. Besos desde España ;;;viva ecuador!!!!” (escrito el 16 de junio del 2006) (Rahier 2008, 624).

¹² Entre la explosión mediática a la que aludo, cabe destacar el nacimiento de varios documentales, tras la primera clasificación de la Selección Ecuatoriana al Mundial Corea Japón 2002. Estos productos comunicacionales retratan la cotidianidad de comunidades afrodescendientes como El Juncal y Piquiucho en torno a la agricultura y al fútbol. La película “Alpachaca, Puente de Tierra” del director Jorge Luis Narváez, es un filme que retrata un fragmento de la historia afrochoteña en la época del huasipungo. El documental “Mete Gol, Gana” del cineasta Felipe Terán, es una película que explica una parte de la historia de vida del jugador Ulises de la Cruz, y su paso por Gran Bretaña como jugador de varios clubes de balompié. Figura además el largometraje “Tarjeta Roja: fútbol y racismo” del periodista Rodolfo Muñoz y un producto visual contemporáneo, denominado “Dream Town”, producido por la cineasta Betty Bastidas. Todos éstos calan en un argumento recurrente: la precariedad de las condiciones de vida de los aspirantes a deportistas afrodescendientes en sus comunidades de origen.

Tal argumentación lejos de ser científica, desde mi perspectiva obedece a una visión segregacionista, vigente por la existencia de fronteras étnicas al interior del país, que tienen por objetivo la dominación administrativa de distintas poblaciones subalternas. Un proceso discursivo de construcción étnica, dirigido hacia la población afrodescendiente desde la mayoría racial que detenta el poder mediático e intelectual, y que la investigadora Katty Hernández describe de la siguiente forma:

Retomando las palabras de Pujadas [1993], **los procesos de construcción de las identidades étnicas están fundamentados en la memoria histórica del grupo, sin embargo, este mismo pasado [léase memoria histórica] se constituye en el cimiento principal para el etiquetaje social o estigmatizaciones colectivas que se hacen de los diferentes grupos.** Un etiquetaje que actúa sobre el comportamiento de los individuos afectando a su propia identidad individual, restringiendo la libertad de opción de dichos individuos y preconditionando su propia interacción con los ‘otros’ [...]. **Dichos etiquetajes sociales funcionan [...], a niveles abstractos de representación, es decir, a nivel simbólico y en interacción con la vida cotidiana, generando ‘representaciones públicas de la imagen del yo’ [...].** (Pujadas, citado en Hernández 2005, 92). Mis énfasis.

Si tomamos atención a este análisis elaborado por Hernández, es importante resaltar el peso que tuvieron las nacientes denominaciones mediáticas sobre las poblaciones afroecuatorianas, durante el momento clasificatorio al primer mundial de fútbol. Habiéndose erigido nuevos héroes, inesperadamente negros en el imaginario general de la población, y tras la fuerza mediática de este acontecimiento, propongo que este hecho devino en una estigmatización colectiva de las poblaciones afrodescendientes del país que, tras nuestro pasado ancestral de esfuerzo físico, vigente (de manera difusa o no) en todo imaginario blanco-mestizo, se nos asoció con esta herencia para hablar de nuestra utilidad como futbolistas. Este hecho a su vez conminó a que las libertades de opción de muchos afrodescendientes se limiten a perseguir el esférico en sus territorios, para tratar de mejorar sus situaciones económicas y las de sus familias. Motivó a que las comunidades afrodescendientes sean vistas como canteras innatas de futbolistas, que no tienen otra opción, como por ejemplo estudiar, para salir de la pobreza.

La afirmación de revista Estadio “No sorprende entonces que, en el valle del Chota, a 1.560 metros sobre el nivel del mar, todos sean fanáticos del fútbol” (Revista Estadio,

marzo de 2006), es una muestra expresa de lo que la visión blanco-mestiza supone que deben hacer los pobladores afrodescendientes de la zona en cuestión, para que alcancen el reconocimiento como ciudadanos del país.

Tomando como argumentaciones para los distintos productos comunicacionales, evidencias visuales como la aridez de los territorios de las poblaciones retratadas (con un énfasis en comunidades como Piquiucho, Juncal, Chota e ignorando las 33 localidades restantes del sector) y tomando como evidencias la precariedad de condiciones de vida de los habitantes, los comunicadores asimilan la práctica de fútbol en el valle como una de las escasas vías pertinentes para su desarrollo:

Desde hace años el sueño de los jóvenes del Chota es dejar su tierra. La migración se fue haciendo cada vez más fuerte debido a la ausencia de oportunidades en el pueblo. El valle comenzó a ser, cada vez más, un sitio de niños y de viejos. Los jóvenes partían en busca de horizontes para ser futbolistas, choferes o policías. Hoy la tendencia no se ha detenido, pero sí bajó relativamente entre unos habitantes que viven la pobreza y el olvido con alegría y optimismo. Y el fútbol no es del todo ajeno a ello” (Revista Estadio, marzo de 2006).

Es interesante apreciar cómo el magazine citado, si bien habla de falta de oportunidades en las comunidades negras, no cuestiona a fondo por qué el sueño de los jóvenes negros es dejar su tierra y qué motiva esta desatención. Es una clara visión blanco – mestiza, que posteriormente subraya con normalidad que los “horizontes” de los afrodescendientes que migran están en servir a fuerzas del orden o patear un balón. Una perspectiva que, de acuerdo a Carlos de la Torre, está naturalizada por las consecuencias del proceso esclavista negro en Ecuador:

Las construcciones dominantes del hombre negro como esencialmente violento y sólo apto para las labores físicas, naturaliza las consecuencias de la esclavitud. Los conquistadores y colonizadores europeos recurrieron a la mano de obra de esclavos africanos para trabajos duros en condiciones climáticas poco saludables. **Desde ese momento los afroecuatorianos son contruidos como una categoría social con características esencialistas atribuidas a su cuerpo como son su fuerza, resistencia física y su "bravura"** (Stutzman, citado en De la Torre 2002, 49). Mi énfasis.

Otras alocuciones incluso vinieron por parte de periodistas internacionales, como Jim Wyss, comunicador del diario estadounidense El Nuevo Herald, quien viajó a visitar la provincia de Esmeraldas en el año 2014 y paradójicamente vertió el mismo discurso esencialista acerca de los negros de la Costa: una cuna innata de futbolistas.

Por años esta lejana provincia escondida a lo largo de la frontera con Colombia, ha producido la mayor parte del talento futbolístico ecuatoriano. Con una población de 531.000, Esmeraldas solo representa el 3% de la población del país. Pero los esmeraldeños tienen 10 de los 23 puestos en el equipo de Ecuador para la Copa Mundial de Fútbol —y eso no incluye al capitán Antonio Valencia, quien nació en el Amazonas, pero cuyos padres son de Esmeraldas [...]. En un país donde solo 7% de la población es descendiente de africanos, el equipo nacional de Ecuador está compuesto por casi un 80% de jugadores negros. Y Esmeraldas es una de las pocas provincias predominantemente negras. En contraste, la capital Quito, compuesta mayormente por mestizos y con una población de 2.7 millones de habitantes, no tiene ni a un solo jugador en el equipo de la Copa del Mundo (El Nuevo Herald, 7 de junio de 2014).

Este discurso, si bien dispone de datos sobre la realidad de los afroecuatorianos y de los deportistas negros que siguen el balompié, muestra una tradicional visión de sorpresa por los jugadores negros del equipo, que trajo consigo la clasificación mundialista tricolor en los ojos de extranjeros¹³. Un hecho interesante, es que el periodista trata de explicar las razones de esta mayoritaria presencia afro, sustentándose con visiones de

¹³ Este fenómeno del que hablo, surgió con más fuerza tras la clasificación al mundial de Alemania 2006, cuando los medios de comunicación ecuatorianos, se enfocaron en expresiones de extranjeros para hablar de la singularidad de jugadores negros del seleccionado. Así, por ejemplo, Jean Rahier, en su investigación sobre las reacciones en prensa e internet de los hinchas ecuatorianos acerca de la Selección, durante el mundial de Alemania 2006, subraya expresiones del ex futbolista argentino, conocido como el “Loco Gatti” quien, respecto al equipo, escribió para el portal AS Deportivo: “Los ecuatorianos no son sorpresa, al menos para mí. Ya llevan dos Mundiales seguidos, en Suramérica se clasifican sin muchos apuros y relativamente cerca de Argentina y Brasil... Juegan un fútbol de toda la vida, sin misterios ni cosas raras, y encima han juntado una selección casi entera de nigerianos nacionalizados... ¿Pero los ecuatorianos no eran indios, como yo? Pues no, ahora son negritos casi todos. ¿De dónde han sacado ese color de piel? Yo que la FIFA investigaría, porque estos bananeros (así llamamos en Argentina a los ecuatorianos) nos están timando a todos...” (Gatti, en Rahier 2008).

Otra nota anecdótica, es la del portal Ecuador Inmediato. En uno de sus artículos acerca de ese mundial, publica: “Son todos negros, no hay ningún indio”, comentaba con asombro en la tribuna un periodista europeo en el partido de Ecuador contra Polonia. La imagen internacional del ecuatoriano suele estar estereotipada por el hombre andino de rasgos indígenas, ausente en la actual selección. Quizás quien más se acerca es el volante Luis Fernando Saritama, quien aún no recibe oportunidad de actuar” (Ecuador Inmediato, 23 de junio de 2016).

habitantes esmeraldeños, que ven en la capacidad física de los afroecuatorianos el “secreto” para el éxito del equipo tricolor:

‘Todo se resume al hecho de que somos negros’ dijo Erazo. **‘Porque somos negros, tenemos esta cultura del deporte y estas habilidades atléticas. De aquí salen los mejores jugadores de baloncesto, los mejores levantadores de pesas y los mejores jugadores de fútbol. Está íntimamente ligado con el color de nuestra piel’**. O de acuerdo a Omar Estupiñán, el presidente de la Federación de Fútbol de Esmeraldas, **‘la gente aquí tiene músculos hasta en las uñas’** (El Nuevo Herald, 7 de junio de 2014). Mi énfasis.

Desde estos puntos expuestos, es preciso preguntar: ¿Cómo un periodista puede buscar este tipo de respuestas y reportarlas para un público internacional, sin cuestionamiento a las premisas recabadas? ¿Acaso esta no es una muestra de que los medios de comunicación posicionaron mediáticamente el “músculo” de los afrodescendientes? En este punto, es pertinente hipotetizar que el fútbol caló como actividad básica de búsqueda de supervivencia en las poblaciones afrodescendientes, porque se solidificó como prioridad dentro de la estructura social de estas poblaciones, por la mecánica de invisibilización empleada por el Estado ecuatoriano con estas comunidades. Toda esta realidad social se amplificó con el pasar del tiempo, gracias al aporte de los medios de comunicación masiva quienes, extasiados por la primera clasificación del equipo a un mundial, esencializaron la utilidad física de los afroecuatorianos a lo largo del territorio, eternizando así la “tradicional” producción de futbolistas en la psique de las comunidades negras.

Un importante análisis que se enclava con mis aseveraciones, lo tomo del teórico de la comunicación holandés Teun Van Dijk, quien al hablar acerca de la mecánica de los medios de comunicación y su enfoque en poblaciones subalternas, argumenta:

Los medios de comunicación producen culturas, porque son máquinas narrativas que socializan una variedad de relatos, visibilizan una diversidad de sujetos, extienden las escenas del sentido e intervienen simbólicamente en la sociedad contemporánea.

Los periodistas blancos escriben prioritariamente como integrantes del grupo residente blanco al que pertenecen, y, por lo tanto, se refieren a los grupos étnicos minoritarios en

términos de ‘ellos’ y no como un parte de ‘nosotros’. Puesto que las minorías étnicas forman parte generalmente de la clase trabajadora, están menos organizadas en instituciones de poder y tienen escasa influencia política: estas dos dimensiones de raza y clase combinadas producen cogniciones sociales, y por lo tanto prácticas sociales determinadas entre los periodistas, que tienden a ignorar los grupos de fuera o a representarles dentro de un esquema persistentemente negativo (Van Dijk 1997, 79).

Con la argumentación expuesta, propongo que la explosión mediática pos mundialista, masificó la nueva cognición social de utilidad deportiva, que el periodista blanco mestizo generó en torno a los afroecuatorianos; un pueblo desconocido, temido y criminalizado en la mayor parte del territorio nacional en la era pre mundialista. Una tradición discursiva adicional que también se formó con este boom mediático, es que se inició una dualidad en cuanto a representaciones mediáticas acerca de los negros ecuatorianos. Además de mostrarlo como un depredador social, responsable de actos de delincuencia, ahora el afrodescendiente es visto como un ecuatoriano del que hay que aprovechar su físico, por su pasado de esfuerzo físico. Quiero invitar nuevamente al debate a Carlos de la Torre quien, respecto a esta perspectiva, sostiene:

A través de una serie de oposiciones binarias se ha construido a los negros como seres no intelectuales. **Si los blancos representan la razón, la fuerza espiritual e intelectual y la civilización, los negros encarnan la emoción y el sentimiento, la fuerza física y la naturaleza que se expresa en su violencia y sexualidad.** Debido a estos estereotipos racistas se asume que los negros no son aptos para el estudio (De la Torre 2002, 46). Mi énfasis.

Tras este punto expuesto, concibo que el fútbol y su importancia imperante al interior de las comunidades afrochoteñas mantiene su vigencia actual, porque es una actividad que limpia a los afrodescendientes de muchos de los estigmas sociales, que se nos otorgaron injustamente durante nuestra historia como parte del Ecuador. Al marcarse como un deporte que potencialmente puede generar procesos de movilidad social, crecimiento personal y familiar, además puede marcar al deportista que triunfa como un ente que sirve a la sociedad, el alter ego del delincuente que hace daño.

1.3. La desatención estatal como crisol del buen fútbol negro: la perspectiva de Dusan Dráskovic

Para ampliar el horizonte de mi investigación, decidí buscar las raíces que dieron vida a la actualmente eficaz selección nacional de fútbol y hallé en Dusan Dráskovic, técnico montenegrino, la génesis del buen balompié ecuatoriano. Tras su trabajo al mando del equipo nacional entre el 1 de abril de 1988 y el 20 de septiembre de 1993, muchos analistas deportivos y medios de comunicación, afirman que Dráskovic “hace 25 años cambió la historia del fútbol nacional. Sobre todo, a nivel de selecciones. Descubrió talentos como Iván Hurtado, Byron Tenorio, Agustín Delgado, entre otros”. (El Universo, 11 de junio de 2013).

El portal web de noticias Ecuador Inmediato, me aportó con una importante pauta acerca del proceso del técnico europeo y la potenciación de jugadores afroecuatorianos en el equipo nacional, información importante que me llevó a entrevistarlo:

El asunto no es gratuito. El técnico montenegrino Dusan Dráskovic, considerado el primer artífice del fortalecimiento del fútbol ecuatoriano, fue quien a comienzos de la década de los 90 introdujo el concepto de que es necesario buscar el biotipo ideal para tener mejores jugadores. Dráskovic no apuntó a grupos étnicos específicos, pero fueron los afroecuatorianos los que dieron el perfil adecuado. Claro que ya antes en la selección nacional abundaban los negros, pero era una situación que se manejaba de forma empírica y accidental (Ecuador Inmediato, 23 de junio de 2016).

¿Por qué los afroecuatorianos dieron el perfil adecuado, de acuerdo a este informativo?
¿A qué se refieren con la búsqueda del biotipo ideal por parte del director técnico? Eran preguntas que se me presentaban recurrentemente, hasta que viajé a Guayaquil, ciudad donde reside, para conocerlo. Durante mi visita a la ciudad portuaria, Dráskovic con mucha cordialidad atendió a mi pedido de entrevista. Al encontrarnos en la cafetería “Bombons”, ubicada en el centro de negocios de la ciudad porteña, Dráskovic me saludó calurosamente e inmediatamente me preguntó acerca de la temática que investigo.

Hablar de Dusan Dráskovic, es hablar de un profesor nato. Al explicarle que estoy indagando acerca de la incursión de personas afrodescendientes en el fútbol nacional, se

entusiasmo y bastó con que terminara mi presentación, para que me impartiera una clase acerca de las primeras migraciones de los seres humanos por el globo terráqueo impartida por su parte, acompañada de afirmaciones constantes de que los africanos fueron los primeros pobladores de todos los territorios.

Ya entrando en materia, el profesor me profirió importantes hipótesis que, desde su punto de vista futbolístico, influyeron en la primacía de la presencia de futbolistas negros en los equipos nacionales. Una perspectiva que me impactó, se centró alrededor de la importancia de la práctica de balompié todo el tiempo posible del día y cómo este requisito caló accidentalmente en los jugadores de ancestro africano, de las comunidades desatendidas de Ecuador:

¿Qué tiene la raza negra? Que ellos tienen mucho más tiempo para entrenar. **Juegan libremente, no porque son tontos, porque son pobres, son marginados y no tienen sus padres dinero para ponerlos en colegios [...].** Aprenden sin ninguna escuela, aprenden libremente jugando, porque se puede aprender fútbol jugando, sin ningún entrenador. (Dusan Dráskovic, en conversación con el autor, febrero de 2017). Mi énfasis.

Estas fueron las primeras afirmaciones que trajeron a mí la reafirmación de que la desatención del Estado latente, fue identificada desde hace más de 20 años, cuando el profesor arribó a nuestras tierras. Dentro de los impactos que provoca la constante y diaria práctica del fútbol en el organismo humano, el técnico europeo afirma que se produce un mejor desarrollo del corazón, que a su vez propicia un mejor rendimiento corporal:

Si el corazón es más desarrollado, entonces más sangre puede entrar y más rápido se recibe ese oxígeno que se gastó; entonces lo empuja por las arterias y alimenta [...]. **Ahora para fútbol de alto nivel se debe tener muy buena resistencia aeróbica, desarrollado el corazón y todo el sistema cardiovascular; tener el corazón no sólo grande sino como músculo, sino saludable para hacer contracciones. Entonces como esos chicos de raza negra y otros blancos que son pobres que juegan juntos, ellos juegan todos los días y desarrollaron sus corazones [...].** Entonces esos chicos que juegan mucho tiempo y hacen mucho esfuerzo para ganar entre ellos, ellos ahora vienen y son mayoría porque ellos quieren ganar, a ellos les interesa ganar [...]. (Dusan Dráskovic, en conversación con el autor, febrero de 2017). Mi énfasis.

Tras estas argumentaciones, Dusan Dráskovic fue además explícito en explicarme qué diferencia a este tipo de jugadores, de los aspirantes a profesionales de balompié de las clases medias y altas, que generalmente en Ecuador son de procedencia blanco-mestiza:

Los chicos de los colegios privados llegan a las 3 de la tarde a la casa, ¿Cómo pueden entrenar? Y cuando viene el fin de semana, toda la familia está de salida y ellos no tienen el coraje de dejar a sus hijos en la casa para ir a jugar [...]. Si ellos jugarían libremente, como juegan los afros que sus padres no tienen dinero para ponerlos en clases privadas ni en colegios privados, entonces ellos serían más hábiles en sentido de habilidad psico física. Los negros como todo el tiempo juegan, cultivan la técnica. (Dusan Dráskovic, en conversación con el autor, febrero de 2017).

Esta perspectiva, me invitó a pensar que existen patrones sociales que no paran de reproducirse en nuestro país: el rol del blanco y su asociación al conocimiento, que dentro del ejemplo del profesor está en los jugadores de clases medias y altas, en la preocupación de sus padres porque no dejen la escuela, en desmedro de una posible oportunidad de ser futbolistas; frente al rol del afroecuatoriano, quien por su pobreza, está mermado de estudios y tiene que intentar formas de crecimiento mediante el uso de su cuerpo. ¿Roles que continúan reproduciéndose desde la etapa esclavista?

Agustín Delgado, asambleísta nacional y goleador histórico de la Selección Ecuatoriana de Fútbol, mediante una entrevista que presentaré más adelante, coincidentalmente me dio la misma visión sobre esta problemática, en este caso, al interior de las comunidades negras de los valles de los ríos Chota y Mira:

Lo que pasa en el Valle del Chota es lo siguiente, que en el Valle del Chota tienen que trabajar papá y mamá; y desde el miércoles salen las mamás a trabajar y los chicos crecen muy libres, sin esa educación, y desde luego tenemos chicos que son rebeldes, ¿Por qué? Porque después les cuesta adaptarse a un régimen de horarios. Y entonces es difícil porque se separan los padres de los hijos, por la necesidad del trabajo. (Agustín Delgado, en conversación con el autor, marzo de 2017).

Esta forma de práctica precaria del balompié tiene, según el director técnico, una explicación deportológica, puesto que Dráskovic afirma que “Entre las 9 y 11 de la mañana, fisiológicamente son buenas horas para entrenar, también entre 7 y 9 por la

noche; y ellos [los afroecuatorianos en condiciones precarias de vida] permiten que se haga deporte a cualquier hora” (Dusan Dráskovic, en conversación con el autor, febrero de 2017).

Siguiendo esta línea, Dráskovic asevera el empleo de estas horas en entrenamiento, favorece la utilización de sistemas anaeróbicos de energía, que aportan con explosividad corporal, en los momentos en que se debe reaccionar rápidamente, muy recurrentes en la práctica del fútbol:

Las fuentes de presencia anaeróbica son tres: ATP [Adenosin Trifosfato], CP [Fosfato de creatina], y Glucógeno [...]. ¿Qué es ATP? ATP es P, más P, más P, un trifosfato; si yo uso estos trifosfatos [durante la práctica deportiva], tengo un tiempo de energía que dura hasta un segundo y medio [...]. Después de 15 segundos, estos fosfatos pueden volver a liberarse por otro segundo y medio.

Cuando el esfuerzo dura más de 3 segundos, se liberan fosfatos de creatina [CP], con los que tú puedes hacer un esfuerzo que puede durar hasta 15 segundos [...]. Ese fosfato no se quema, quiere decir que cuando tú ahora haces receso, todo ese fosfato que se liberó, se realimenta y tú ganas potencia, velocidad, ritmo y dirección [...]. Lo importante es que aquí podemos ver cuál es la diferencia entre blancos y negros, aquí hay una diferencia (Dusan Dráskovic, en conversación con el autor, febrero de 2017).

A pesar de todas ventajas de las que gozaría el jugador afrodescendiente de poblaciones subalternas de nuestro territorio, según argumentaciones del profesor al final de la entrevista, la mixtura étnico-cultural de la que goza el país, es el detalle que mantendrá en los mejores sitios futbolísticos al seleccionado:

Entonces como nosotros somos ahora, una mezcla entre las tres razas más importantes del mundo, la raza negra, la raza roja que es la raza indígena, y nosotros, la raza blanca y como esa mezcla se dio varios años atrás, ahora todavía hay más [...]. Ecuador nunca tendrá problema con su fútbol porque pelearán títulos contra todo el mundo [...] y ahora toda Sudamérica los tiene respeto, tiene miedo, ¡No quieren a Ecuador en su grupo! [...]. Ecuador tiene un futuro inmenso y más que todo en un deporte como el fútbol, donde la estatura no significa nada, sólo lo importante es ser explosivo, rápido e inteligente. (Dusan Dráskovic, en conversación con el autor, febrero de 2017).

De acuerdo al profesor, estas serían las principales causas fisiológicas que explican el porqué de la primacía del jugador afrodescendiente en nuestro medio, que según sus aseveraciones “hace un tiempo hubo un reportaje, en el que se investigó que el 65% de los jugadores [totales] de Ecuador ahora son de raza negra¹⁴” (Dusan Dráskovic, en conversación con el autor, febrero de 2017). Si bien estas explicaciones proferidas por el técnico, tienen un asidero científico ¿Es sensato continuar produciendo jugadores afroecuatorianos de calidad en base a la desigualdad económica y a la exclusión étnica y cultural?

El panorama futuro ante esta realidad se presenta difuso y las entidades gubernamentales han hecho poco por cambiar la realidad de los afroecuatorianos de las zonas desatendidas. Todo apunta a que se avizoran más éxitos de la selección gracias a la situación de pobreza de las comunidades de descendientes de esclavizados africanos. El Gobierno Nacional ha tratado de revertir la realidad exclusivamente deportiva de algunas de las poblaciones en cuestión, con centros de alto rendimiento ¿Se busca perpetuar al negro en este rol corporal?

2. El futbolista afroecuatoriano casa adentro: Entre la obtención de estatus social y la política sin Estado

Detrás de los sacrificios y distintas vicisitudes que los practicantes de balompié negros tienen que enfrentar a diario, se encuentra un factor que los invita a aferrarse a su oficio: el deseo de estatus social que ganarán al interior de sus comunidades, en caso de triunfar. Esta argumentación es bien ilustrada por Andrés Ladrón de Guevara, quien acerca del fútbol, afirma:

Que sus principales astros sean ‘de origen popular’ convierte al fútbol no sólo en un canal de integración funcional de sectores tradicionalmente marginados de la sociedad, como algunas minorías étnicas, sino que, mediante complejos procesos de identificación y representación, lo convierte en un importante productor de modelos sociales [...]. Así, el fútbol es popular, no sólo porque, de una u otra, lo pueden practicar y seguir casi todos,

¹⁴ Dando un salto en el tiempo, podemos constatar que esta mayoría afrodescendiente nunca cambió desde la década de los 90. Así, el portal de noticias Ecuador Inmediato, resalta que “Catorce de los 23 futbolistas de la selección ecuatoriana en el Mundial de Alemania 2006 son negros (60,8 por ciento), incluidos nueve de los 11 titulares. Es decir, proporciones abismalmente mayores a las de la población en general”. (Ecuador Inmediato, 23 de junio de 2016).

sino porque genera la impresión de que, con suerte, cualquiera podría llegar a ser una estrella (Ladrón de Guevara 1998, 65).

El estatus social logrado por deportistas consagrados, es una constante que se puede evidenciar, por ejemplo, en las fiestas de afrochoteños en Quito. Personalmente he experimentado dos reuniones sociales con la presencia del futbolista Édison Méndez. El mencionado deportista, al llegar a las celebraciones fue acogido en medio de saludos afectuosos y privilegios, como ser el acreedor del primer y más grande plato de comida servido durante ambos actos, sentarse con los anfitriones de las celebraciones, así como disfrutar del mejor trago ofrecido. No obstante, no se trata del único beneficio: las miradas de admiración de muchos de los invitados (además de coqueteos de muchachas) se presentaron sin disimulo alguno.

La experiencia que comparto, desde mi punto de vista obedece a una red de vínculos que el jugador nombrado tejió, entre otras cuestiones, por su laureada labor futbolística. Mi propuesta está graficada en la idea de inversión social, trabajada por el teórico Pierre Bourdieu:

La existencia de una red de vínculos no es algo natural, ni tampoco "algo dado socialmente", constituido una vez por todas y para siempre mediante un acto social de institución [...], **sino que es el producto del trabajo de instauración y mantenimiento necesario para producir y reproducir vínculos duraderos y útiles, capaces de proporcionar beneficios materiales o simbólicos.** Dicho de otro modo, la red de vínculos es el producto de estrategias de inversión social [...] (Bourdieu 2001, 84 - 85).
Mi énfasis.

¿Qué joven negro puede no soñar con este tipo de atenciones, tras planear estrategias de inversión social para su beneficio, probando suerte en el balompié? Me permito citar en este punto una entrevista efectuada por el escritor Esteban Michelena para la revista Mundo Diners a Jason Aguas, morador de la comunidad de El Juncal y un soñador más:

Jason Aguas tiene 16 años y, durante los tres últimos, es un destacado alumno de la Escuela de Fútbol Agustín Delgado. Para él, sus sueños no están hechos solo de su reconocido desempeño como mediocampista de uno de los equipos. Su anhelo es estudiar informática y ser un experto en programación. (Mundo Diners, febrero 2008).

A pesar de la constatación de que Jason tiene como uno de sus anhelos su posible formación como experto informático, su prioridad es el fútbol. Esta aseveración se hace indudable en la concepción que tiene sobre la labor de Agustín Delgado, goleador histórico del seleccionado nacional:

Jason se emociona en serio cuando recuerda los goles de Agustín Delgado. **‘Antes siempre nos goleaban y ellos vencieron la fea costumbre’** afirma. **‘Esos goles nos hicieron sentir orgullosos de ser negros**, de ser parte de los sufrimientos y esfuerzos de mis paisanos antes para llegar a ese momento’ [...]. (Mundo Diners, febrero 2008). Mi énfasis.

El orgullo que siente el joven afroecuatoriano, también debe entenderse como un sentimiento que nació de las vigentes prácticas de segregación étnica en nuestro territorio y que he argumentado en los subcapítulos anteriores. Consciente de su posición social desfavorable por el color de su piel, este joven sueña con romper la trama de ilusión racial que lo hace diferente. Su agencia surge en una sociedad donde el sentirse orgulloso de ser negro, debe fraguarse mediante su actividad física, o mediante su “pie de obra” de acuerdo a reflexiones de Fernando Carrión (Carrión 2006), privándose de su incursión en áreas de producción de conocimiento, o simplemente dejando a este aspecto entre sus anhelos.

Es preciso además aludir a la economista Sandra Vela – Dávila, quien enfatiza en la capacidad de generación de reconocimiento social que genera este deporte, mediante las formas de movilidad humana que propicia. Un factor que mantiene a Jason con esperanza en el balón:

El mecanismo de movilidad social se ha basado en la capacidad que ha generado el mundo deportivo de producir reconocimiento social por parte de la población en general, y en especial de los sectores deprimidos. Y es que, los deportistas de elite han abierto un espacio en el ‘corazón del pueblo’ en los que pueden ingresar como nuevos héroes nacionales [...] (Vela Dávila 2006, 105-106).

Una muestra de estas hipótesis que planteo, la sostengo desde una entrevista que realicé al asambleísta nacional Agustín Delgado, uno de los futbolistas afrodescendientes más

laureados de la historia de la selección¹⁵, por erigirse como el goleador histórico del equipo, tras sus brillantes actuaciones como delantero. Durante nuestro encuentro, fue perceptible para mí el impacto del reconocimiento social que tuvo su labor futbolística en sus expresiones, que interesantemente, definen como una alteridad étnica a los ciudadanos blanco mestizos:

[...] **Nosotros desde nuestro espacio logramos callar la boca [a los blanco mestizos], porque lo que hicimos fue extraordinario** ¡A pesar de todo! A pesar de la desconfianza, a pesar de la discriminación, a pesar de que no creían y por supuesto nosotros superamos todo eso, **para poder lograr lo que se ha conseguido hasta ahora. Desde luego las puertas ahora están abiertas para todo jugador ecuatoriano, entonces eso es bueno y es importante.** (Agustín Delgado, en conversación con el autor, marzo de 2017). Mi énfasis.

Con los argumentos presentados, es preciso definir la situación que narra el asambleísta, como el estado actual de su capital social, definido desde premisas de Pierre Bourdieu como “la totalidad de los recursos potenciales y actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos”. (Bourdieu 2000, 148). Su trayectoria futbolística es uno de sus recursos actuales mediante la cual, él puede aseverar una especie sublevación hacia la mirada peyorativa blanco mestiza de los hinchas de fútbol, cuando habla de callarles la boca. Este mismo andar deportivo, le hizo beneficiario de una importante red de relaciones, tanto en política como en las comunidades negras del país, que se

¹⁵ A pesar de ser uno de los mejores jugadores de la historia de la tricolor, Agustín Delgado fue víctima de desdeñables actos racistas en su contra. Cuando ya era asambleísta, un caricaturista de diario El Universo peyorizó racialmente uno de sus discursos vertidos durante una sesión del Pleno, esto trajo consigo una sanción al comunicador. Por otra parte, Rodolfo Muñoz, en su tesis “Tarjeta Roja: fútbol y racismo”, resalta la sanción de un año calendario que el delantero recibió tras una gresca durante un partido de fútbol, Este hecho, de tinte racista según Muñoz, parte de un análisis noticioso de diario El Telégrafo: “El 17 de diciembre de 2006, en el estadio de Liga Deportiva Universitaria, una vez finalizado el partido entre Liga de Quito y Barcelona de Guayaquil, el jugador Agustín Delgado se acercó al jugador Alonso Montoya del club Barcelona para recriminarle por una insistente intención a lo largo del partido de golpearlo en su rodilla que había estado aquejada por una lesión, según testimonio del mismo Delgado y del dirigente de Liga, Esteban Paz. Dicha versión fue negada por Montoya y otros jugadores del club torero, cuando semanas después los entrevistamos sobre el tema, en la sede del Barcelona en Guayaquil. Aquel reclamo habría sido el detonante de los actos de violencia entre los jugadores. Los medios televisivos reprodujeron muchas veces los incidentes, a los que les dieron un tratamiento y enfoque de crónica roja. Tales imágenes, sirvieron para que muchos medios radiales e impresos, especialmente de la costa, reprodujeran similares interpretaciones de los acontecimientos, especialmente los de la costa, otorgando responsabilidad exclusiva de los hechos al jugador afroecuatoriano Agustín Delgado” (Muñoz 2009, 52).

reproducirán hasta sus descendientes, quienes están en una mejor posición social del resto de afroecuatorianos, de acuerdo a sus palabras:

Ya los hijos nuestros ya no están allá [en el Valle del Chota], ya están acá [en Quito]; y están mano a mano y con la ventaja de que nuestros hijos están en buenas escuelas, además de que cuando nosotros salimos a algún lugar, la gente se nos acerca a pedir un autógrafo, a pedir una foto, entonces desde luego que la autoestima de ellos ya es mucho más grande. (Agustín Delgado, en conversación con el autor, marzo de 2017).

Es importante entender que el capital social que detentan los futbolistas consagrados, que funciona como modelo de desarrollo para los jóvenes afrodescendientes, está también cimentado en las obras comunitarias que han llevado a cabo estos personajes. Un ejemplo de esta realidad, es la labor de Ulises de la Cruz en su comunidad Piquiucho, trabajo que ha sido retratado por medios de comunicación como diario El Comercio de Quito:

Con escoba en mano, Ligia Caicedo barría el miércoles pasado, una de las aceras del barrio Londres, ubicado en la comunidad de Piquiucho, cantón Bolívar, Carchi. **Son 40 viviendas populares construidas con el apoyo de Ulises de la Cruz y el Ministerio de la Vivienda (Miduvi)** [...]. Las casas, de una planta, son adosadas. Miden 45 m². La estructura es de hormigón armado, las paredes son de bloque enlucido y el techo de estructura metálica y planchas de fibrocemento, explica el Ing. Marcelo Muñoz, constructor [...]. Sin embargo, Noemí de la Cruz, hermana del deportista de LDU-Q, que le ayuda en la Fundación que creó, **asegura que Ulises también compró los terrenos (media hectárea) para la construcción de 38 casas para sus vecinos que no tenían.** (El Comercio, 18 de mayo de 2012). Mi énfasis.

Agustín Delgado también me compartió su experiencia en torno a las labores comunitarias que ha tratado de impulsar en su comunidad, tanto en el pasado, cuando reemplazaba al papel del Estado en su caserío ante la desatención gubernamental y en la actualidad, como asambleísta nacional:

Precisamente a nosotros [junto a Ulises de la Cruz] nos tocó implementar fundaciones para conseguir ayuda como por ejemplo farmacias, centros médicos, porque realmente para comprar una pastilla, cuando nos duele la cabeza, tenemos que salir [desde el Chota]

a Ibarra, entonces la verdad, eso no ha cambiado hasta ahora. Es una lástima, porque en vez de ayudarte, de apoyarte para que sigan, mejor te sacan, porque teníamos un centro médico y fue sacado por los políticos. (Agustín Delgado, en conversación con el autor, marzo de 2017).

Por su parte, el delantero de la tricolor, Felipe Caicedo, optó por tomar la misma decisión que los jugadores anteriormente mencionados y decidió crear una línea de ropa y una fundación, en beneficio de las poblaciones negras de Guayaquil:

La tarde de este miércoles 16 de octubre, el delantero de la selección ecuatoriana Felipe Caicedo presentó en el hotel Sonesta de Guayaquil su nueva línea de ropa y su fundación. 'Felipao' junto a la empresa Marathón Sports mostraron algunas prendas para hombres y mujeres que se comercializarán en todo el país. Esto, con la finalidad de recaudar fondos que irán destinados a su fundación. "Yo nunca me olvido de mis raíces y esto será para los niños de la ciudad y de mi país", aseguró el goleador de la Tricolor. El atacante aseguró que antes de tener su fundación ha colaborado con los niños pobres. "Ahora, vamos a hacer lo mismo, pero a través de la fundación y queremos trabajar también con la gente de la penitenciaría", agregó el jugador [...]. (Diario El Comercio, 16 de octubre de 2013).

La información citada da cuenta que la inversión humanitaria impulsada por los jugadores consagrados, está constituida por las concepciones de progreso de estos deportistas y por cómo fraguaron sus ideas en obra pública. Partiendo de este punto, es importante entender que el imperativo de muchos de los neo futbolistas de ancestro africano, consiste el ser los gobernantes implícitos de sus poblaciones. Citando a Pierre Bourdieu propongo que los deportistas consagrados, se constituyen en delegados y líderes de sus sociedades:

Para circunscribir la competencia interna dentro de unos límites más allá de los cuales ésta comprometería la acumulación del capital en la que se basa el grupo, **los grupos deben reglamentar la distribución entre sus miembros del derecho instituirse como delegado [mandatario, plenipotenciario, representante, portavoz]** del grupo: de esta forma, los grupos instituidos delegan su capital social a todos los miembros, aunque en grados muy desiguales [...], ya que todo el capital colectivo puede individualizarse en un agente singular que lo concentra [...] (Bourdieu 2001, 87). Énfasis mío.

Este rol argumentado por Bourdieu, es visible en una afirmación de Agustín Delgado que llamó mucho mi atención, puesto que explica que sus exigencias como legislador en pos de beneficios para las comunidades negras de los valles del Chota y Mira, no han sido escuchadas y que su camino político, dentro de la política formal, se le tornó dificultoso:

Bueno, realmente antes de entrar a la política, yo ya hice política en mi pueblo y desde luego pensado que estando aquí, iba a ser más fácil, pero no fue así [...]. Estoy acá como legislador y desde luego que mi función es fiscalizar, hemos fiscalizado de que se hagan obras como viviendas para la gente pobre y lógicamente no han sido hechas (Agustín Delgado, en conversación con el autor, marzo de 2017).

Esta premisa, me invita a entender que el estatus social de Agustín Delgado, si bien es bastante reconocido a escala nacional, carece del mismo peso en instancias políticas en donde la mayoría blanco mestiza detenta el poder de las grandes esferas organizativas. ¿Acaso su condición étnica y racial aportó al desarrollo del menosprecio de sus ideas y exigencias al interior del legislativo?

A pesar de esta aparente realidad, el Estado a través del Gobierno Nacional actual, trató de contribuir con el desarrollo de las comunidades negras, construyendo infraestructura que perpetúa a sus moradores en las prácticas deportivas.

2.1. El Gobierno Nacional y su apuesta por los afrodescendientes en el deporte

El actual gobierno del presidente de la República, Rafael Correa, no se ha quedado ciego ante las miradas esencialistas que asocian al negro con su privación de producción de conocimiento y su rol físico en la sociedad ecuatoriana. Así, constatando la exitosa participación de la Selección Ecuatoriana de Fútbol en los dos mundiales consecutivos, Corea Japón 2002 y Alemania 2006, en el año 2007 nació la idea de continuar apostando por su labor corporal mediante la creación de obras de infraestructura: el Centro de Alto Rendimiento de Carpuela, una de las poblaciones del Valle del Chota y el Centro de Alto Rendimiento de Río Verde, en la provincia de Esmeraldas. Medios de comunicación como El Nuevo Herald se refirieron al respecto:

El gobierno nacional dice que Esmeraldas es una prioridad de inversión. La administración de Rafael Correa ha invertido más de \$240 millones en cinco centros élite de entrenamiento atlético en todo el país, incluido uno en Río Verde, a unos 40 minutos de distancia de la ciudad de Esmeraldas. El lujoso complejo deportivo tiene pistas, gimnasios, canchas de baloncesto y un reluciente campo de fútbol. Pero los equipos locales se quejan de que el gasto adicional de transportar a los jugadores y alimentarlos hace que el viaje sea limitativo en términos de costos (El Nuevo Herald, 7 de junio de 2007).

Diario El Universo por su parte, se encargó de subrayar declaraciones del ex ministro del Deporte, Raúl Carrión, personaje que inició la construcción de estas obras:

‘El Gobierno da credibilidad a sus acciones y tengan la certeza que en agosto del 2008, aproximadamente, estaremos inaugurando esta magna obra’, aseguró Raúl Carrión, ex ministro de Deportes, el 24 de octubre del 2007 cuando colocó la primera piedra del llamado Centro de Formación y Desarrollo de Deportes Colectivos en la comunidad de Carpuela, en el Valle del Chota, Imbabura [...]. El complejo Carpuela constará de dos canchas de fútbol, coliseos polideportivos, piscina, residencia para deportistas, gimnasios, aulas educativas, restaurante, un diamante para béisbol, pista sintética de atletismo, entre otros servicios. **Solo dos obras que forman parte del complejo se construyen desde hace 32 días: una cancha de fútbol de césped sintético con sus camerinos y el diamante de béisbol.** (El Universo, 5 de diciembre de 2008). Mi énfasis.

La obra, después concluida durante la administración de José Francisco Cevallos al mando del Ministerio del Deporte, se constituyó desde mi punto de vista, en el símbolo de la concepción esencialista física acerca del negro. Un punto específico llama mi atención en este aspecto: la construcción de una cancha en forma de diamante para la práctica de béisbol ¿Qué justificaba al respecto el entonces ministro Raúl Carrión? Que esta obra se ejecutó porque “los mejores jugadores de béisbol del mundo y que destacan en las grandes ligas de Estados Unidos, son de raza negra” (Archivo Teleamazonas, 31 de enero de 2013).

En primera instancia, quiero destacar que la implementación de la cancha de béisbol trajo consigo resultados fallidos, puesto que culturalmente, las poblaciones de los valles de la cuenca de los ríos Mira y Chota, no están acostumbradas a la práctica de este

deporte, una prueba antiesencialista acerca del rol físico de los afrodescendientes. Sin embargo, considero relevante el planteamiento de los siguientes cuestionamientos: ¿Qué caminos de desarrollo quedan para las poblaciones afroecuatorianas, cuando discursos oficiales de funcionarios del gobierno continúan asociando el tono de melanina de nuestra piel con el esfuerzo corporal? Si bien, el Gobierno Nacional inauguró una Escuela del Milenio en la comunidad de Piquiucho ¿Por qué no se ha interesado en el incremento de formas de acceso a instancias de instrucción superior en beneficio de los afrodescendientes? Agustín Delgado, aportó con una visión complementaria acerca de mi cuestionamiento: el desinterés del Estado por la continuación de este tipo de inversiones, en zonas como el Chota:

[...] A todo nivel te van cerrando las puertas, en el estudio, fíjate que yo estaba pidiendo la repotenciación del Colegio Valle del Chota, que es un colegio que tiene casi 43 años y nunca se le ha hecho una remodelación y está cayéndose en pedazos y no lo han hecho, entonces estás en desventaja porque dependes todavía de ellos [...]. Fíjate que no es tan importante que vayan y te hagan una cancha, es el autoestima que la gente tiene baja por tantos años de maltrato, por tantos años de discriminación, por tantos años de quitarte la oportunidad, porque no te dan oportunidades. (Agustín Delgado, en conversación con el autor, marzo de 2017). Mi énfasis.

El asambleísta también divisa un problema racial incluso al interior de los Centros de Alto rendimiento, que está explicado en la siguiente argumentación:

¿Qué es lo que pasa en Carpuela, en el Centro de Alto Rendimiento? Que está manejado por ellos mismos [blanco mestizos, funcionarios del gobierno], beneficiándose ellos mismos por algo que supuestamente lo hicieron por nosotros, por los deportistas [...]; lógicamente no tenemos gente capacitada [para administrar los centros], pero ¡Capacítalos! ¡De eso se trata! ¡Claro pues! ¡Capacítalos! ¡Ayúdalos! Lo que pasa es que esa ayuda es la que no te quieren dar ¿Ya? Esa ayuda es la escaza, porque como te digo, ellos saben lo que a nosotros nos ayuda a mejorar, entonces no lo hacen. Te dan una cancha, te dan la carretera, pero lo que en realidad va a ayudar a superarnos, eso no lo hacen [...]. Yo he visto y he palpado estando aquí, en la Asamblea y así es. La igualdad todavía deja mucho que decir (Agustín Delgado, en conversación con el autor, marzo de 2017).

Con los puntos expuestos, propongo que se hace urgente una expansión del horizonte de desarrollo de los afrodescendientes del país, apostando por su capacidad intelectual, por su capacidad imaginativa y creativa. El estereotipo de las propiedades físicas especiales del negro, históricamente construido, por un lado, y palpable en las poblaciones desatendidas, según argumentaciones futbolísticas como las de Dusan Dráskovic, puede debilitarse mediante este tipo gestiones que apunten al intelecto afro, que a su vez propiciarán mayores y nuevas oportunidades de movilidad social de los afrodescendientes y más equidad en torno a la distribución de la riqueza nacional. Quiero dejar para la reflexión uno de los extractos de la entrevista a Agustín Delgado que más me conmovieron y que calan sobre esta misma problemática:

Hay que luchar con que lógicamente nos hagan las cosas que nos ayudan a superarnos, que nos ayudan a seguir mejorando en la parte intelectual, y también hay que luchar porque nuestros hijos puedan ya estudiar en buenas escuelas, buenos colegios, buenas universidades, ellos ahora tienen la oportunidad, lo que nosotros no tuvimos, pero creo que es hora de ir cambiando desde ahí, desde la mentalidad, desde la autoestima. (Agustín Delgado, en conversación con el autor, marzo de 2017).

El intelecto de muchos afrodescendientes (y que no es tomado en cuenta por los medios de comunicación cuando se habla de futbolistas negros), actualmente está volcado en la elaboración de jugadas creativas, de tácticas y estrategias dentro de la práctica del fútbol. Esta inteligencia logró que el país sea reconocido mundialmente y que los ecuatorianos sientan nuevamente orgullo por su país, tras duros golpes de políticas de Estado fallidas, suscitadas en el pasado. ¿Cómo es visto el intelecto del jugador negro desde la mirada del hincha de fútbol? ¿Qué piensa el fanático blanco mestizo de las jugadas que los afroecuatorianos seleccionados elaboran en cada partido? ¿Qué emociones provocan los atletas afrodescendientes en la psique de sus compatriotas, que los miran desde el graderío? Son preguntas que nos aportarán con una visión más amplia de este tema, y que serán analizadas en el siguiente capítulo.

Capítulo 3

El estadio de fútbol como espacio de juzgamiento del rol social afrodescendiente: lo que se dice del negro durante los partidos

El presente capítulo muestra los resultados de la investigación etnográfica que realicé en el Estadio Olímpico Atahualpa de Quito, de los partidos de la Selección Ecuatoriana de Fútbol por las eliminatorias al mundial de Rusia 2018. En este contexto, propongo reflexionar cómo las distintas acciones corporales que efectúan los jugadores afrodescendientes seleccionados dentro de este escenario deportivo, generan actitudes discriminatorias de tinte racial y segregativas, además de emociones diversas en los fanáticos que asisten a los encuentros, generalmente pertenecientes a una mayoría étnica blanco mestiza.

Utilizando como un hilo conductor la descripción de varios sucesos observados durante mi trabajo etnográfico, desarrollado desde el 1 de septiembre de 2016, propongo indagar cómo se da el surgimiento de sentimientos y actitudes efímeras, de manera intermitente por parte de los hinchas. Estos sentires dependen determinadamente de las acciones que los cuerpos de los deportistas hacen en tiempo y espacio inmediatos. Este análisis lo realizaré usando como base los encuentros que presencié desde diversas ubicaciones de los graderíos en calidad de fanático: Ecuador vs Brasil, Ecuador vs Chile, Ecuador vs Venezuela, Ecuador vs Colombia en división de mayores, además de los encuentros Ecuador vs Colombia y Ecuador vs Uruguay en la categoría sub-20. Empecé la observación de estos últimos dos partidos, para corroborar y reforzar algunas percepciones que experimenté en la hinchada. El lector encontrará ambas experiencias, a manera de pies de página.

Con estos presupuestos, mi propuesta de investigación de campo preliminar partió de los siguientes cuestionamientos: ¿Por qué los cuerpos de fanáticos y jugadores se predisponen a actuar de determinadas maneras durante el encuentro y ante el contexto futbolístico que se les presenta? ¿Hasta qué punto el performance de los futbolistas negros seleccionados, ha servido como un agente de cambio de la visión que tiene la mayoría blanco mestiza del país, respecto de esta minoría étnica? ¿En qué maneras se presentan estas formas de inclusión y exclusión discursivas fluctuantes?

Para la elaboración de estos análisis, he decidido manejar el término “negro”, puesto que es la referencia verbal y simbólica expresamente usada por los hinchas en el estadio, para comentar cualquier vicisitud del juego en la que los deportistas afroecuatorianos son los protagonistas.

1.1. El Estadio Atahualpa como espacio simbólico de la ciudad y como lugar donde se define la inclusión del jugador

“El estadio Olímpico Atahualpa llegó a la tercera edad y las historias que en él han vivido los aficionados del fútbol ecuatoriano son incontables”. Es el primer párrafo de una nota de diario El Comercio, en el año 2016 en la que se conmemoró los 65 años de fundación de esta cancha. Es un escenario deportivo que fue inaugurado el 25 de noviembre de 1951 y tiene una capacidad para 35 742 espectadores sentados, según información del portal de Ecuafútbol, organismo que integra a todas las entidades de balompié del país.

El escenario ubicado entre las avenidas 6 de Diciembre y Naciones Unidas, en el sector de El Batán (norte de Quito), ha sido la casa de varios equipos de balompié capitalino como El Nacional, Liga de Quito (en épocas pasadas), Deportivo Quito, entre otros; constituyéndose así en un fortín para la consecución de decenas de títulos del campeonato nacional. Además de utilizarse para práctica del balompié, este espacio se usa eventualmente para la presentación de eventos políticos, artísticos y competencias de atletismo, puesto que cuenta con una pista sintética para este deporte.

Respecto a las primeras participaciones de la tricolor en este escenario, el portal de la Ecuafútbol informa lo siguiente:

El 1 de julio de 1973 el Estadio Olímpico Atahualpa fue por primera vez la actual sede de un partido de eliminatorias mundialistas. En aquella ocasión se enfrentaron Ecuador y Uruguay en un encuentro que era clasificatorio para el mundial de Alemania 1974, en el cual la tricolor cayó 2 - 1 ante los charrúas.

Cuatro años después también se disputó en este escenario deportivo un partido de eliminatorias mundialistas, el 20 de febrero de 1977, cuando se enfrentaron Ecuador y Perú en un encuentro en que la tricolor empató 1 - 1 ante la blanquirroja por las eliminatorias para el mundial de Argentina 1978. (Ecuafútbol, 25 de noviembre de 2016).

Tras unos años sin cancha fija, el seleccionado disputó sus encuentros por eliminatorias en este único escenario, de cara al mundial de Francia 1998. Los hechos deportivos que se fraguaron en esta infraestructura y que se imprimieron como históricos en la retina de muchos ecuatorianos, fueron la realización de la Copa América Ecuador 1993 y las clasificaciones del equipo a los mundiales de Corea Japón 2002, Alemania 2006 y Brasil 2014. Por el grado coyuntural de los eventos que se han efectuado en el “coloso de El Batán”, además de erigirse como un lugar histórico para el andamiaje deportivo del país, se convirtió en un espacio que propicia el encuentro entre personas de diversas procedencias étnicas, culturales, religiosas y económicas; además se configuró como un importante lugar de confluencia de representaciones, muchas de ellas las relacionadas a la identidad nacional.

Sostengo que este tipo de espacios define la representación de una identidad nacional, al congregar muestras heterogéneas de la población nacional. De acuerdo a aseveraciones de las investigadoras Sarah Radcliffe y Sallie Westwood, estas congregaciones dan lugar a la etnización del espacio:

El lugar, en la medida en que define la experiencia nacional y, por tanto, la experiencia vivida y la idea de una identidad nacional, no debe implicar una geografía inerte ni la noción de región, sino la dinámica política, económica, cultural y social del lugar. **Por consiguiente, la etnización y la racialización del espacio fueron un elemento clave en todos estos sitios.** (Radcliffe y Westwood 1999, 16). Mi énfasis.

Con el argumento expuesto, es preciso entender que al concebirse al Estadio Olímpico Atahualpa como un lugar etnizado, el florecimiento de relaciones raciales dentro del mismo (en donde la ideología nacional del mestizaje es la dominante), es una constante que puede experimentarse en todos sus sectores. Además de las alegrías que ha propiciado la selección nacional de fútbol en este espacio, también han surgido actos de hostilidad en el mismo, cuando el equipo nacional atraviesa adversidades futbolísticas durante sus presentaciones. Uno de los hechos más memorables por el grado de violencia que tuvo, fue la eliminación del equipo de manos de Uruguay, el 9 de octubre de 2009. Tras un partido en que el combinado charrúa venció por 2 a 1, con un gol sobre el tiempo del encuentro, una ola de fanáticos enfurecidos agredió a los futbolistas y a familiares que los habían acompañado para ver el cotejo.

Siguiendo análisis de Radcliffe y Westwood, propongo que el espacio descrito es una geografía de identidad, lugar en el que los fanáticos no permiten traiciones a la patria como la pérdida de un cotejo, razón por la cual se produjo el incidente. Las autoras definen a las geografías de identidad como un importante espacio de representación:

Las Geografías de Identidad son los sentidos de pertenencia y las subjetividades que se constituyen en [y que a su vez actúan para constituir] diferentes espacios y sitios sociales [...]. **Las geografías de identidad son geografías vivas [...] a través de las cuales las relaciones sociales cotidianas, las materialidades técnicas y las formas discursivas hacen y deshacen las identidades.** Igualmente, las geografías de identidad se constituyen en las esferas de la imaginación y la representación, lo que Lefebvre llama la representación de espacios. (Radcliffe y Westwood 1999, 51). Mi énfasis.

Con los presupuestos presentados, propongo preliminarmente que la forma identitaria hegemónica que pervive a menudo en los diálogos de los fanáticos, es de tinte blanco mestizo, representa a la mayoría étnica del país y entra en acción en un espacio eminentemente racializado. Desde mi experiencia personal, aseguro que el hecho de que un representante de una minoría étnica como un afrodescendiente, experimente un cotejo futbolístico en este escenario, puede tornarse una experiencia tortuosa, partiendo de que muchos hinchas, en sinnúmero de ocasiones asocian la inoperancia de su equipo a la condición racial de sus jugadores. La afirmación que presento en este punto, fue fortificada con una serie de observaciones que ejecuté en esta cancha desde una perspectiva antropológica, con el objetivo de entender cómo y bajo qué formas se expresa esta ideología racializadora en los fanáticos que asisten a la misma.

Realicé mi acercamiento utilizando presupuestos del antropólogo Clifford Geertz y su propuesta de una descripción densa de los hechos sociales. Geertz define a esta forma de acercamiento como la etnografía:

La etnografía es descripción densa. Lo que en realidad encara el etnógrafo (...) es una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o entrelazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas, y a las cuales el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después (...). Hacer etnografía es como tratar de leer (en el sentido de 'interpretar un texto') un manuscrito extranjero, borroso (...) y

además escrito, no en las grafías convencionales de presentación sonora, sino en ejemplos volátiles de conducta modelada. (Geertz 2001, 24).

En este sentido, mi estudio de este escenario estuvo encaminado a la lectura de los sentires y sensaciones de los fanáticos cuando admiraban el rendimiento de sus jugadores, en el caso que me compete, el de los atletas afrodescendientes. Al tratarse de multitudes divisaba mi trabajo analítico como difícil y difuso, por la heterogeneidad de personajes que se hacen presentes en este estadio. Sin embargo, pude entender que muchas de las actitudes de los hinchas dentro de este escenario deportivo se producen colectivamente, sus diferencias se moldean en un solo grito, en un solo clamor, que está atravesado por sus exigencias como fanáticos. Se trata de un caso especial de performances de cuerpos, que invita a ser entendido.

1.2. Cuando la selección pierde: hinchas nacionalistas decepcionados, diferencias políticas que salen a flote e ideas de blanqueamiento del equipo

1.2.1. La “Verde Amarela” derrota a Ecuador con buen fútbol

En el partido contra la selección brasileña, disputado el 9 de septiembre de 2016, aproximadamente a las 15H30, me encontraba completamente rodeado de personas. A mi derecha llegaron dos hombres asiáticos, que hablaban entre sí en voz baja y en un idioma desconocido para mí, dando la impresión de que estaban codificando cosas sobre el encuentro que sólo ellos podían entender. A mis espaldas, tenía un grupo de ocho hombres aparentemente de la costa del país, que compartían lazos familiares por conversaciones que pude escuchar. Asistí con una compañera de la carrera llamada Andrea; a su lado izquierdo se encontraba una mujer con un niño de unos 7 años, complaciéndole con ciertas golosinas de los vendedores que pasaban por ahí.

Empezaron a salir del camerino los primeros jugadores de fútbol, se trataba de los tres porteros de la selección nacional, convocados para el presente encuentro: Alexander Domínguez, Esteban Dreer y Librado Azcona; todos caminando por el césped con cierta prosa corporal, con un aire de ídolos por el recibimiento de la hinchada, que entre silbidos y gritos festejó su aparición. De pronto, por el otro extremo de la cancha, salieron los arqueros de Brasil e inmediatamente surgió una voz desde mi sector que sentenció: “¡Van a perder hijuepuutas!” emitida enérgicamente por un hombre de cabello blanco, que se sentó junto al niño goloso. Pronto me doy cuenta que las

personas llegan en grupos y que, dentro de estos micro grupos se elaboran comentarios en voz baja, además de gritos dirigidos a la cancha de fútbol.

Después de un tiempo salieron a calentar los jugadores y el estadio ya semi lleno, se envolvió de algarabía y silbidos. Los jugadores de Brasil se entrenaban en la zona norte del campo, mientras que los de Ecuador empezaron a hacer toques de balón cortos en el sur. Los comentarios acerca de las expectativas del juego continuaron aflorando y un hombre joven de unos 27 años que acompañaba al hombre de cabello blanco, empezó a fijarse en la figura de un defensa afroecuatoriano que, por algunas muestras de rendimiento irregular dentro del campo de juego, ha sido blanco de críticas por parte de la hinchada, Gabriel Achilier: “¡Con que este Achilier no haga huevadas, todo bien!”, expresaba.

Volvieron al camerino y tras unos 10 minutos empezó el momento solemne. Cuatro niños, dos con la bandera de Brasil y dos con la de Ecuador, salieron por el medio de la cancha. “¡Ya va a empezar, ya va a empezar!” Le decía la señora a su hijo de goloso, con un rostro de emoción. Desde una bocina, un hombre anunció la alineación de Brasil y automáticamente, a unos tres metros al frente de mí, un joven de unos 17 años se levantó de su asiento. La bocina empezó a nombrar a cada uno de los jugadores brasileños y al terminar cada nombre, el joven gritaba: “¡Hijuepuuuta!”, como tratando de inspirar cierto sentimiento de nacionalismo en las personas que lo circundaban. En cada “¡Hijuepuuuta!” se mostraba descompuesto, cada grito lo desahogaba de algo, a la vez que regresaba a ver a la fanaticada que tenía a sus espaldas; quería que lo vean, necesitaba que lo vean. Invito a entender esta forma de expresión de nacionalismo desde presupuestos de Radcliffe y Westwood, puesto que es una remembranza de esa comunidad imaginada que es Ecuador, una forma de nacionalismo popular (Radcliffe y Westwood 1999) articulada complejamente y de manera individual en la mente de este fanático:

[...] Tanto los nacionalismos “oficiales” como los “populares” contribuyen a la generación y sostenimiento de la comunidad imaginada de la nación. Sin embargo, la distinción entre “oficial” y “popular” no señala una oposición binaria sino una compleja articulación que soporta y fractura la nación. (Radcliffe y Westwood 1999, 15).

Empezó el partido. El hombre de cabello blanco sintió que es importante volver a gritar, pero esta vez al árbitro. Se levantó de su pedazo de grada para tomar aire, puso sus manos a los lados de su boca para potenciar su voz y clamó: “¡Pitarás bien hijuepuuta!”. En ese momento empecé a darme cuenta que los actores principales del evento, jugadores y juez, nunca escucharían sus demandas, sin embargo, era su deber gritar al vacío. Todos estaban tensos al inicio del encuentro y muchos hinchas (en su mayoría hombres) empezaron a elucubrar las primeras disposiciones futbolísticas, intentando cumplir el rol de directores técnicos ante la opinión de sus acompañantes.

Durante esta primera observación de campo, pude notar varias señales de racismo dirigidas hacia los jugadores de fútbol negros y que estaban asociadas, a mi punto de vista, al rol histórico de los afrodescendientes por fuera de la producción de pensamiento en el país. Una primera señal, la percibí en expresiones de un miembro de la familia costeña que estaba sentado a mis espaldas. Tras notar varios pases de pelota improductivos entre los jugadores nacionales, el hombre sugirió que deben pasarle la pelota a Christian Noboa, enfatizando en que “Noboa es el que sabe”. Su frase ganó en curiosidad para mí, cuando pude escuchar que éste era uno de los comentarios recurrentes en los fanáticos de sector donde me encontraba. Este hecho llamó mucho mi atención, ya que el atleta mencionado (sin olvidar su calidad como futbolista) es paradójicamente uno de los pocos blanco mestizos del combinado tricolor. Además, me invitó a recordar que, en tiempos anteriores, el jugador que representaba el “cerebro” del seleccionado para los fanáticos y comentaristas deportivos era Álex Aguinaga; otro jugador blanco mestizo que en sus tiempos fue el número 10 y capitán del equipo. Tras estas reflexiones, me planteé el cuestionamiento: ¿Por qué la hinchada posiciona a los jugadores blancos como los que detentan el saber con la pelota?

Los presupuestos presentados en este punto se enfrentan a una de mis propuestas planteadas en los capítulos anteriores, cuando formulé que la falta de asociación de los afrodescendientes a la producción de pensamiento, se debe al largo legado que dejaron sus roles de servidumbre durante de la historia del país. Pensando en argumentaciones de Silvia Citro acerca del performance, respondo a mi cuestionamiento personal con su reflexión que afirma que “Las performances operan como actos vitales de transferencia, transmitiendo saber social, memoria, y sentido de identidad [...], reproducen y transforman los códigos heredados, extrayendo o transformando imágenes culturales

comunes de un ‘archivo’ colectivo” (Citro 2009, 30). El performance de los cuerpos negros en la cancha, desde mi punto de vista transmite memorias de servidumbre, de subordinación social histórica, que son consabidas ante los ojos blanco mestizos y utilizadas por parte de este conglomerado para continuar en la cima de la pirámide social ecuatoriana.

Partiendo de una argumentación expuesta por la investigadora Ana Martínez Barreiro acerca de Mary Douglas, quien concibe que “el cuerpo se considera como un sistema de clasificación primario para las culturas, medio a través del cual se representan y se manejan los conceptos de orden y desorden” (Douglas en Martínez Barreiro 2004, 129) quiero proponer que el cuerpo del jugador negro se ha constituido en un importante sistema estético de clasificación en el estadio de fútbol. Su contraparte, está constituida por el sentido visual de los hinchas, en el caso que me compete, personas pertenecientes (generalmente) a una alteridad étnica blanco mestiza o indígena. Mediante la conjunción de estos dos factores, las corporeidades negras en la actualidad se constituyen como entidades con la fisionomía predilecta para el desarrollo de actividades físicas desde el imaginario nacional, al punto que ni siquiera dentro de la actividad física que desarrollan (en nuestro caso de estudio, el fútbol) se les atribuye la capacidad de pensar.

Pasados unos minutos del juego, empezaron los primeros ataques peligrosos de Brasil, y esto provocó que los hinchas a mi alrededor muestren semblantes de pánico. De pronto, empecé a notar algo: Gabriel Achilier, el defensa que era objeto de burla del hombre joven, ahora era rechazado colectivamente por la gente; cada momento que tomaba el balón muchos gritaban: “¡Nooo!” en coro¹⁶. Inmediatamente, el hombre de cabello blanco expresó: “¡No le den a ese negro malo!”, un membrete racial que se asoció a su bajo rendimiento reportado en ciertos encuentros futbolísticos y que perpetuó su aparente falta de pensamiento para un buen juego. Esta escena me permitió pensar que el estatus social que este defensa enarboló en actuaciones pasadas (razón por la cual es seleccionado) ahora peligra, puesto que muchos seguidores de la tricolor repudian su performance deportivo. Un punto importante para reflexionar sobre la importancia de

¹⁶ Durante el partido de la Selección sub-20 contra Colombia, pude presenciar que un hombre le explicaba a su pareja que no puede aplaudir ni silbar durante las jugadas fallidas de los tricolores, y acto seguido tomó sus manos para que no lo haga. Esta experiencia me llevó a manejar la hipótesis de que el estadio es un lugar donde el colectivo te enseña las formas cómo se debe alentar y de qué maneras.

nuestros cuerpos a lo largo de nuestra existencia, desde presupuestos de Merleu-Ponty en Martínez Barreiro:

Nuestros cuerpos no son sólo el lugar desde el cual llegamos a experimentar el mundo, sino que a través de ellos llegamos a ser vistos en él (Merleau- Ponty, 1976: 5). Para, Merleau-Ponty él yo está ubicado en el cuerpo, que a su vez está ubicado en el tiempo y en el espacio [...]. El tiempo y el espacio ordenan nuestro sentido del yo en el mundo, nuestras relaciones y encuentros con los demás y, también, la forma de cuidar de nuestros cuerpos. (Merleu - Ponty en Martínez Barreiro 2004, 135).

Tomando la presente argumentación, propongo que el cuerpo negro de Gabriel Achilier se convirtió dentro el estadio en una vitrina pública, a través de la cual los fanáticos repudiaban su pensar futbolístico; todo esto condimentado con su condición y rol social de afroecuatoriano.

Otro suceso que tomó mi atención durante las jugadas del partido se produjo cuando un jugador adversario afrobrasileño, recibió una falta del defensa nacional Juan Carlos Paredes. Uno de los hombres a mi alrededor, aparentemente padre de un niño pequeño que estaba a su lado, inmediatamente gritó: “¡Ya está quejándose el negro cabrón ahí!”, mientras uno de sus acompañantes asentía con la cabeza. Este suceso me permitía entender que la racialización anti negra no tiene camiseta y que se activa dependiendo de los errores que haya cometido el jugador. El negro extranjero dentro del campo de juego del Atahualpa continúa siendo un otro étnico en un sentido peyorativo, cuando su performance actúa en contra de los intereses del fan tricolor. El blanco mestizo a su vez, utiliza sus sentires agresivos para recordarle al negro su lugar en la sociedad y para subrayarle que es no es un extranjero bienvenido, cuando de fútbol se trata (un otro por doble razón). Si seguimos argumentaciones del antropólogo Víctor Turner tomadas por Silvia Citro, este tipo de acciones estarían enmarcadas en formas de teatralidad, que dan cuenta de la posición social de los individuos de un determinado colectivo, en nuestro caso un colectivo nacional:

Si bien las actuaciones de las personas en la vida cotidiana pueden ser pensadas como un tipo de teatralidad, tal como planteaba Irving Goffman [1970], **los dramas sociales y las performances culturales serían para Turner [1992: 76] un tipo de “metateatro”, un lenguaje dramático que permite reflexionar sobre aquellos roles y estatus de la**

vida cotidiana. En suma, las performances “no son simples reflejos o expresiones de cultura o aun de cambio cultural, sino que pueden ser ellas mismas agentes activos de cambio [...] (Citro 2009, 30). Mi énfasis.

Con la reflexión citada, propongo que las formas de teatralidad descritas, demarcaban claramente un estatus discursivo en el que el hincha se siente por encima del jugador. Planteo además que este factor está enraizado en nuestros procesos identitarios nacionales, demarcados por la naturaleza de nuestras relaciones sociales tejidas históricamente entre etnias heterogéneas. La investigadora Katty Hernández sustenta esta idea:

La identidad presupone relaciones sociales -determinadas por el sistema o estructura social- y códigos de categorías que regulan y orientan dichas relaciones sociales [C. de Oliveira: 1992], **en tanto la identidad se construye y reconstruye permanentemente por oposiciones con el “otro”, pues sólo mediante la relación con el otro se puede dar cuenta de las diferencias y semejanzas** (Hernández 2005, 47). Mi énfasis.

Un hecho curioso que es necesario subrayar, es que la teatralidad del fanático masculino no era igual a la de la mujer hincha. La voz y acciones corporales de las mujeres siempre me resultaron peculiares, puesto que sentí un sinnúmero actitudes pasivas durante su rol de fanáticas. Este es un hecho que se presenta como un campo fértil para la ejecución de investigaciones en torno al rol del género en este tipo de espacios y que puede complementar a este análisis.

El primer tiempo culminó cero a cero. Durante el receso, muchos se levantaron para quitarse la pereza, para ver a sus alrededores a la muchedumbre de gente y para consumir alimentos. El joven de 17 años nuevamente volvió a pararse para llamar la atención y gritaba desafortadamente: “¡Cervezaaa! ¡Cerveza chucha!” llamando a una vendedora de la bebida quien, por su ajetreo constante, no le hizo caso. Más abajo, una pareja de personas en aparente estado de ebriedad también buscaba alcohol, el vaso de ron (bebida que posiblemente ingresaron ilegalmente) se había terminado. Ahora completaban su embriaguez con más cerveza y ya no les importaba el partido.

Inició el segundo tiempo y de pronto, vino el primer gol de Brasil y los hinchas alrededor mío se lamentaron tocándose la cabeza, la boca, la cara y quedando en un sepulcral silencio. Inmediatamente las direcciones técnicas de los hombres proliferaron con fuerza y vinieron acompañadas de expresiones como: “¡Sáquenle a ese hijueputa!” proferida a gritos por un hombre sentado al lado del de cabello blanco, refiriéndose a Jefferson Montero, quien no estaba cumpliendo un buen trabajo. Inmediatamente me pregunté: “¿Por qué no lo racializó?”. Acto seguido, Montero realizó una nueva mala jugada y el insulto descrito se volvió a repetir, exactamente sin ningún tipo racialización. Al mismo tiempo de la nada, inició un grito político que, según mi punto de vista no tenía nada que ver con lo que ocurría en el encuentro: “¡Fuera Correa, fuera! ¡Fuera Correa, fuera!” por aproximadamente un minuto. Este hecho hizo que entienda que las tensiones políticas nacionales también se expresan dentro del Atahualpa, pero estas salen a la luz cuando la Selección recibe un gol en contra, cuando Ecuador ha sido perjudicado, en este caso deportivamente. Un hallazgo que contradice aseveraciones del antropólogo Jaques Ramírez, quien afirma que “La participación en eliminatorias mundialistas [...] constituyen especiales terrenos de circulación de [...] relatos patrióticos tendientes a atenuar y oscurecer las fisuras regionales, étnicas (sobre todo la que opera en torno de lo negro) y políticas que atraviesan el fútbol nacional” (Ramírez 2006, 41).

El declive futbolístico del seleccionado continuó en su devenir y de pronto un hombre gritó: “Denle el balón al Felipe, aunque sea para que estorbe”. En este punto me pregunté, “¿Un héroe nacional estorbando?”. Marcelo, lateral negro de Brasil y con cabello afro, neutralizaba todas las jugadas de nuestro delantero. Al ver esto, un hombre apostado a unos tres metros arriba de mi posición, ordenó “¡Córtale el pelo a ese negro hijueputa!”, redundando este pensamiento varias veces, para despertar risas de sus cercanos. Nuevamente sentí que el negro extranjero, es un otro doblemente discriminado en el campo de juego.

Luego vinieron dos goles más de la “Verde Amarela” y el hombre joven, familiar del de cabello blanco expresó: “¡Ayy este Enner Valencia, sí que es vago!”, en alusión a un supuesto bajo rendimiento del jugador durante el encuentro. La gente empezó a salir de sus asientos, enojada, unos 8 minutos antes que termine el encuentro. Muchos ebrios y las mujeres, muchas con aspecto hermoso producto de aparentes arduas horas de

maquillaje corporal, únicamente expresaban su malestar con semblantes tristes. Nuevamente apareció el “¡Fuera Correa, fuera!” por un par de minutos y a la vez el hombre borracho y su pareja gritaban a los que se iban: “¡No huyaaaan cobardes!”, evocando cierta especie de nacionalismo y patriotismo, sin embargo, nadie les hizo caso. Otro hombre, apostado arriba de la pareja ebria empezó a gritar: “¡Levantando la cabeza Ecuador chucha!” “¡Levanten la cabeza, negros!” a manera de una arenga que tenía aspecto de orden hacia los jugadores. Los hombres chinos, terminaron uno de los aproximadamente 10 tabacos que habían estado fumando y haciendo comentarios silenciosos, simplemente se fueron.

El partido terminó y muchos salían con malestar anímico. Unos seguían dando direcciones técnicas sobre cómo debía jugarse el partido, otros querían más cerveza y otros sólo salir lo más pronto posible para evitar aglomeraciones; se sentía mucho silencio colectivo. Ya en las afueras del estadio, una bandada de policías motorizados hizo bulla con sus bocinas, alertando que estaba por salir uno de los buses que contenía a los futbolistas ecuatorianos. Un vendedor de caramelos apostado fuera del estadio, un poco emocionado por ver el bus, empezó a gritar: “¡Vayaan negros malos! ¡Negros vagoos!”.

1.2.2. Colombia derrota a Ecuador ante un panorama de incertidumbre electoral

En el partido contra la selección colombiana de fútbol, disputado el 28 de marzo de 2017, una llovizna que empezaba a caer violentamente, hizo que yo mis acompañantes y colegas de carrera con quienes había asistido, Ana y Andrea, tras una comparación de los precios de ciertas localidades con comerciantes apostadas en las afueras del estadio, compráramos lo más pronto posible un ticket para entrar. Adquirimos lugares en la general norte, localidad F13.

Al ingresar me sentí desconcertado, puesto que esperaba estar entre un grupo de aficionados ecuatorianos y este deseo se iba nublando al ver muchos baloncitos de color rojo en las camisetas amarillas de muchos fanáticos, que los identificaba como colombianos. En primera instancia pensé que era un lugar que no me iba a servir de mucho para mi investigación, pero luego entendí que era importante, porque nunca me había sentado con la barra adversaria en mis observaciones anteriores. El lugar que nos tocó lucía relativamente vacío cuando llegamos, pero poco a poco más fanáticos

“cafeteros” llenaban las gradas. En uno de estos momentos tuve un importante actor que se sentó a dos filas delante de mí: un hincha afrocolombiano corpulento y alto que llegó a mirar el partido con un grupo de siete compatriotas, seis de ellos blanco mestizos. El graderío que me separaba de estos fanáticos, para mi suerte se llenó con una fila de unos siete hombres ecuatorianos, que al comprar sus localidades en una aparente re-venta, adquirieron cualquier asiento para ver el partido. Miré hacia atrás y noté que una familia también ecuatoriana me acompañaba; se trataba de un grupo de cinco mujeres y dos hombres mestizos que también habían llegado casi sobre el tiempo del partido. Me encontraba con una interesante configuración identitaria de hinchas para analizar.

El partido empezó y los jugadores colombianos se notaban más decididos en cancha, jugando a presión alta y atentos a interceptar los pases de Ecuador. Mientras acontecimientos como éste pasaban, por el lado izquierdo del graderío en el que estaba sentado pasó un grupo de fanáticos ecuatorianos que se dirigían a sentarse más arriba. Uno de los que subía manifestó una expresión que no pude escuchar hacia el grupo de hinchas colombianos que estaban en frente mío y rápidamente el fanático afrodescendiente mostró mucha indignación por la especie de insulto y sus compañeros lo secundaron. Por la reacción colectiva de todos, yo podría afirmar que se trató de un tibio insulto fanatista que apelaba a la nacionalidad de los ofendidos. Posteriormente argüí este pasaje del partido con presupuestos del teórico Stuart Hall en argumentaciones de Radcliffe y Westwood, puesto que sentí que este hecho de rivalidad nace de una ardua tarea histórica (quizás irrelevante) que han efectuado las naciones latinoamericanas para diferenciarse de otras. Un requisito fundamental en las comunidades imaginadas en las que vivimos:

Al intentar definirse como estados independientes con herencias históricas y culturales específicas, los latinoamericanos han llevado a cabo la “inmensa tarea ideológica cotidiana” (Hall 1991: 26) de determinar lo que son y lo que no son, y cómo imaginar una comunidad nacional (Radcliffe y Westwood 1999, 31).

Los primeros minutos pasaban y un joven ecuatoriano blanco mestizo que pertenecía a la fila que me separaba del fanático afrocolombiano, le pidió a éste que por favor se sienta, puesto que por su tamaño y corpulencia no le permitía ver el encuentro. El fanático negro volvió a enojarse y con cara de ira increpó al ecuatoriano sobre el porqué

de su petición, el hincha nacional le volvió a explicar la razón de su pedido y éste demorándose varios minutos para demostrar que no le interesa su orden, finalmente se sentó. Este cuadro me dejó muy pensativo, porque con ambos actos ocurridos, sólo con unos segundos de diferencia, pude notar que el hincha afro se tomó muy a pecho y con ira su rol de adversario contra los fanáticos ecuatorianos. Un hecho curioso es que sus acompañantes blanco mestizos no se sintieron tan aludidos por el suceso, y todo este panorama me atrajo a pensar que el hincha colombiano estaba abusando de su condición étnica, por el miedo que ésta siembra desde los estereotipos sociales que nos aquejan a los afrodescendientes cotidianamente.

Aludiendo a palabras de Paloma Fernández-Rasines, quien teoriza la categoría estereotipo como “la aplicación de determinadas características que de un modo fijo van a figurar como representativas [...] de una cultura” (Del Valle en Fernández-Rasines 2001, 30-31) propongo preliminarmente que lo que presencié, fue un uso determinados estigmas de fuerza, que la historia nos atribuyó a los hombres negros de esta región del mundo, por parte del fanático afrocolombiano para demostrar cierta valentía ante el hecho que estaba experimentando. Denomino a esta práctica social como el uso favorable del estereotipo, puesto que muchos afrodescendientes efectuamos esta práctica social, como una manera de enfrentar condiciones adversas de racismo. Esta propuesta reaparecerá en las líneas posteriores, corroborada por una actitud posterior del fanático analizado.

El tiempo del partido transcurría y el equipo colombiano se mostraba más ofensivo; los pases de los ecuatorianos no llegaban a sus destinos finales. De pronto, un defensa cafetero envió un pase largo, a ras de piso para el delantero Jonathan Borja, éste corriendo velozmente por la banda, dio un pase a tres dedos para el medio de la zona de penal, que fue aprovechado por James Rodríguez, quien mediante una barrida difusa (puesto que el gol lo metió con la espalda) venció la marca de Walter Ayoví y metió el primer gol para su país; la hinchada colombiana de mi zona no lo podía creer. A mi lado derecho, tenía un hombre de posible ascendencia bogotana, de unos 45 años de edad, blanco y de aparente buen estatus económico; éste había llegado con sus hijos adolescentes. Estos personajes se abrazaron efusivamente tras el gol y después de terminar este acto, vieron al hincha afrocolombiano de enfrente y chocaron las manos fuertemente, como amigos que se conocían toda la vida. Un cuadro interesante,

partiendo desde el punto que percibí que era un abrazo fraterno, interracial e interclasista, que perdía todo su prejuicio por el gol colombiano. Nuevamente este pasaje trajo a mi pensamiento a Radcliffe y a Westwood para entender que debido a “la temprana independencia [...] de las naciones latinoamericanas, la formulación de la identidad nacional radica en la diversidad de respuestas a las formas modernas de la nación y los usos que se hacen de ellas” (Radcliffe y Westwood 1999, 31).

La fila de ecuatorianos al frente mío no lo podía creer. Todos se encontraban sentados y sin una palabra qué decir, puesto que era un gol tempranero. Las personas ecuatorianas de atrás sólo suspiraron y una de ellas gritó “¡Vaaaamos Ecuadoodor!”, había mucha esperanza de empatar el partido y hasta ganarlo. De pronto, un naciente “Ecuador, Ecuador, Ecuador” empezaba a oírse en la atmósfera. Se tornó muy fuerte al punto que la hinchada colombiana tuvo que responder: “Colooombia, Colooooombia, Colooooombia” los gritos de sus comunidades imaginadas se fundieron en una bulla incomprensible, en una bulla latinoamericana.

El partido continuó y la tónica era la misma: los jugadores ecuatorianos no lograban hilvanar jugadas peligrosas y los jugadores colombianos contraatacaban masiva y eficazmente. Ocurrió un tiro libre para Ecuador y Walter Ayoví decidió cobrarlo; mandó un tiro potente con su pierna izquierda, que se iba a colar al ángulo derecho del arquero, pero el portero colombiano David Ospina lo sacó de un manotazo; después de esta atajada que hizo saltar en masa a la hinchada ecuatoriana, parecía que sí se podía. Sin embargo, unos minutos más tarde, en un ataque de Colombia, el centrocampista Edwin Cardona envió un pase magistral de sombrerito, al mismo extremo izquierdo por donde se había centrado el primer gol. Este pase esta vez fue aprovechado por James Rodríguez, quien rápidamente mandó el balón de forma rasante para Juan Guillermo Cuadrado, quien anotó el segundo y lapidario gol. La hinchada colombiana saltó con más energía que en el primero, se sentía que esto liquidaba a Ecuador. Los fanáticos ecuatorianos de mi sector entraron en un silencio sepulcral.

Después de este suceso, las mujeres ecuatorianas que estaban a mis espaldas dejaron de preocuparse en cierta medida por el partido y una de estas, mirando a los fanáticos asistentes, creyó divisar a Gabriel Achilier, defensa negro de la selección nacional, en el graderío. De inmediato inició una discusión con una de sus acompañantes: “¡No es el

Achilier, ve!” “¡Sí es, vele bien!”. La mujer que aseguraba que no lo era, inmediatamente dijo: “No es, ¡El Achilier es más bonito!”, comentario que fue interceptado por uno de los hombres que las acompañaba, quien, en una especie de acto de celos por las palabras de las muchachas, respondió a manera de sarcasmo: “No es, ¡Es más blanco!”, despertando risas entre sus acompañantes. ¿Era necesario el racismo para reconocer al jugador? Redundé que este suceso se inscribía en las escrituras estereotípicas que tenemos los afrodescendientes en nuestro cuerpo, y en torno a este tema acudo a De la Torre para retratar el hecho como una forma de agresión sutil:

El vivir en una sociedad que los estereotipa como criminales tiene consecuencias dolorosas en la vida cotidiana de la mayoría de los afroecuatorianos. Éstos pueden ser víctimas de agresiones sutiles o burdas en las interacciones más banales del día a día como son ir de compras, caminar por la calle, o tomar un autobús. Las agresiones racistas se incrementan cuando los negros circulan en espacios racializados como blancos de donde han sido excluidos por su raza y por su clase social. (De la Torre 2002, 42).

El tiempo continuaba su transcurso y el silencio de los hinchas ecuatorianos que tenía alrededor mío era abismal; parecía que ellos no se encontraban en las gradas. Las mujeres a mis espaldas empezaban a comentar sobre cambios técnicos que ellas harían, un ejemplo lo dio una de ellas en torno a un jugador que no fue convocado: “Yo no sé por qué este técnico no le mete al Fidel Martínez, a mí me encanta cómo juega el Fidel” expresaba, mientras mostraba disgusto en su rostro por la ineficiencia del equipo ecuatoriano. El primer tiempo terminó y con ello muchas personas salieron de sus asientos para estirarse, ir al baño o comprar cosas varias. Durante este momento, los ánimos de rivalidad desaparecieron de mi zona y cada persona sólo pensaba en resolver sus necesidades corporales.

Inició el segundo tiempo y con éste volvieron como por arte de magia las performances de rivalidad entre los fanáticos de ambas naciones. El hincha afrocolombiano sentía aún ira por los insultos que ese fanático fugaz había proferido a su grupo y a lo lejos, trataba de divisarlo con una mirada de furia y amenaza, hasta que este hombre distante lo vea. ¿Por qué se había molestado tanto? Era uno de los cuestionamientos que se me presentaban en mi cabeza. Durante este momento divisé que el hombre en cuestión, había llamado la atención de otro hincha afrocolombiano que estaba en su grupo, para

alerarle de la ubicación del insultador que antaño les ofendió. A pesar de que había en su grupo más hombres blanco mestizos, decidió poner en sobre aviso únicamente a su compañero negro, quien emuló su rostro amenazante para mirar al agresor. ¿Por qué llamó la atención únicamente de su compañero negro? Sentí que estaba presenciando una vez más el uso favorable del estereotipo por parte de estos actores afrodescendientes, y que esto también se reflejaba en su manera unidireccional de comunicarse el problema. El pigmento de la piel se volvía a utilizar como un recurso simbólico de amedrentamiento. El pensador Frantz Fanon, en su obra “Piel negra, máscaras blancas” (Fanon [1952], 2009) propone razonar acerca de las distintas funciones que tiene el lenguaje y el uso que le dan las alteridades étnicas; en el caso que me compete, en las relaciones sociales que se tejen entre las personas de ancestro africano. Al respecto, Fanon aduce:

El negro tiene dos dimensiones. Una con su congénere, la otra con el blanco. **Un negro se comporta de forma distinta con un blanco que con otro negro. Que esta bipartición sea la consecuencia directa de la aventura colonialista, nadie lo pone en duda...** Que su vena principal se alimenta del corazón de las distintas teorías que han querido hacer del negro un eslabón del lento caminar del mono al hombre, nadie pretende refutarlo. Son evidencias objetivas que expresan una realidad. (Fanon 2009, 49). Mi énfasis.

Partiendo de este presupuesto, me resulta evidente que el lenguaje cobra distintos significados dependiendo de su lugar de enunciación. Un punto que se debe analizar con más profundidad al interior de las ideologías que defienden la negritud y cuestionan la trata esclavista, es la herencia colonialista del racismo y cómo ésta se ha enraizado también en la psique del negro, hasta el punto que el racismo puede salir de nuestros pensamientos, resignificándose en algunos casos como el mostrado. Un segmento que debo subrayar, es que paradójicamente, cuando Colombia anotó los dos goles, los integrantes del grupo en cuestión pedían que los dos fanáticos negros bailen al ritmo de salsa choque, para emular la manera de festejar de sus jugadores, que hicieron lo propio en cancha ¿Por qué se les pedía bailar exclusivamente a los hinchas negros? Una asociación a lo tropical, al baile, que no necesariamente la debe ostentar un hombre afrodescendiente, como lo acota Carlos de la Torre cuando afirma que:

A través de una serie de oposiciones binarias se ha construido a los negros como seres no intelectuales. Si los blancos representan la razón, la fuerza espiritual e intelectual y la civilización, los negros encarnan la emoción y el sentimiento, la fuerza física y la naturaleza que se expresa en su violencia y sexualidad [...]. (De la Torre 2002, 46).

El encuentro futbolístico continuó apático y algo aburrido, puesto que Colombia había hecho ya su negocio y prefería adoptar cierta actitud defensiva, de calma. Ecuador insistía, pero su mecánica de pases fallidos en el último cuarto de cancha adversaria, no cesó. A la mitad del segundo tiempo, se empezó a escuchar un ruido que provenía desde la zona de la tribuna del Estadio Olímpico Atahualpa: un cúmulo de “bubuselas” se hacía presente mediante un ruido estrepitante. A mi lado nadie sabía lo que pasaba, pero por información de algunos fanáticos que gozaban de teléfonos inteligentes con internet, supimos que el candidato a la presidencia del país por la extrema derecha, Guillermo Lasso, estaba supuestamente mirando el partido: “¿No se trata de un acto proselitista?” Me pregunté en el momento. Posteriormente, este suceso culminaría en un acto de racismo por parte del candidato, que analizaré más adelante.

Los minutos finales del encuentro llegaban y desde mis espaldas los fanáticos ecuatorianos que se encontraban en mi sector, empezaron a preocuparse por el estado político del país y empezó el: “Fuera Correa fuera, fuera Correa fuera”, grito que se utilizó acompañado del “Fuera Quinteros fuera, fuera Quinteros fuera” en exigencia de un cambio de director técnico. Después de este pedido, la hinchada ecuatoriana terminó callada, el nacionalismo se había diluido y este estado de ánimo parecía mezclarse con la incertidumbre de lo que pasaría de cara a las elecciones presidenciales, que estaban a tan solo a cinco días de su inicio. Este hecho me propuso cuestionar palabras de Felipe Burbano de Lara, quien alude que el seleccionado es la “contra imagen” de un país fragmentado. El país estaba fragmentado durante este encuentro y se podía aspirar este sentimiento en las gradas:

[...] La Selección dejó de ser ese lugar donde se ratificaba nuestro sentimiento de impotencia nacional, nuestra condena a la derrota. La Selección se ha convertido en la contraimagen de un país enredado, fragmentado, maniqueo, desunido. (mi énfasis, Burbano de Lara, citado en Rahier 2008, 632).

El árbitro dio el pitazo final y el marcador quedó 2 a 0 a favor de Colombia. Los hinchas del equipo cafetero reventaron de alegría y muchas caras llenas de satisfacción llenaron el ambiente en el que me encontraba. “¡Ya hay que cambiar a estos negros!” fue el comentario final de uno de los hinchas que silenciosamente divisaba el partido en frente mío, el renuente discurso de blanqueamiento de la selección se hacía presente. Poco a poco la gente empezó a desalojar la cancha y empecé a sentir un silencio de ambos bandos: el de satisfacción de los colombianos y el de desilusión de los ecuatorianos. La masa amarilla salió del estadio y se dispersó por los cuatro puntos cardinales de la ciudad. Lo paradójico de este resultado, es que se produjo en un planteamiento táctico en donde los jugadores blanco mestizos que jugaron para el seleccionado nacional, eran más que los de costumbre: cuatro jugadores.

1.2.3. El racismo elitista que dejó el partido: el caso de Guillermo Lasso

Horas más tarde después del encuentro, los medios de comunicación nacionales hacían eco de una noticia de tinte político que había ocurrido en el estadio, razón por la cual el ruido de “bubuselas” que había percibido en mi observación, se tornó intenso en un momento del encuentro futbolístico: el ex candidato a la presidencia de la República por el movimiento CREO, Guillermo Lasso, denunció que fue agredido en el lugar por parte de un grupo de simpatizantes del movimiento político Alianza País: entre los acusados estaban tres afroecuatorianos que espectaban el partido desde la localidad de palco, cerca del banquero.

Al ser esta una localidad costosa, el excandidato, su binomio Andrés Páez y muchos seguidores del movimiento político, publicaron en redes sociales ideas referentes a una supuesta nacionalidad extranjera de los agresores, puesto que no creían que afroecuatorianos tengan el dinero suficiente para mirar el partido desde esa zona del escenario. Respecto a este hecho, periódicos como diario El Comercio, expresaban:

Antes de que finalice el partido entre Ecuador y Colombia, el candidato Guillermo Lasso (CREO-SUMA) dejó el estadio Olímpico Atahualpa. En varios videos difundidos en redes sociales se observa que fue escoltado por un piquete de policías. En los exteriores, un grupo de personas arrojó objetos como botellas plásticas y cornetas al presidenciable. Minutos después, César Monge, presidente de Creo, dijo que se trató de un ataque planificado. (El Comercio, 28 de marzo de 2017).

En una de sus primeras declaraciones, el ex candidato de extrema derecha aseguró:

‘El episodio vivido ayer es inusitado, impensable. El último reducto de la unidad nacional es el respaldo a la Tricolor y al igual que todos los ecuatorianos fuimos al estadio y pudimos presenciar actos violentos’. Lasso comenzó así su relato en una entrevista en radio Morena, en Guayaquil, este miércoles 29 de marzo. **Según él, los actos de violencia fueron “propiciados por un grupillo de mercenarios, pandilleros, extranjeros traídos con ese propósito, dirigidos por tres o cuatro, preparados para actividades militares de violencia urbana”.** (El Comercio, 29 de marzo de 2017). Mi énfasis.

De manera casi inmediata (y aprovechando la coyuntura electoral) diario El Telégrafo hizo eco de este hecho noticioso y buscó a uno de los afrodescendientes implicados, para que responda al respecto:

Wilfrido Pabón es uno de los ciudadanos que estuvo en el palco del Estadio Olímpico Atahualpa durante el partido entre Ecuador y Colombia [...]. Horas después de los incidentes en el exterior del estadio, varias cuentas afines al candidato de SUMA-CREO empezaron a circular la foto de Pabón para señalarlo como uno de los "implicados" en la agresión a Lasso porque portaba una gorra de respaldo a Lenín Moreno. Además, muchos de los adherentes del postulante Lasso insinuaron que Pabón era ciudadano cubano o haitiano.

Pabón desmiente que sea extranjero e informa que es agricultor de la comunidad de Piquiucho, parroquia Los Andes, en la provincia del Carchi. "El hecho de ser negro y agricultor no significa no vaya a conseguir \$ 200 (para haber estado en el palco del Atahualpa)", manifiesta en un video [...]. "Yo soy negro, pero no es para que me humille de esa manera, creo que yo también tengo dignidad como la tiene él. Yo soy negro, pero no soy delincuente. Soy un afroecuatoriano orgulloso de mi raza y de mi herencia", reitera Pabón. (El Telégrafo, 30 de marzo de 2017). Mi énfasis.

El panorama presentado, nos da una perspectiva de la forma en que consideran los sectores burgueses nacionales a los pobladores afrodescendientes del país y me invitó a pensar en cómo sus discursos de exclusión (condimentados por su poder económico y político) pueden coartar la capacidad comunicativa de las minorías étnicas, al punto que pueden crear falsos velos de verdad en la percepción de los seguidores de sus ideas. En palabras de Radcliffe y Westwood, quiero aseverar que:

Las relaciones de poder que están detrás de estas exclusiones van en contra de una interpretación de la nacionalidad en términos de complementariedad o eficiencia comunicativa entre los sujetos nacionales (cf. Deutsch 1953). Tales formulaciones niegan la capacidad comunicativa de los sujetos y su acceso desigual al poder discursivo dentro de la nación. (Radcliffe y Westwood 1999, 50).

Partiendo de este pensamiento, propongo que los discursos de Lasso y Páez tras el incidente descrito, son actos fortificados de violencia simbólica, que lejos de lograr su victimización de cara al proceso electoral consumado, establecieron una verdad que está a la vista de todos los ecuatorianos: la confirmación que en su psique no existe una interpretación de lo nacional, que abarque el entendimiento de que las minorías étnicas también tienen acceso a la riqueza, y mediante esta vía, pueden compartir espacios con personas de otras procedencias económicas y culturales. Dentro de este punto es interesante exponer una crítica que diario El Telégrafo hace sobre las reacciones del candidato a la vicepresidencia, al aseverar que: “Páez no tiene dudas en señalar a los “delinquentes” negros que usan gorras con la palabra Lenín. Y es Páez quien mueve a sus trolls para la arremetida racista del martes y miércoles.” (El Telégrafo, 30 de marzo de 2017). Es un hecho que además de establecer la urgencia de investigarse a fondo (puesto que se trataría de un acto de discriminación racial), cimienta mi propuesta de que las minorías étnicas como la afrodescendiente, aún no están insertas en su imaginario de manera plena, al igual que pasa con los comportamientos de los fanáticos blanco mestizos que he analizado en el presente subcapítulo.

2. Cuando el equipo gana: discursos y actitudes inclusivas que se entrecruzan con racismo

2.1. Ecuador gana a Chile en medio de insultos de un niño

Un grupo de experiencias anecdóticas las tomo del partido de la Selección Ecuatoriana contra Chile, disputado jueves 6 de octubre de 2016 en el Atahualpa. En este encuentro pude notar la conversión de un sinnúmero de actitudes de los fanáticos tricolores que denotaban formas discursivas de inclusión al negro en el imaginario social. Sin embargo, estas expresiones fluctuaban constantemente con expresiones de racismo, cuando los jugadores cometían algún error. Los hechos etnografiados que a continuación describiré, son una muestra de estas aseveraciones preliminares.

Eran las 15H30 y había entrado a una zona del graderío de la localidad general norte, al ingresar, me sorprendió a primera vista un detalle: cientos de tarjetas verdes plásticas estaban regadas en los graderíos del estadio, simulando basura que no fue recogida. Apenas las vi me atacó la curiosidad, las levanté y pude ver la leyenda: “Porque todos somos Latinoamérica. Muestra tu respeto hacia el equipo adversario y alza esta tarjeta cuanto toque su himno nacional”. Se trataba de una publicación emitida por una ONG especializada en deporte, cuyo objetivo (según una representante de la entidad con la que conversé en el graderío) era el de promocionar el juego limpio.

Después de informarme sobre este detalle, empecé a percatarme de las personas que tendría alrededor mío, quienes serían mi objeto de análisis. A mis espaldas tenía a un niño de unos doce años con su madre, a mi derecha a dos hombres blanco mestizos de mediana edad y al frente a un hombre de unos sesenta años, acompañado aparentemente de su hijo.

Inició el partido y el aire se llenó de silbidos salidos de las bocas de cientos de fanáticos, un sonido con el que sentí que expresaban su expectativa y esperanzas en torno al juego. Aproximadamente en el minuto siete de la primera parte, el delantero Enner Valencia tuvo una primera opción de gol, que la desechó con un mal pase hacia el centro del área, desde el costado lateral izquierdo de la cancha. Al fallar, el niño que venía con su madre gritó: “Negro paqueete, vales veeerga”, insulto que asaltó mi cabeza como un rayo en medio de una lluvia de emociones de la multitud. Esta expresión planteó en mi pensamiento que los tratos racistas que se emiten en este estadio quiteño, pueden transmitirse generacionalmente entre los fanáticos, puesto que muchos de los asistentes (aproximadamente 1 de cada 10 personas, dato deducido de todas mis observaciones) son un niño o una niña. Desde mi punto de vista, este es un hecho alarmante, puesto que durante mi presencia en los graderíos siempre existió algún adulto que sin percatarse o importarle la presencia de menores de edad a su alrededor, profería palabras que connotaban violencia de algún tipo hacia la cancha¹⁷.

¹⁷ Durante el encuentro del seleccionado sub-20 contra Uruguay, noté la actitud de otro niño que ganaba protagonismo con sus insultos. Éste, criticó el accionar físico de uno de los futbolistas negros del combinado, durante un ataque fallido por parte de un delantero: “¡Negro maleta, ni patear bien el bruto!”. Esta expresión provocó una risa colectiva, consentida por parte del colectivo hincha y estas risas, dieron al niño un aire de confianza para que éste aliente a la gente a hacer “la ola”.

Posteriormente analicé mucho tiempo la reacción del infante ante la falla del jugador afroecuatoriano y cierto sentimiento de complacencia de su madre, cuando su niño profería la expresión antes citada. Estas actitudes trajeron a mi análisis aseveraciones de Sarah Radcliffe y Sallie Westwood, quienes acerca de la condición de los afrodescendientes en Ecuador argumentan:

[...]. La gente de origen africano y está sujeta a una serie de discursos disciplinarios relacionados con la cultura, la historia y el color. Estos discursos contradicen la ideología oficial de ‘democracia racial’ articulada en todo el continente, pero más desarrollada sobre todo en el Brasil. (Radcliffe y Westwood 1999, 55).

Partiendo de esta premisa, siento que esta primera expresión que provenía de un infante étnicamente incluido en el imaginario social por su tez blanca, es un discurso disciplinario que ubica al jugador negro dentro de lo inservible para la nación. Es una expresión que, a mi punto de vista, trata de recordar al deportista su calidad de subyugado social históricamente construida.

Bordeaba el minuto 13 del primer tiempo y tras un centro realizado nuevamente por Enner Valencia en el campo rival, la pelota rebotó en un defensa chileno en el centro del área, ya que Felipe Caicedo no pudo empalmar el balón con su cabeza. Sin embargo, a sus espaldas venía Antonio Valencia y tras tomar en balón con cautela, soltó un derechazo cruzado hacia el extremo izquierdo del arco, anotando el primer gol. Apenas el balón tocó la red, los fanáticos se convirtieron en una espuma social efervescente que saltó de sus asientos. Con gritos prolongados de gol y movimientos abruptos de manos, además de ciertos abrazos que iban y venían, festejaron la primera anotación del equipo¹⁸. Tras el gol se notaba que los asistentes, con comentarios interpersonales, aclamaban lo hecho por Antonio Valencia; expresiones que cimentaban el respeto fraguado por el jugador con su histórico desempeño corporal: “Este es el único que vale”, comentaba el señor de sesenta años.

¹⁸ En el partido de la Selección sub-20 contra Colombia, pude diferenciar un aspecto importante: tras una llegada de Ecuador, Brayan Cabezas, jugador del Atalanta Italiano y número 10 del equipo, pegó otro tiro cruzado y metió el primer gol del partido. Mucha gente saltó de sus asientos con alegría, pero no era la misma alegría que los rodeaba cuando es un partido por eliminatorias de la selección mayor. La celebración duró menos tiempo que las que había notado en los cotejos de la selección de mayores y luego de ello, todos se sentaron. Volvió a reinar el silencio de cansancio y relajación.

Las risas iban y venían entre los hinchas que me rodeaban y de pronto, la algarabía hizo que se presente la primera manifestación colectiva machista (y quizás xenofóbica) de los aficionados ecuatorianos: “¡Po ro po poo, po, ro, po, poo, el que no salta, es chileno maricón!”. La orden del movimiento vino de a poco, como una ola de actitudes corporales que iba contagiando a la gente paulatinamente, en forma sectorizada. La mayoría saltaba: mujeres, niños y hombres, sin cuestionarse sobre las palabras que coreaban. Al parecer, el karma que suele dirigirse al jugador negro, esta vez se dirigía a la otra alteridad, a la alteridad internacional representada por el extranjero.

En este punto reflexioné acerca de nuestra difusa identidad como ecuatorianos y cómo esta produce ciertas asociaciones sociales efímeras en el estadio, que desde mi perspectiva tratan de expresar cierta exclusividad cultural nacional. Esta expresión colectiva que se sentía sólida, rápidamente perdía su consistencia cuando el equipo ecuatoriano era atacado. Inmediatamente aparecían gritos de pánico e ira en contra de los tricolores por varios lados del graderío. Pienso que se trataba de expresiones nacionalistas fragmentadas, motivadas por el placer de consumir (bajo sus distintos presupuestos de ocio) el partido de fútbol, desde el análisis de Pablo Alabarces:

Dice Hobsbawm [1990] que el nacionalismo de fin de siglo es divisivo, “fragmentarista”; si el nacionalismo de la modernidad tendió a aglutinar sujetos, éste tiende a desmembrarlos. **Por analogía: no se trata aquí de nuevos nacionalismos en sentido estricto —en tanto no postulan la construcción de nuevas entidades nacionales—, sino de fragmentarismos, que hasta asoman como etnificados, basados en una retórica de la sangre —la camiseta, los colores— y de la tierra —el territorio, el barrio, la localidad—, contruidos en el interior de un conjunto nacional que no se percibe como tal**, porque no hay, insisto, operador que lo reponga. Se trata más bien de comunidades interpretativas de consumidores, como las califica García Canclini [1994]. (Hobsbawm en Alabarces 2006, 6). Mi énfasis.

Esta arenga colectiva, que se presentó recurrentemente mientras transcurría el partido, la percibí además como una expresión cimentada en los colores de la camiseta y en ciertas concepciones difusas de la ecuatorianidad. Sin embargo, no la noté como una expresión que cohesionaba realmente a los fanáticos en el estadio, por la heterogeneidad de los asistentes que la coreaban para fortalecer la mente de sus compatriotas deportistas, que luego eran insultados por estos mismos actores.

El juego seguía su transcurso y de pronto un ataque que desembocó en un tiro centro de nuestro abanderado, Antonio Valencia, era mal empalmado por el joven jugador Jefferson Orejuela. Pero a sus espaldas, como un rayo, apareció un joven jugador blanco mestizo llamado Cristian Ramírez quien, con un enérgico balonazo, nuevamente al extremo izquierdo del arco, hacía brincar de alegría a la hinchada ecuatoriana. Tras el gol, volvieron los saltos, gritos, abrazos y las risas volvieron a proliferar en la hinchada. El señor de sesenta años, su hijo y algunos hombres que estaban a su lado, no sabían quién era ese jugador. Se veía blanco, pequeño y en una posición ocupada históricamente por un deportista negro: Walter Ayoví. “Y ese, ¿Quién es?” preguntaba el señor. “¡Es el Ramírez, el de Alemania!”, le respondía su familiar emocionado, que a la vez denotaba un rostro de orgullo por el jugador inesperado. “Ése tiene que ser el reemplazo del Ayoví, ¡Ya hay que blanquearnos un poquito!” Comentaba entre sonrisas el joven fanático. “¡A ese negro vago del Felipe también ya está de cambiarle!”, agregó, mientras una lluvia de cerveza inesperada cayó desde las personas que miraban arriba de mí el partido.

El discurso del “blanqueamiento” del seleccionado, fue una argumentación que nació desde el ex presidente de la Federación Ecuatoriana de Fútbol, Luis Chiriboga, quien tras el fracaso futbolístico de la tricolor en el año 1999 a cargo del técnico Carlos Sevilla, expresó “la frase de que era necesario ‘blanquear a la Selección’” (El Comercio, 5 de diciembre de 2015), puesto que el equipo estaba conformado en su mayoría por deportistas esmeraldeños. Este discurso caló en el imaginario de muchos ecuatorianos, hasta el punto que ha vivido 18 años entre nuestros comentarios generales. Preciso analizar este hecho desde el planteamiento de Jean Rahier:

La participación en competiciones deportivas internacionales suele proveer a las “poblaciones nacionales”—y particularmente a sus élites—la oportunidad de decretar la interpretación oficial de la “identidad nacional”, o hasta de reflexionar y revisar que, y quienes deben ser incluidos en, o excluidos de, el “carácter nacional”, y porqué. (Rahier 2008, 612).

Es importante señalar que esta expresión que promueve blanqueamiento racial al interior del equipo, es un precedente viviente que siempre reaparece cuando el negro juega mal. Es un decreto que vino desde el otrora más importante dirigente de nuestro

fútbol nacional y que puede traducirse en una amenaza de exclusión de los afrodescendientes en un campo que nos ha dado ciertas formas de reivindicación social; un discurso amenazante, segregante y peligroso.

Como un agregado de este análisis, expongo importantes argumentaciones de Silvia Citro, en el que fundamento que las performances futbolísticas de los atletas afrodescendientes, motivan inclusiones y a la vez exclusiones sociales en el discurso de sus fanáticos, dependiendo del éxito del equipo y del desempeño de sus cuerpos:

Las performances son vistas como prácticas constitutivas de la experiencia social de los actores; no son meramente representativas de la identidad de un grupo social, sino que también contribuyen a construirla [...]. **Pueden convertirse entonces en un medio para producir exclusiones e inclusiones sociales**, actualizar y legitimar ciertas narrativas míticas o historias fundacionales y deslegitimarlo suprimir otras, para imaginar o crear otras experiencias posibles. (Citro 2009, 35). Mi énfasis.

Tras este segundo gol, un sentimiento de relajación empezaba a invadir la atmósfera emocional de las personas. Esta relajación, inesperadamente se tradujo en silencio, un silencio sepulcral que se percibía en mi sector, puesto que estábamos ganando. Este mutismo se veía intermitentemente interrumpido por alguna arenga de la hinchada, que alentaba deseando un nuevo gol: “¡Vamooooos ecuatoriaaanoos, que esta taaarde, tenemos que ganaaar!”. Durante todos estos acontecimientos, cabe resaltar que el niño insultador nunca se había callado y emitía malas palabras para referirse a cualquier detalle del partido. Su madre, con una mirada de orgullo y una risa que expresaba ligera desaprobación, vergüenza y nerviosismo por la muchedumbre que escuchaba a su hijo, a la vez alentaba la actitud de este personaje con su silencio.

Terminó el primer tiempo y con él muchas personas se levantaban de sus asientos de cemento, para quitar la pereza de sus cuerpos, estirar la espalda, la barriga y para pedir con una sonrisa extendida comida a los comerciantes. Muchos fanáticos hombres, con gestos paternalistas que denotaban cierto poder adquisitivo, otorgado por su condición de consumidores, exigían burdamente sus productos.

Inició el segundo tiempo, algunos aún no volvían de sus asientos, pero todo estaba feliz, tranquilo, en armonía. Era un buen momento para comer. Pasados siete minutos de iniciada esta atapa, Enner Valencia durante un ataque al área de Chile, retrasó un pase gol hacia su compañero Antonio; éste apuntó el balón al arco, le pegó, pero el trayecto parecía desviado cuando de pronto, el pie de Felipe Caicedo desvió su trayectoria hacia la red, dejando al arquero Claudio Bravo sin reacción. Se marcaba el tercer gol y la algarabía de las personas ecuatorianas volvió a mostrarse, pero esta vez ya sin tanta furia, más bien eran expresiones permeadas por sensaciones de satisfacción y calma. Muchas más sonrisas proliferaron y empecé a grabar mis notas de campo en mi celular. De pronto, un señor blanco mestizo que estaba sentado a mi derecha, me miraba, parecía que se dio cuenta sobre lo que grababa.

Más lluvia de cerveza había caído. Después del tercer gol, el silencio sepulcral ganaba más adeptos. Ahora Enner tomaba el balón, corría mucho hasta el arco adversario, hacía maromas por meter otro gol, pero ya nada le salía. “Al Enner ya no le sale nada” decía un hincha apostado a mis espaldas; ya no era un negro “verga” como había dicho el niño, ahora simplemente era Enner. Los errores que los jugadores cometían en este tiempo del juego, empezaban a perdonarse. Felipe, simplemente “ya no jalaba”, desde expresiones del joven familiar del señor de sesenta años, pero no era más un negro vago. Empecé a percibir miradas de orgullo dirigidas hacia estos jugadores. En este punto recordé que estos atletas, parafraseando a Rahier, “dieron orgullo nacional a aficionados de una variedad de identidades étnicas y raciales en el Ecuador, y a emigrantes ecuatorianos en Europa, los Estados Unidos, y numerosos otros países. (Rahier 2008, 611) y ese orgullo (aunque efímero y extraño) pude palparlo en este momento.

Antes de que culmine el encuentro, Enner Valencia se sintió mal al interior del campo de juego y se veía lesionado, razón por la que fue cambiado por el delantero Jaime Ayoví. Posteriormente y de una forma inusual, salió del escenario de juego en una ambulancia. Varios comentarios de las personas de mi alrededor hablaban de que “se está escapando del juicio de alimentos”, puesto que tuvo un problema de orden judicial, curiosamente en esta misma fecha de juego. Sin embargo, a la gente no le importó y aclamaba a su jugador: “¡Olee, ole, ole, olee, Enner, Eeenneer!”. El héroe se iba como caído en guerra, pero triunfante. Sin embargo, esto no impedía que el niño continúe

vociferando insultos sin sentido al aire. Esta escena la quiero graficar desde una importante descripción de Alabarces acerca de la mecánica del fútbol:

El fútbol reúne, en este cuadro, varias condiciones fundamentales: su historia —como quise argumentar, su vinculación con una fundación nacional—; su epicidad, su dramaticidad; su calidez, su desborde. Así se transforma en la mejor mercancía de la industria cultural. Y en particular, una mercancía drásticamente despolitizada, porque resiste a pie firme todo intento en ese sentido. Narra la nación como un repertorio de consumos, no como un conjunto de determinaciones ni estructuras [...] (Alabarces 2006, 12).

Fue un encuentro que gozó de epicidad, dramaticidad y desborde de emociones que tenían como crisol comentarios sobre los jugadores negros. Fue un performance futbolístico, que previamente vendido como mercancía se presentó como una palestra para la expresión de diversos sentimentalismos, muchos de ellos expresamente racistas.

Posteriormente y tras un palazo del mediocampista Christian Noboa, el árbitro dio el pitazo final del partido. La hinchada aplaudió a sus jugadores efusivamente. Habían cumplido con su trabajo para ser incluidos en sus recuerdos de victoria y había que despedirlos bien. Al salir, un cordón de policías, iba diciéndonos que “tengamos la bondad” de salir del escenario y así dejé el mismo aproximadamente a las 18H00. En la calle de salida, el silencio sepulcral de satisfacción, nuevamente invadió al cúmulo de personas que salían ya cansadas del estadio. Algunas, entre sus comentarios expresaban que querían tomar trago, había que seguir festejando a la selección. El niño al fin desapareció, necesitaba que desaparezca.

2.2. Ecuador vence a Venezuela y causa olas emocionales al interior del estadio

Durante el partido de Ecuador frente a la selección venezolana, disputado el 15 de noviembre de 2016 a las 16H00, sentía que tenía la necesidad de recabar más datos acerca de lo que las personas blanco mestizas piensan de los jugadores negros en el estadio, entonces se me ocurrió que los comerciantes del lugar podrían ayudarme con algunas perspectivas. Razoné que, si iniciaba una transacción comercial con alguno de ellos, podría obtener algo de información. En torno a este objetivo, ideé que la mejor

manera para entender esto, era fingir que soy un ecuatoriano que no había estado en el país desde varios años y que no sabía mucho de la selección.

Así divisé a un comerciante de aparente ascendencia indígena, que parecía contento y muy activo en su labor de ofertar bebidas gaseosas. Noté que de vez en cuando, acudía a uno de los quioscos apostados en lo más alto de los graderíos para recargarse de mercancía. Entonces tomé mi mochila, salí de mi asiento, subí hasta el quiosquito, me encontré con él y le pedí una Fioravanti. En aquel momento le pregunté: “Pana, ¿En este estadio siempre se juegan los partidos de la Selección?” A lo que me contestó que sí. Yo proseguí diciéndole que había estado mucho tiempo fuera del país y que por eso no lo sabía. Posteriormente le expresé a manera de admiración: “La mayoría de los jugadores han sido negritos, ¿No?” y él con una ligera sonrisa, asintió con la cabeza. Luego le pregunté “¿Y les dan duro [insultan] los hinchas a los negritos cuando pierden?” acto seguido se llenó de una sonrisa mucho más pronunciada y me dijo: “¡Nooo! Ya no pasa eso...”

Me quedé bastante pensativo por lo pronunciada que se volvió su sonrisa y por su respuesta algo evasiva. Así reflexioné que quizás la inmediatez de su trabajo le impidió que se expresara con libertad sobre lo que yo estaba viendo y notando en mis observaciones de campo. La experiencia no me dejó contento, entonces decidí comprar algo más a otro comerciante: un paraguas.

Éste era un hombre que caminaba todo el tiempo con una sonrisa y aparentaba ser unos diez años más adulto que el primer comerciante. Le pregunté por el precio del paraguas y me dijo que costaba cinco dólares, respuesta que la acompañó de una pregunta adicional e inmediata, dirigida hacia mí: “Pero ¿Cuánto me ofrece?”. Este abordaje me ilusionó y pensé que con él la respuesta que yo quería indagar sería distinta. Después de comprarle el paraguas, empecé mi estrategia para recabar este dato de forma idéntica a la anterior: le pregunté si todos los partidos del equipo se juegan en el estadio, le dije que yo venía de afuera después de mucho tiempo y luego le di mi impresión sobre la mayoría de jugadores negros. Lo que ocurrió me sorprendió, volvió a reírse ligeramente tras mi expresión (idénticamente lo que hizo el otro comerciante) y luego de mi pregunta “¿Y los hinchas les dan duro a los negritos cuando pierden?” surgió una

semejante sonrisa exacerbada por parte del hombre, para posteriormente expresarme escuetamente: “No... ya no pasa”.

¿Cómo podía entender estas expresiones idénticas? ¿Acaso el hecho de que este patrón se repitió, denotaba que ellos no estaban dispuestos a decirme su pensamiento verdadero? ¿Quizás ese era su pensamiento verdadero y ya no habían escuchado expresiones peyorativas hacia los deportistas afro, a pesar de que deambulan por todo el estadio ofreciendo su servicio a decenas de personas? Tras esta experiencia, yo siento que ambos actores se sintieron cohibidos en sus respuestas y no se expresaron con libertad, por mi color de piel. Hipotetizo además que sus sonrisas podrían esconder muchas experiencias de racismo esperadas por estos personajes, pero que no se atreven a comentárselas a un negro desconocido, que aparece fugazmente en su día laboral. Esas sonrisas además pueden guardar cierto tinte de complicidad en torno actitudes racistas que son recurrentes en el escenario mencionado, muchas de las cuales las viví como espectador.

Después de tener estas dos experiencias, decidí enfocarme en los hinchas a mi alrededor, mi objeto de estudio. Eran ya las 15H30 y las personas empezaban a rodearme. A unos 10 metros al frente de mí, en la bandeja más baja del graderío, encontré a un grupo de jóvenes blanco mestizos, que aparentaban pertenecer una clase media alta en su actitud y aspecto, buscando sus asientos. Uno de ellos, llevaba la camiseta 10, con el nombre “Felipao” en su espalda. Pensando en que había notado que muchas de las personas usan sus mejores galas para mostrarse en el escenario deportivo, reflexioné que el hombre verdaderamente quería mostrar su camiseta y el nombre en ella. Al parecer, el joven blanco se sentía identificado con el atleta, que entre sus cualidades físicas posee rasgos pronunciadamente africanos. Este para mí fue un hecho curioso que habla de la fluctuación identitaria que experimenta el jugador negro con sus hinchas. Sin duda un fenómeno social que interpela a las prácticas racistas históricamente construidas en nuestra nación. Respecto a este factor, Jean Rahier, tomando palabras de Felipe Burbano de Lara, resalta el poder del desempeño de los cuerpos negros para producir otras relaciones con sus espectadores:

Los excluidos de la nación son capaces de producir otra relación de los ecuatorianos consigo mismos y con su propio país. A pesar de todo el racismo y el rechazo a los

negros es sorprendente que los ecuatorianos se sientan tan identificados en ellos. El éxito logrado por la Selección se debe a que se aparta de las tendencias dominantes del Ecuador, por eso puede llegar más lejos que el propio país. (Burbano de Lara, en Rahier 2008, 632). Mi énfasis.

Si bien esta reflexión puede darnos una forma de entender el hecho de que la camiseta de “Felipao” sea lucida orgullosamente por un joven blanco mestizo de clase acomodada, en este punto yo cuestiono que se entienda a esta forma de identificación como un proceso terminado, como lo sugieren las palabras de Burbano de Lara. Al percibir en el estadio el alto grado de volubilidad de las actitudes de los fanáticos, propongo que este fenómeno de identificación es un proceso en constante negociación entre el jugador afrodescendiente, que ofrece su cuerpo para ganar y enorgullecer al país mediante su desempeño y el hincha que decide en qué instancias acoger su esfuerzo y en qué instancias repudiarlo.

Aproximadamente a las 15H45, los jugadores salieron solemnemente a la cancha, encabezados por los cuatro niños que llevaban la bandera amarilla de la FIFA, de pronto, todos los fanáticos empezaron a alborotarse. Frente a mí tenía a tres chicas mestizas de unos 21 a 23 años, quienes atentas fervientemente a sus celulares, veían apenas ciertos detalles del partido. A mi lado izquierdo, un hombre de unos 35 años con su novia de unos 30, se la pasaban mirando a lo lejos a unos supuestos amigos que estaban a decenas de metros de sus asientos y a mi lado derecho una mujer de unos 60 años con su hijo de unos 40, uno de los hinchas que más resaltó en esta observación.

El partido comenzó y el hombre que vino con la señora de unos 60 años estaba totalmente alborotado y parado en el eje de su asiento, arengaba y trataba de impartir lecciones técnicas a los jugadores quienes, por la distancia, obviamente no se percataban ni siquiera de su existencia. Los primeros 15 minutos del partido fueron lentos y los jugadores de la selección se mostraban aletargados, como apenas adaptándose a la cancha. De pronto, iniciaron los primeros ataques y con ellos las primeras fallas de los delanteros tricolores frente al arco. Durante las primeras llegadas, el hombre que quería llamar la atención, se mostraba emocionado. Tras un balazo que tiró Enner Valencia y que pasó rozando el horizontal superior, gritó emocionado: “Eeeesa es mi negro”.

Sin embargo, los ataques continuaban y las pérdidas de goles se hacían más recurrentes, entre ellas una nueva de Enner Valencia. Entonces el hombre, aproximadamente 5 minutos después de su arenga emocionada y paternalista hacia el delantero, sentenció: “¡Ya pues, negro hijueputa!”¹⁹, como signo de indignación ante otro tiro al arco perdido por Valencia; este insulto fue aceptado tácitamente por parte de todos los presentes apostados a nuestros alrededores, con un silencio rotundo a mi alrededor. En este momento, empecé a reflexionar que la falta de reacción de los fanáticos que lo rodeaban ante del grito violento y racista, a la vez consentía su actitud y lo impulsaba a proferir más violencia con su voz. Este hecho lo analizo desde las argumentaciones de Carlos de la Torre, quien habla de la cooperación que requieren los actos racistas para efectivizarse:

Debido a que los rituales racistas son actos públicos o casi públicos, para que sean exitosos requieren de la cooperación de la persona que es objeto de estos rituales o del público de espectadores que presencia el ritual. Debido a que en muchas situaciones es muy difícil para la víctima protestar, su aparente aceptación pasiva permite que el ritual sea exitoso. (De la Torre 2002, 144).

Yo sentí este hecho (y varios que los viví en partidos anteriores) como un acto social de engullir y expulsar al atleta, étnicamente excluido por nuestras condiciones históricas, en tiempo espacio inmediatos y desde la psique personal de gran número de fanáticos. Esta mecánica de engullimiento y expulsión, la argumento desde presupuestos de Radcliffe y Westwood, quienes parafraseando a Michel Foucault explican que los significantes escritos en nuestros cuerpos (en el caso que nos compete, nuestro grado de melanina en la piel) son el campo donde el racismo despliega su poder. El mecanismo antes propuesto, busca el disciplinamiento de los cuerpos de los jugadores afrodescendientes en torno a las exigencias de sus fanáticos, tomando como punto de referencia nuestras escrituras corporales.

¹⁹ Durante el partido de la tricolor sub-20 contra el seleccionado uruguayo, pude experimentar una reacción ambigua, que se parece a la que describo en este punto. Un hombre de unos 50 años que estaba sentado cerca de mí, mostraba sus sentimientos encontrados con cada jugada de peligro de los tricolores. El hombre, iniciaba gritando “Dale, corre negrito, coorre negritoo”, arenga que se apagaba inmediatamente luego de una jugada fallida. Sin embargo, en una de estas llegadas, el accionar del equipo fue sancionado por el mismo hombre quien, cansado de jugadas fallidas, expresó: “Ayyy, negro bestia”, expresión acogida con silencio por parte de todos los cercanos, además de algunas risas dispersas.

El trabajo de Michael Foucault [...], nos ofrece una manera muy sugerente de entender el racismo como un régimen de poder que viene a descansar en el cuerpo, y en el cual los sujetos se vuelven visibles e invisibles al mismo tiempo en cuanto sujetos ‘disciplinados’.

El racismo no es, por lo tanto, unitario o fijo; está más bien organizado en torno a distintos significantes, sobre todo aquellos escritos en el cuerpo, que privilegian la biología en una instancia y la cultura en otra, y cuyas consecuencias son la violencia (física y simbólica), la alterización, la subvaloración, exclusión y subordinación. (Radcliffe y Westwood 1999, 68). Mi énfasis.

Con esta premisa expuesta, mi punto de vista es que la mecánica de engullimiento y expulsión que propongo en el estadio analizado, aparece en concordancia y dependencia con el accionar del cuerpo en exhibición. De este cuerpo dependerá el estatus futbolístico de un país y el estado anímico de los futboleros identificados con nuestra bandera.

El partido continuó, los ataques del equipo nacional seguían y con ellos más pérdidas de goles. Todas estas llegadas fallidas, paulatinamente alteraban los nervios de las personas, quienes gradualmente enfatizaban sus gritos enloquecidos: “¡Ya pues chuucha! ¡Jueguen bieeen!”, demandaba la chica que buscaba a sus amigos con su novio. Casi al finalizar el primer tiempo del partido, el delantero Felipe Caicedo perdió una opción de gol en la boca del arco; de pronto, un hombre de tez eminentemente blanca, con camisa gris y que aparentaba unos 35 años, no aguantó más, emergió de una zona posterior a mis espaldas y gritó: “¡Ya juega bien pues, negro cabrón!” con un rostro que conjugaba indignación, ira y poder. El insulto fue nuevamente aceptado por todos los asistentes con un segundo silencio. Nuevamente recordé a Carlos de la Torre y asimilé que “para que los rituales racistas sean exitosos, los espectadores y el público de estos actos debe colaborar con su participación activa en los mismos o con su indiferencia”. (De la Torre 2002, 145). El primer tiempo terminó 0 a 0 y la gente de mi alrededor se levantó como un resorte de sus asientos de cemento para quitarse algo de pereza; algunos para ojear a los diligentes vendedores de productos variados.

Inició el segundo tiempo y las personas alrededor mío se veían tensas, puesto que aún no se podía presentir quién sería el ganador. El partido continuó con la tónica de los goles perdidos por parte de los tricolores por un tiempo. Sin embargo, aproximadamente

al minuto 15, el defensa (en este entonces) símbolo del equipo, Arturo Mina, metía su primer gol de cabeza tras un tiro de esquina y la gente estalló de alegría y gritos; todo esto acompañado de abundantes gotas de cerveza que caían desde el cielo. Prontamente empezó la arenga “¡Sí se puede, sí se puede!”, e inmediatamente todos los futbolistas negros fueron queridos. De pronto todo el ambiente se distendió y era hora de enfocarse en el enemigo futbolístico. Así, de la nada, apareció el: “¡Po, ro, po, poo, po, ro, po, poo, el que no salta es llanero maricón!” por varias veces. Las personas de mi sector, entre ellas las mujeres jóvenes de mi delante, recibieron con emoción estas voces, al punto que se pararon de sus asientos para juntarse a los gritos xenofóbicos y homofóbicos, naturalizados como una forma de alentar común. En este pasaje de mi observación noté que es importante entender que el género es una categoría social que se entrecruza constantemente con sucesos racistas, durante los actos de la hinchada en el estadio. Propongo a Paloma Fernández-Rasines para entender que la arenga que presencié expresa las tensiones sexuales que fluctúan permanentemente en nuestro imaginario social:

[...] En la República del Ecuador de nuestros días, los estereotipos que regulan los sistemas de género expresan las tensiones sexuales y a través de éstas, las tensiones en las estructuras de prestigio establecidas en base a jerarquías de raza y de linaje. (Fernández-Rasines 2001, 31).

Ya casi en el minuto 25 del partido, apareció entre la muchedumbre de mi zona un hombre peculiar. Tenía unos 38 años, era blanco mestizo y había ido al encuentro con su esposa, una mujer étnicamente similar. El hombre emergió entre la multitud con el grito: “¡Párate ecuatoriano chuchaa! ¡La olaaa!” alarido que llamó la atención de unas 100 personas de mi sector, quienes, con sorpresa por la demanda maleducada del hombre, le empezaron a escuchar. ¿Qué pedía? Que las personas se paren y hagan el movimiento corporal de una ola humana cuando él se los dijera. Los primeros intentos fueron infructuosos, puesto que pocas personas lo seguían. Ante este escenario, la cara del hombre tomó un tono enojado y tras este sentimiento empezó a reprobar a las personas, moviendo el rostro horizontalmente, en señal de indignación ante la impasividad de los fanáticos.

Entonces decidió gritar con más violencia: “¡Párate ecuatorianooo hijuepuuuta! ¡Páarate chuuuuucha!” , emulando al rol de un padre que regaña a sus hijos. Estas insistencias, sumadas al momento triunfante del seleccionado durante el partido, hicieron que las personas se tomen con gracia su orden y se sumen. Las tres chicas de delante mío, gozaron mucho durante la impertinencia del hombre, parecería que su emoción minimizó las palabras violentas escuchadas y que querían colaborar con su orden para que siga el espectáculo. Y así lo hicieron, preliminarmente acompañadas de unas 300 personas más, quienes paulatinamente se dejaron llevar. Es una escena en la que siento que noté cómo emergen los sentimientos y actitudes de una comunidad imaginada nacional. Argumento esta idea con el pensamiento de Radcliffe y Westwood:

Para que la nación llegue a ser hegemónica en las identidades de los individuos, las versiones elitistas/oficiales del nacionalismo, que contienen ciertas historias, imágenes y representaciones, deben ser compartidas entre todas las clases y las etnias, para que así se cree una comunidad imaginada con ‘una conciencia compartida de sí misma, ya que el contenido y forma de las naciones están estrechamente ligados a élites específicas (Balibar 1990) (En Radcliffe y Westwood 1999, 33).

El cuadro descrito, me invitó a pensar en que el graderío del Atahualpa, en los momentos victoriosos del equipo, se convierte por unos minutos en un lugar de camaradería entre desconocidos, un lugar espacial nacional que según Radcliffe y Westwood “es aquél donde los códigos locales de recepción y las prácticas culturales se constituyen en el medio para la construcción de la identidad”. (Radcliffe y Westwood 1999, 41). Sin duda, la ola abrupta que incitó este hombre, una versión elitista de nacionalismo (blanco mestizo de mediana edad, barbado, un prototipo del ciudadano ecuatoriano “usual”) intentaba construir identidad por ese momento, mediante códigos culturales que emplazaban a los fanáticos a levantarse, como sus burdas palabras utilizadas. Esta identidad efímeramente fraguada, posteriormente se vio reflejada en ese movimiento humano ondulado, de cuerpos que se sentían ecuatorianos.

Al propiciar tres olas medianamente concurridas, el hombre se cansó y decidió sentarse un rato. Acto seguido, se pudo divisar que el delantero Felipe Caicedo perdió un gol de cabeza, otra vez en la boca del arco venezolano; acto que fue inmediatamente repudiado por este individuo: “¡Ándate a la verga, negro tonto hijo de puta!” expresión que a la

vez fue tomada por algunos con gracia, por la simpatía extraña que despertó este hinchas en los minutos anteriores. Este acto de racismo fue nuevamente aceptado sin reparos de ninguna persona alrededor mío y esta vez con varias risas. En alusión a este tema, quiero resaltar que Carlos de la Torre, subraya que “el racismo blanco transforma al negro, el otro-que no pertenece, en algo menos que el blanco y reduce la humanidad del individuo negro... transformándolo en objeto de odio.” (Feagin, Vera y Batur en De la Torre 2002, 37). Esta es una argumentación que pude percibirla claramente en esta experiencia: la reducción de la humanidad de un afrodescendiente frente a una multitud indolente.

El partido continuó y con él vino un nuevo gol de Ecuador, por parte del delantero afroecuatoriano Miller Bolaños. Tras esto, la hinchada cercana a mí estalló nuevamente de emociones y más gotas de cerveza cayeron desde los cielos como lluvia; a la gente no le importaba el líquido y todos se lo limpiaban con alegría. Tras este gol, los ánimos se fueron calmando y el silencio aparecía para apropiarse de sus cuerpos, idénticamente como me pasó en el partido entre Ecuador y Chile. Con el pasar de los minutos, el “hombre de la ola” se volvió a sentar. Parecía que había saciado su hambre de llamar la atención de la gente. De pronto, uno de los hinchas de mi alrededor, gozoso por el triunfo que prácticamente ya era una realidad le gritó: “¡Ya pues oye! ¡Qué fue la ola!”, esta frase fue escuchada por muchas personas, quienes repitieron lo mismo por unos minutos, creando así una atmósfera de hermandad humana. La tranquilidad empezaba a respirarse y el “hombre de la ola” ante tantos pedidos de show que alimentaban su ego, decidió volver a tomar la batuta del espectáculo, pero esta vez subiéndose a un barandal de cemento que separaba dos sectores de la general sur. En ese momento, se convirtió en el foco de atención de muchos más concurrentes; éstos con risas exacerbadas, simplemente se pararon y empezó una nueva ola social, una ola diversa, incongruente, hermanada y a la vez segregante. Este suceso, hizo que piense en el planteamiento de Pablo Alabarces respecto al nacionalismo en el fútbol y a la ilusión nacional de cohesión que se crea en los asistentes al espectáculo, cuando todo es favorable para el país:

Las condiciones actuales —sociales, políticas, económicas— de la sociedad [...] hacen imposible —mera ilusión— la fantasía de un país de hinchas, unificados tras la camiseta [...], como único mecanismo inclusivo posible. Una identidad nacional, un

mecanismo siempre imaginado pero no imaginario, como dice Benedict Anderson, debe soportarse en signos de una pertenencia específica. (Alabarces 2006, 14). Mi énfasis.

Al fin la ola humana había dado una vuelta completa y en medio de esta distracción, desde mi sector divisé que la pelota tocaba nuevamente la red en beneficio de Ecuador; se había marcado el tercer gol, volvió la lluvia de cerveza y el júbilo de la gente. Las muchachitas de mi frente tomaron la decisión de que ese momento debía ser inmortalizado e inmediatamente iniciaron un ataque de “selfis” para mostrarse victoriosas y bonitas frente a su cámara, mientras que el “hombre de la ola” se había sentado ya. Era el minuto 44 y todo evidenciaba que Ecuador ganaba, no había de que más preocuparse, excepto por tratar de salir rápido para evitar congestiones de gente en las salidas del estadio. El árbitro dio el pitazo final y los fanáticos explotaron en felicidad y relajación, muchos salían con sonrisas en el rostro, los niños con huellas de golosinas comidas y los comerciantes ya con poca mercancía. Todo este cuadro de fanáticos/consumidores satisfechos, lo vuelvo a graficar desde palabras de Alabarces para entender a este suceso deportivo también como un hecho de consumo:

La historia reciente de América Latina sugiere que, si existe algo así como un deseo de comunidad, se deposita cada vez menos en entidades macrosociales como la nación o la clase, y en cambio se dirige a grupos religiosos, conglomerados deportivos, solidaridades generacionales y aficiones massmediáticas. Un rasgo común de estas “comunidades” atomizadas es que se nuclea en torno a consumos simbólicos más que en relación con procesos productivos [...]. (gastronómicos, deportivos, musicales) que les dan identidades compartidas [...]”. (Canclini en Alabarces 2006, 7).

El consumo simbólico de emociones y mercancías diversas había terminado. Todos empezaban a pararse, de pronto los jugadores tuvieron la idea de saludar a los aficionados justamente a mi lado, la general sur. Todos los fanáticos blanco mestizos aplaudían a los negros con las manos hacia arriba, saludando a sus héroes. El hombre inquieto, allegado de la señora de unos 60 años, les expresó gustoso: “¡Esa es mis negros, chucha!”. Luego todos empezaron a salir con calma, satisfacción y a la vez cansancio²⁰.

²⁰ Posteriormente tuve la oportunidad de encontrarme con un amigo a la salida del estadio, quién había visto el partido desde la General Norte, éste precisó en decirme que pudo presenciar un acto racista en el sector donde él estaba. Un hombre de apariencia blanca y de clase social acomodada, quiso expresar una

3. Las conclusiones de los partidos: amor y odio que se diluyen

Las observaciones presentadas ayudan a diagnosticar que, dentro del Estadio Olímpico Atahualpa, el deportista afrodescendiente patea la pelota no sólo para lograr la victoria de su equipo, sino para obtener un triunfo social como ciudadano, en base a sus buenas actuaciones. Esta dinámica se repite en todos los encuentros, puesto que ellos son los máximos representantes del fútbol de la patria y sus habitantes exigen que le den dignidad a la bandera, jugando un buen partido. Entendí además que muchos patrones de actitud sobre cómo alentar al seleccionado se aprenden en el estadio, es un aprendizaje colectivo, intergeneracional e interétnico, que se asimila durante el juego. Se trata de modelos de comportamiento formados históricamente y transmitidos por los hinchas adultos, generalmente de género masculino, al resto de la colectividad. Son patrones que han sido alimentados con ciertos matices discursivos provenientes de los medios de comunicación y desde el Estado. Es una faceta de los ecuatorianos que se entiende de mejor manera, viviendo los momentos emocionales que propicia el partido.

Cuando el seleccionado pierde, la carga de pigmento en la piel de los jugadores afroecuatorianos adopta tintes peyorativos, que se hacen presentes dentro del estadio de forma más intensa que cuando gana los cotejos. Además, la aparición de ideas de blanqueamiento del equipo cobra fuerza, como una alternativa que contrarrestaría los resultados adversos. Este discurso fue elucubrado antaño por uno de los máximos representantes de la Federación Ecuatoriana de Fútbol y aún pervive en la mente de muchos fanáticos, tras 18 años de haberlo expresado. Las instancias de derrota curiosamente provocan en la mente de muchos fanáticos tricolores la preocupación por el estado político del país, estos sentimientos hacen que durante el cotejo adverso se presenten gritos colectivos que demandan cambios en la estructura administrativa de la nación.

Cuando el seleccionado gana, las actitudes racistas de los fanáticos aparecen en menos ocasiones y muchas veces se entremezclan con muestras de paternalismo, una de las formas de dominación étnica que se han aplicado sobre los afrodescendientes desde

especie de chiste a la muchedumbre, mientras pasaba por un pasillo de los graderíos: “¡Pero véanles!, El más blanco de todos esos es el Mina, ¡Pero véanles!” Locución que, según palabras de mi amigo, fue aceptada por la hinchada con varias carcajadas.

tiempos pasados (De la Torre, 2002). Cabe resaltar que los momentos victoriosos del equipo no acallan el ánimo racista de muchos de los fanáticos, y éste está presto para mostrarse cuando los futbolistas negros actúan mal con su cuerpo en cualquier jugada. Todo este panorama nos enseña una realidad: el jugador afrodescendiente desempeña su trabajo deportivo en medio de una mecánica de engullimiento y expulsión que le profiere el hincha en sus discursos, mecánica que trabaja para premiar al atleta cuando hace las cosas bien y que lo segrega cuando su cuerpo no actúa como se espera. ¿Qué alternativas existen para cambiar esta posición de ciudadanía a medias que detenta el afroecuatoriano?

Capítulo 4

Conclusiones

1. Algunas luces de respuesta: estadio, hinchas y jugadores

Tras todo el espectro analizado, propongo un compendio de respuestas, acerca de las preguntas preliminares que había planteado en los capítulos anteriores, con el objetivo de entender mis hallazgos en torno a las dinámicas sociales que se desenvuelven en el Estadio Olímpico Atahualpa:

El Estadio Olímpico Atahualpa es un lugar etnizado, en el que confluyen personas de múltiples edades, status económicos y etnias. Sin embargo, a pesar de la multiplicidad cultural de las personas, el apogeo del racismo anti negro (además de formas de machismo) es una constante que se da en partidos de fútbol de la selección nacional.

Las expresiones racistas que nacen en este estadio capitalino, pueden transmitirse generacionalmente entre los fanáticos, puesto que durante mi etnografía constaté que gran número de los hinchas son niños y niñas. Es un hecho preocupante, ya que, durante la investigación, siempre existieron adultos insultadores que no se percataban de la presencia de los infantes antes de actuar. Este tipo de actos tenían una aceptación tácita por parte de los asistentes, que se expresaba con silencios o risas, mas no con repudio de los mismos.

Las relaciones sociales que se tejen en el Estadio Olímpico Atahualpa son relaciones efímeras entre hinchas y jugadores, congregan sentidos de nacionalidad y distintas concepciones de lo que es ser ecuatoriano en la psique de cada fanático. Sin embargo, estas concepciones están matizadas de sentires y expresiones de racismo anti negro, que su pensar blanco mestizo impone como una forma de actuar durante los partidos, ante las distintas vicisitudes de los encuentros.

La emotividad de la hinchada se expresa fervientemente en el estadio y cuando es positiva (en momentos en que el seleccionado gana los encuentros) genera cohesión simbólica entre los fanáticos y los jugadores. Sin embargo, esta misma emotividad puede presentarse como destructiva y violenta, cuando el equipo no juega a favor de los

intereses del hincha, quien, por su capacidad adquisitiva al comprar la entrada, se siente con poder para exigir un buen espectáculo.

Existe un consenso social tácito, para que los hinchas se expresen colectivamente de formas determinadas, dependiendo del momento del partido. Una muestra de esta aseveración, estuvo marcada por las arengas xenofóbicas de los hinchas, cuando el rival internacional recibía un gol, y otro ejemplo es el del “hombre de la ola”, que mediante insultos obligó a los hinchas a expresar su alegría por el momento victorioso del seleccionado, en uno de los partidos investigados.

El performance de los futbolistas afroecuatorianos en el campo de juego, ha traído consigo procesos de identificación por parte de la población blanco mestiza, quienes (a pesar de sus complejos racistas que se expresan a gritos en el estadio), tienen a la vez el orgullo de vestir la camiseta de sus deportistas afrodescendientes, un proceso de identificación ambiguo y a la vez interesante, como lo analicé en el capítulo tres. Otros procesos de identificación que no se dan en el estadio, pero que están vigentes en redes sociales, son tendencias que los jugadores afroecuatorianos han marcado, durante distintos momentos de las eliminatorias mundialistas. Un ejemplo de mi aseveración son videos virales de los jugadores, en los que se muestran bailando y escuchando música. La melodía que ellos escuchen durante sus videos, suele ponerse de moda en las discotecas blanco mestizas de la capital.

Las actitudes racistas pueden actuar de manera solapada y lo pude sentir cuando en mi calidad de investigador, los comerciantes a los que indagué dentro del estadio, se negaron a responder mis preguntas en torno al trato a los jugadores afroecuatorianos. En calidad de afroecuatoriano, simplemente recibí respuestas evasivas a mis preguntas, que simplemente fueron contestadas con sonrisas de complicidad por parte de los indagados. Pienso que el color de mi piel coartó su libertad de expresar sus puntos de vista sobre mis preguntas, sin embargo, mi color de piel no importaba a las muchedumbres blanco mestizas, que muchas veces actuaban de manera racista, habiéndose percatado de mi presencia previamente.

2. La ambigua inclusión del negro en el imaginario ecuatoriano: en estado intacto tras la ola multiculturalista

El estudio realizado también concluyó que “la existencia de lo negro dentro/fuera de la identidad nacional ecuatoriana continúa siendo ambigua a pesar del giro multicultural oficializado formalmente con la adopción de la Constitución del año 1998” (Rahier 2008, 613). En este punto, quiero aclarar a los lectores, que a pesar de este giro político del año 1998 aseverado por Rahier, los afroecuatorianos no gozábamos de derechos de ciudadanía en la Constitución mencionada, según aseveraciones de juristas como Juan Carlos Ocles. Así por ejemplo, en el Artículo 84, denominado “De los Derechos Colectivos” en la primera sección dedicada a los pueblos indígenas y afroecuatorianos, se describe que el Estado garantizará al primer colectivo étnico, derechos que son descritos uno por uno.

A continuación, el artículo 85 subraya que “El Estado reconocerá y garantizará a los pueblos negros o afroecuatorianos, los derechos determinados en el artículo anterior, en todo aquello que les sea aplicable” (Constitución de la República del Ecuador 1998) sin la descripción específica de nuestros derechos, como en el primer caso. Esta falta de especificidad, a decir de Ocles, es una causal para que jurídicamente no se considere que los afroecuatorianos éramos ciudadanos en 1998, ni durante el tiempo en que duró esta carta magna. Apenas en 2008, con la nueva Constitución impulsada por el movimiento Alianza País, tuvimos derechos propios, que finalmente fueron descritos. Sobre este tema, académicos como Catherine Walsh, afirman que los afroecuatorianos experimentamos un doble tipo de exclusión ciudadana, ante la fuerza del éxito político de los movimientos indígenas como colectivo en búsqueda de derechos y su buena acogida por parte de las élites de poder político, versus la casi nula atención que han tenido las exigencias afrodescendientes²¹:

En este contexto y realidad regional, los afros sufren un doble tipo de subalternización – la subalternización ejercida por la sociedad dominante blanco-mestiza, pero también una

²¹ Este controversial tema, ha marcado de manera importante el proceso de exclusión de lo afro al interior de la nación. Sobre este tema, Walsh además explica que “El enaltecimiento de lo inca y lo indígena-campesino en países como Ecuador, Perú y Bolivia, por ejemplo, y, desde temprano en la historia de estas repúblicas, el establecimiento de mecanismos para que los indígenas pudieran legitimar sus identidades (por medio de héroes, leyes, etc.), dio un reconocimiento como personas (pero claro es, siempre dentro del esquema de dominación), que los afros como “cosas” del mercado, nunca tuvieron” (Walsh 2007, 203).

subalternización ejercida por los pueblos y movimientos indígenas [...] que apuntan a una historia que siempre ha posicionado a los indígenas por encima de los negros en la escala de clasificación social (Walsh 2007, 204).

Esta situación de ciudadanía bipolar, equivalente a la condición de “últimos otros” que traje a discusión con Jean Rahier en el primer capítulo, se manifiesta también expresamente en el estadio, en la imbricación de comentarios de personas tanto blanco mestizas como indígenas, cuando el rendimiento de los jugadores negros varía en el campo de juego y en los resultados: incluidos como seres útiles para el país, como héroes e inspiradores de sentimientos de orgullo nacional cuando el equipo gana y excluidos, asociados a la inservidumbre, a la pereza, a la subalternidad, cuando el equipo pierde sus cotejos, como lo aseveré con mi análisis etnográfico en el tercer capítulo. Expresiones colectivas que se sentían sólidas y cohesionadas cuando el partido era favorable para Ecuador, rápidamente perdían su consistencia cuando recibíamos un ataque o goles. Las alocuciones opuestas a estas manifestaciones de cohesión, surgían a manera de gritos de pánico, insultos e ira en contra de los tricolores, por varias zonas del estadio. Expresiones nacionalistas fragmentadas, motivadas por el placer de consumo, o por ocio.

Dentro de este escenario deportivo, pude comprender que “la comunión que presupone que la identidad nacional se basa, en la práctica, en procesos de exclusión e inclusión que están permanentemente en juego”, (Schlesinger, en Radcliffe y Westwood 1999, 50) estos procesos se viven todo el momento que dura el partido y dependen del esfuerzo corporal de los jugadores. Sobre este punto, Jean Rahier alude a que se trata de una estrategia blanco mestiza que:

Ha consistido en racializar a los jugadores afroecuatorianos de manera a reinscribir y reafirmar el carácter inevitable y definitivo de las diferencias raciales y de la alteridad negra a pesar del discurso oficial del multiculturalismo, al mismo tiempo que se refuerza la centralidad de la relativamente silenciosa esencia blanco-mestiza de la nación. (Rahier 2008, 634).

Con estas premisas, propongo que “el espacio de lo negro dentro y fuera de la identidad nacional ecuatoriana continúa siendo ambiguo” (Rahier 633, 2008), puesto que, en

tiempos recientes, con la aprobación de la Constitución de 2008, que nos incluyó plenamente como ciudadanos ecuatorianos, finalmente se modificó, por lo menos en la carta magna “el paradigma dominante de la identidad nacional” (Rahier 633, 2008) antaño centrado en la población blanco mestiza. Sin embargo, éste aún continúa vigente en el imaginario social ecuatoriano y en las maneras de vivir que el mercado impone dentro del sistema capitalista.

Tras estas reflexiones, me surge el siguiente cuestionamiento: ¿Es el performance de los futbolistas negros un reclamo de inclusión plena? Para analistas de la problemática como Radcliffe y Westwood, “El hombre negro utiliza su físico para demostrar fortaleza en el campo de juego, mientras el comerciante indígena de Otavalo usa los significantes de su cultura [cabello largo y vestimenta] para señalar su autenticidad étnica como parte de una estrategia para el éxito del desarrollo capitalista”, (Radcliffe y Westwood 1999, 71). De ser así ¿Es pertinente que los afrodescendientes continuemos luchando por nuestra inclusión en el imaginario nacional desde luchas físicas? Propongo que este factor también fue heredado de tiempos coloniales, tiempo en el que muchos esclavizados de ancestro africano, tanto en la Real Audiencia de Quito, como en las haciendas cañeras del valle del Chota, tenían que comprar su libertad en base a esfuerzo físico en sus tareas diarias (Fernández-Rasines 2001, Tardieu 2006), una muestra clara de ciertas actualizaciones temporales que ha tenido el rol social muscular afrodescendiente en Ecuador.

En el capítulo dos se pudo constatar que, en el caso de jugadores consagrados en el imaginario nacional, la trayectoria futbolística es uno de los recursos actuales que permiten una forma de sublevación hacia la mirada peyorativa blanco- mestiza de los hinchas de fútbol. Los deportistas negros de esta disciplina y que logran triunfar, alcanzan importantes redes de relaciones, tanto en la política como en las comunidades negras del país. Sin embargo, esta red de relaciones sociales, impulsada por la precariedad de condiciones de las poblaciones afrodescendientes, ha obligado que los jugadores desempeñen roles estatales que no han sido justificados por el Estado ecuatoriano. Sin embargo, el estatus social de personalidades como Agustín Delgado o Ulises de la Cruz, si bien es bastante reconocido en el imaginario nacional y al interior de sus comunidades, en instancias políticas parlamentarias no tiene valía, puesto que la

mayorías blanco mestizas al mando de los distintos poderes (estatales y económicos) no otorgan el sitio que estos atletas de la vida merecen como políticos.

El capítulo tres, nos dio una importante visión acerca de las élites políticas del país y su perspectiva acerca de la población afroecuatoriana. Tras el incidente que tuvo el ex candidato a la presidencia de la república, Guillermo Lasso, en el Estadio Olímpico Atahualpa, su reacción y la de su binomio Andrés Páez estuvo cargada de violencia simbólica, que corroboró que en la psique de muchas personas blanco mestizas con poder del país, no existe la idea de que las minorías étnicas también tienen posibilidades de acceso a la riqueza. Este factor influyó para que conciban que era extraño que los afrodescendientes involucrados en el incidente, compartan su misma localidad en el complejo deportivo. Este hecho, además nos habla claramente de la concepción de frontera étnica planteada por Andrés Guerrero y que traje a colación en el primer capítulo, puesto que, en el hecho descrito es evidente una “estructura elemental de dominación étnica [...] una dicotomía primaria que organiza y justifica las posiciones que [...] ocupan los habitantes bautizados de ecuatorianos” (Guerrero 1998, 114).

Diario El Telégrafo, nos mostró con claridad que Páez no tuvo empacho en redes sociales para expresar su racismo en torno al caso, y es interesante que este medio de comunicación hizo un llamado a que se investigue a fondo el suceso. Sin embargo, a pesar de la denuncia del medio de comunicación en cuestión, las investigaciones no han avanzado, el tema se olvidó tras el triunfo electoral de Lenín Moreno, y los afrodescendientes continuaremos en una posición subalterna en el imaginario burgués nacional, una muestra adicional de nuestra posición ambigua como ciudadanos ecuatorianos.

3. La desmitificación de las supuestas canteras de fútbol: un deber pendiente

Otro de los aspectos conclusivos relativos a la realidad afroecuatoriana dentro de una cancha de fútbol profesional que quiero destacar, es que se hace evidente que el intelecto del jugador negro no es tomado en cuenta en la retina de muchos fanáticos y periodistas deportivos, cuando se habla de sus actuaciones en la cancha, e incluso fuera de ella. Los discursos en torno al cuerpo del jugador afro, se han construido mediáticamente sobre la base de un racismo estructural construido históricamente y que apunta a las capacidades físicas de los descendientes de esclavizados africanos en el

país. El intelectual afroecuatoriano Juan García, resume este punto en la siguiente reflexión:

El fútbol es parte de los reconocimientos paulatinos que el poder le da a los pueblos afrodescendientes. Recuerde que primero fue la marimba, y ahora es este deporte. Me parece muy interesante que muchas personas reconozcan que Esmeraldas y los pueblos del norte son una cantera de fútbol, pero **sería también importante de reconocer que también son una cantera de muchas otras cosas**. Entonces este reconocimiento resulta paradójico. (García en Rahier 2008, 611). Énfasis mío.

Estas premisas invitan a pensar en que es importante aseverar que “en resumen, los racismos son varios, y recurren al pasado, pero siempre desde el presente” (Radcliffe y Westwood 1999, 71), un pasado que, como lo analicé en el capítulo uno, alude a nuestra forzada utilidad muscular antaño consumada en pos de la construcción de este país, y que aún está presente en la psique del ecuatoriano, cuando se afirma la existencia de canteras innatas de futbolistas al interior de nuestro país, hecho analizado en el segundo capítulo.

Quiero además subrayar que éste es un fenómeno social que ha provocado que “aquellos que se encuentran sujetos al racismo puedan usurpar los símbolos en torno a los cuales este se organiza” (Radcliffe y Westwood 1999, 71). Esta argumentación encuentra su solidez en los testimonios de afrodescendientes presentados en este trabajo, y que muestran el empoderamiento del negro en torno a su físico, por ejemplo, cuando personas que comparten el ancestro africano, aseveran que “tenemos músculos hasta en las uñas” (El Nuevo Herald, 2005). Propongo que esta forma de empoderamiento también es una secuela racista, hija del período colonial, que necesita estudiarse más a fondo, que debe desvirtuarse como una característica innata de los afroecuatorianos y constitutiva de nuestra identidad.

La reflexión presentada en este punto, nació además tras recabar perspectivas deportológicas, como la del ex técnico de la selección, Dusan Dráskovic, quien asocia las mayores capacidades físicas del deportista negro a las condiciones de desatención y subalternidad histórica (racismo estructural) que se viven en los sitios de asentamiento ancestral. Esta perspectiva, que tiene asidero científico, choca con enfoques como el citado del pensador Juan García, quien hace un llamado a que se reconozcan nuestras

habilidades intelectuales en diversos campos. Partiendo de estas premisas, propongo que se hace urgente un diálogo entre perspectivas deportológicas y enfoques teóricos de la negritud que falseen las raíces de los estereotipos que aquejan a la etnia afrodescendiente. Estos diálogos además necesitan adentrarse en el imaginario periodístico nacional y en la psique del periodista blanco mestizo promedio, que con su oficio se convierte en el portavoz y líder de opinión (Van Dijk 1997) de muchos espectadores del fútbol, para así generar nuevas formas de comunicar acerca de los atletas negros que representan al país.

Otro de los puntos a resaltar y que es de utilidad para desmitificar a las canteras “innatas” de futbolistas, es que se debe entender que la desatención estatal histórica de las asentamientos negros ancestrales afrodescendientes, es el crisol por el cual el fútbol se constituyó en una actividad básica para la subsistencia de muchas poblaciones afroecuatorianas, porque se estableció como una de las vías más importantes de ingreso económico para las poblaciones afro, como lo analicé en el segundo capítulo. Varias producciones audiovisuales, citadas en el primer capítulo, además de los medios de comunicación masiva, han magnificado las condiciones de desatención de estas comunidades y la primera clasificación del equipo a un mundial de balompié, fue el detonante para que se naturalice a la precariedad de vida como importante para la formación de buenos deportistas.

El fútbol y su importancia al interior de las comunidades negras del país mantiene su vigencia, porque es una actividad que permite a los afrodescendientes escapar de muchos de los estigmas sociales, que se nos otorgaron injustamente durante nuestra historia como parte del Ecuador. Es un deporte que puede generar procesos de movilidad social y acumulación de riqueza, además de que puede marcar al deportista que tiene éxito como el alter ego del negro delincuente, uno de los estigmas sociales en la actualidad. Este es otro factor que debe analizarse a fondo para desvirtuar a las “canteras”, desde mi punto de vista, inexistentes.

4. La etnoeducación como propuesta desmitificadora de estereotipos: el negro más allá de la pelota

Las reflexiones presentadas hasta este punto, me invitan a plantear que es importante la intensificación de procesos etnoeducativos que ilustren a la sociedad ecuatoriana acerca

del origen de las alteridades étnicas que conforman el país. Si bien, la etnoeducación ha traído consigo críticas acerca de su estructuración y su impacto en las comunidades beneficiarias de este tipo de proyectos, puesto que no se la considera “una reconstrucción histórica objetiva que abarca a todos los grupos étnicos ya que también cae en esencialismos” (Zambrano 2011, 107) propongo que es un proyecto que tiene el potencial de debilitar muchas bases racistas que perviven en nuestra sociedad nacional, mediante su aplicación adecuada.

Giulianna Zambrano, en su tesis acerca de la resignificación de la protesta social en el Valle del Chota, destaca que “la etnoeducación emerge [...] como una respuesta directa al racismo estructural que corroe el régimen educativo en Ecuador y que, por siglos, de manera sistemática, ha perjudicado a los afrodescendientes en términos de acceso y representación” (Zambrano 2011, 94). Es una propuesta que desde mi perspectiva apunta directamente a dos problemas que apuntalan el racismo anti negro: la falta de oportunidades de acceso a la riqueza por parte de los grupos étnicos minoritarios en Ecuador y la hegemonía ideológica blanco mestiza, como modelo social a seguir. Respecto a este último factor, Radcliffe y Westwood proponen comprenderla como una hegemonía descentrada, esparcida, que es la promotora del discrimen racial:

[...] Podríamos decir que el elemento crucial de ‘hegemonía’ se halla en la comprensión de que la hegemonía es descentrada. En consecuencia, los racismos se pueden organizar en ‘hegemonías raciales’ y proyectos raciales que promueven lo nacional y la nación centrada. Sin embargo, **los racismos desorganizan lo nacional mediante las fracturas y divisiones que promueven y sostienen**, generando una nación descentrada. (Radcliffe y Westwood 1999, 72). Mi énfasis.

El proyecto etnoeducativo, desde mi punto de vista, apunta a resolver las fracturas sociales provocadas por el racismo y a la vez impugna los presupuestos bajo los cuales está estructurada la sociedad multicultural, surgida por decreto político en 1998. Propone además perspectivas alternativas que buscan la revalorización tanto histórica como contemporánea de la diferencia étnica, en el caso que nos compete, de las comunidades afroecuatorianas. Catherine Walsh, asevera que el proyecto etnoeducativo también tiene el potencial de reivindicar otras maneras de pensar el mundo:

[La etnoeducación] marca un cambio de visión sobre la educación que apunta hacia el desarrollo y posicionamiento de formas otras de ser y pensar, hacia el agenciamiento de sujetos críticos, activos y colectivos que podrían accionar sobre sus vidas y las de sus comunidades; sujetos capaces de buscar el conocimiento no sólo en los textos escritos, sino también en la memoria colectiva de las comunidades y en las enseñanzas (Walsh 2007, 206).

De acuerdo a palabras tomadas por Walsh del activista afrodescendiente Juan García, se hace necesaria “la construcción de un modelo educativo que permita pensar en primer lugar [...] en un reencuentro con nosotros mismos [los afroecuatorianos], con lo que somos, y sobre todo con lo mucho que hemos [...] aportado a la construcción de cada una de las naciones donde nos tocó vivir” (García en Walsh 2007, 206) y pienso que estos requisitos los puede cumplir un modelo de etnoeducación planificado, debidamente contextualizado de acuerdo a las distintas realidades afroecuatorianas e idealmente aplicado a la sociedad en general, incluida la indígena y blanco mestiza.

Este apuntalamiento, que propiciaría el surgimiento de nuevos sujetos críticos desde las bases de las comunidades étnicas minoritarias, generará a la vez sujetos políticos, empoderados de su historia y raíces, con ideas frescas y propositivas para un cambio en la realidad afrodescendiente. Un factor que se presenta como una prioridad, a decir de aseveraciones de Zambrano:

La política ha sido una de esas esferas donde los logros simbólicos de la movilización social han intentado proyectarse. Tradicionalmente, la ocupación de puestos en el gobierno central y local o espacios de toma de decisiones políticas se ha presentado como un área poco accesible para los afrodescendientes. Por diversos factores, estos grupos han permanecido marginados de los procesos de construcción de políticas públicas y de poder político. No obstante, estas transformaciones considerables deben ser remarcadas. (Zambrano 2011, 111).

Estas transformaciones se fraguarán mediante un proceso de inserción de lo negro al imaginario nacional, proceso que ya inició tenuemente, que logró que se visibilicen nuestras capacidades deportivas y que ahora debe pugnar por la inclusión de factores como el etnoeducativo, en las fases de aprendizaje de toda la sociedad nacional y al interior de la academia. Así se generarán nuevas aperturas e intereses por el

conocimiento de la herencia africana de Ecuador, y la población global del país conocerá que también tiene una raíz africana.

Tomando la expresión del activista afrocolombiano Manuel Zapata Olivella, es necesario pensar que “las cadenas ya no están en los pies, sino en las mentes” de los afrodescendientes, blanco mestizos e indígenas del país; cadenas racistas que deben romperse, mediante la educación a todas las personas que conformamos Ecuador.

Lista de referencias

- Alabarces, Pablo. 2006. "Fútbol y Patria: el fútbol y (la invención de) las narrativas nacionales en la Argentina del siglo XX". Buenos Aires: *Papeles del CEIC*. N. 25.
- Anderson, Benedict. 1993. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Antón, John. 2011. "Afroecuatorianos: Reparaciones y Acciones Afirmativas". En *Afro-reparaciones: Memorias de la Esclavitud y Justicia Reparativa para negros, afrocolombianos y raizales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Antón, John y García, Fernando. 2015. *Vigilando el Racismo: Cuatro casos de observación comunitaria al derecho a la no discriminación en comunidades indígenas y afroecuatorianas*. Quito: Instituto de Altos Estudios Nacionales.
- Arias, Julio y Restrepo, Eduardo. 2010. "Historizando raza: propuestas conceptuales y metodológicas". En *Crítica y Emancipación n.3. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Clacso.
- Bourdieu, Pierre. 2000. *Poder, derecho y clases sociales*. Barcelona: Desclée.
- _____. 2001. "El capital social. Apuntes provisionales". En *Zona Abierta* N. 94 - 95.
- Carrión, Fernando. 2006. "El fútbol: espacio público de la representación". En *Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano*. El Jugador número 12: Fútbol y sociedad. Quito: Flacso.
- Chalá, José. 2013. *Representaciones del Cuerpo, Discursos e Identidad del Pueblo Afroecuatoriano*. Quito: Abya-Yala.
- Citro, Silvia. 2009. "Los inicios, entre teorías y experiencias". En *Cuerpos Significantes: travesías de una etnografía dialéctica*. Buenos Aires: Biblios Culturalia.
- Corporación de Desarrollo Afroecuatoriano. 2011. Documental "¿Sospechosos?". YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=3NXbQIBWAoM>. Rayuela Tinta Visual. Quito.
- De la Torre, Carlos. 2002. *Afroquiteños: Ciudadanía y Racismo*. Quito: Centro Andino de Acción Popular.
- Fanon, Frantz. [1952] 2009. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.

- Fernández-Rasines, Paloma. 2001. *Afrodescendencia en el Ecuador: Raza y Género desde los tiempos de la Colonia*. Quito: Abya Yala.
- Geertz, Clifford. 2001. “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”. En *La Interpretación de las Culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Guerrero, Andrés. 1998. “Ciudadanía, frontera étnica y compulsión binaria”. en *Revista Íconos n.4*.
- Hernández, Katty. 2005. *Sexualidades Afroserranas: identidades y relaciones de género*. Quito: Abya Yala.
- Ladrón de Guevara, Andrés. 1998. “El fútbol mundial: A propósito del mundial de la sociedad y de la vida bajo una mirada caleidoscópica”. Quito: *Ecuador Debate* N.43.
- Martínez Barreiro, Ana. 2004. La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas. En *Papers Revista de Sociología*. N.73.
- Muñoz, Rodolfo. 2009. *Tarjeta Roja: fútbol y racismo*. Tesis. Quito: Flacso.
- Objetivos de Desarrollo del Milenio: *Estado de Situación 2007. Pueblo Afroecuatoriano*. PNUD. Quito: Graphus.
- Ocles, Juan Carlos. 2009. *La Discriminación Racial en el Ordenamiento Jurídico Ecuatoriano*. Dirección Metropolitana de Inclusión Social. Quito: Alcaldía Metropolitana de Quito.
- Plan Metropolitano Estratégico de Desarrollo Integral del Pueblo Afrodescendiente de Quito. 2007-2015*. Quito: Alcandía Metropolitana de Quito.
- Radcliffe, Sarah y Sallie Westwood. 1999. *Rehaciendo la Nación: Lugar, identidad y política en América Latina*. Quito: Abya Yala.
- Rahier, Jean. 2008. “El Mundial de Fútbol 2006 y la Selección Ecuatoriana: Discurso de alteridad en la internet y la prensa”. Quito: *Discurso y Sociedad*. N. 2.
- Rahier Jean. 1999. Mami “¿Qué será lo que quiere el negro? Representaciones racistas en la revista Vistazo”. En *Ecuador racista: Imágenes e Identidades*. Quito: Flacso.
- Ramírez, Jaques Paul. 2006. “La selección de fútbol como nuevo símbolo de identidad nacional”. En *Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano*. El Jugador número 12: Fútbol y sociedad. Quito: Flacso.
- Tardieu, Jean Pierre. 2006. *El Negro en la Real Audiencia de Quito*. Quito: Abya-Yala.

Vela Dávila, Sandra. 2006. “Fútbol y Bienestar en Ecuador: efectos en la economía de la sociedad”. En *Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano. Mete gol... gana: Fútbol y economía*. Quito: Flacso.

Van Dijk, Teun. 1997. *Racismo y análisis crítico de los medios*. Madrid: Paidós.

Walsh, Catherine. 2007. “Lo Afro en América andina: Reflexiones en torno a las luchas actuales de (in) visibilidad, (re) existencia y pensamiento”. California: *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*. N.12.

Zambrano, Julianna. 2011. *Resignificación de la justicia social en el valle del Chota*. Quito: Flacso.

Entrevistas personales:

Entrevista a Dusan Dráskovic. Guayaquil, 22 de febrero de 2017.

Entrevista a Agustín Delgado. Quito, 07 de marzo de 2017.

Referencias periodísticas:

Diario Hoy. 2003. *Constitución de la República del Ecuador* (1998). Edimpres. Quito.

Diario El Comercio, 24 de junio de 2009. “Felipe Caicedo presentó una denuncia por discriminación racial”. <http://www.elcomercio.com/actualidad/felipe-caicedo-presento-denuncia-discriminacion.html>

Diario El Comercio, 18 de mayo de 2012. “Ulises de la Cruz se vuelve constructor”: <http://www.elcomercio.com/tendencias/construir/ulises-de-cruz-se-vuelve.html>

Diario El Comercio, 16 de octubre de 2013. “Felipe Caicedo presentó su línea de ropa y su fundación. <http://www.elcomercio.com/deportes/futbol/felipe-caicedo-presento-nueva-linea.html>

Diario El Comercio, 19 de noviembre de 2015. “Tribunal declara culpable de odio racial a un teniente del Ejército. <http://www.elcomercio.com/actualidad/michaelarce-culpable-odioracial-racismo-danos.html>

Diario El Comercio, 25 de noviembre de 2016. “Cinco momentos inolvidables de los clubes quiteños en el estadio Atahualpa”. <http://www.elcomercio.com/deportes/olimpicoatahualpa-historias-futbol-quiteno-ecuador.html>

- Diario El Comercio, 28 de marzo de 2017. “Lasso y su familia fueron agredidos a la salida del estadio Atahualpa; en redes se rechazó la violencia”.
<http://www.elcomercio.com/actualidad/guillermolasso-familia-ataque-exteriores-olimpicoatahualpa.html>
- Diario El Comercio, 29 de marzo de 2017. “Guillermo Lasso: ‘Recibí golpes en mi cabeza y no vi si eran palos o puñetes, lo que sí vi fue la amenaza con cuchillos’”.
<http://www.elcomercio.com/actualidad/guillermolasso-atacantes-estadio-violencia-elecciones.html>
- Diario El Telégrafo, 30 de marzo de 2017. “Wilfrido Pabón a Guillermo Lasso: ‘Yo soy negro, pero no soy delincuente’”. <http://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/politiko-2017/49/wilfrido-pabon-a-guillermo-lasso-yo-soy-negro-pero-no-soy-delincuente>
- Diario El Universo, 5 de diciembre de 2008. “Otra obra de Carrión inconclusa”.
<http://www.eluniverso.com/2008/12/05/0001/15/printC7B3EF9FE0E74B139F432B70FB81DA44.html>
- Diario El Universo, 24 de junio de 2009. “Caicedo alista una demanda por supuesto acto racista”.
<http://www.eluniverso.com/2009/06/25/1/1372/C235750AAC1747B29E855D6FD09C6A83.html>
- Ecuadorinmediato, 23 de junio de 2006. “Fútbol de Ecuador destruye la imagen prejuiciada de racismo entre indios o negros”.
http://www.ecuadorinmediato.com/Noticias/news_user_view/ecuadorinmediato_noticias--36385
- Ecuadorinmediato, 10 de octubre de 2009. “El malestar pasó a insultos en las gradas del Atahualpa”.
http://www.ecuadorinmediato.com/index.php?module=Noticias&func=news_user_view&id=114640
- Ecuafútbol, 25 de noviembre de 2016. “El Estadio Olímpico Atahualpa, fortín de la Tri, cumple 63 años”.
http://ecuafutbol.org/web/noticia.php?idn=6300&idc=1#.WS8zxGg1_IV
- El Nuevo Herald, 07 de junio de 2014. “Las playas de Esmeraldas, cuna del fútbol ecuatoriano”.
<http://www.elnuevoherald.com/deportes/futbol/article2035151.html>

Teleamazonas, 31 de enero de 2013. “Centro de entrenamiento de alto rendimiento fue inaugurado en Carpuela 2”.

<https://www.youtube.com/watch?v=Lt2TARnSGqk&t=1s>

Teleamazonas, 08 de julio de 2013. “Teniente del ejército puede enfrentar hasta tres años de cárcel por racismo”. <https://www.youtube.com/watch?v=YkErsYR77ts>

“Valle del Chota: entre fútbol y pobreza”. Revista Estadio. 2006, en *Con sabor a gol... fútbol y periodismo*. Editado por Fernando Carrión. Flacso. Quito.

“Valle del Chota: el abrigado vientre de los campeones” *Mundo Diners*. 309. 2008.

Wilson Suárez, “Ecuador al Mundial Korea-Japón 2002: Final Partido y Celebración Periodistas - 7Nov2001”, video 06:11,

<https://www.youtube.com/watch?v=VdV6ZyPXml4>